

NARRATIVA
COLOMBIANA



José Consuegra Higgins

Del Recuerdo a la Semblanza

Relatos

PLAZA & JANÉS
P | & | J
EDITORES

Primera edición: mayo de 1987
Segunda edición: octubre de 1987
Tercera edición: octubre de 1995
Cuarta edición: abril de 1996
Quinta edición: noviembre de 1996
Sexta edición: febrero de 1997

Ilustraciones y portada: Acuarela de Ignacio Consuegra Bolívar

© 1987 José Consuegra Higgins
© 1987 PLAZA & JANES
Editores Colombia S.A.
Calle 23 No. 7 - 84
Santafé de Bogotá, D.C. - Colombia

ISBN: 958-14-0169-5

Preparación editorial: Digital Editores Ltda.
Impreso Por: **Impreandes Presencia S.A.**
Printed in Colombia

Contenido

Tres comentarios	9
Una carta	11
Sobre un libro y una carta	15
Del recuerdo a la semblanza	19
Brisas y veranos del ayer	133
Prodigios de la cumbia	139
Mi pueblo, ayer y hoy	145
De la lectura y el relato a la telenovela	149
La navidad en mi pueblo	155
El encanto de las lluvias	161
Navidad y juguetes	167
Recuerdos de Semana Santa	171
La roza y las antiguas palabras	175
El encanto de la magia	179
Recuerdos del nueve de abril	185
Recuerdos de García Márquez.....	189
El Teatro Municipal	193
Abejas, mar y silencio	197

Tres comentarios

En los prólogos que escribe José Con-
suegra a los libros de sus amigos —y bueno
es recordarlo, son muchos—, suele discutir
con ellos en unos diálogos imaginarios. Es
un estilo muy propio, porque, en verdad, no
es de usanza la polémica en las cuartillas
que se dedican exclusivamente, por tradi-
ción y costumbre, a la apología y a la loanza.

En el presente libro sucede algo también
muy particular: el autor dio a conocer los
originales de sus recuerdos de infancia
campesina y juventud a algunos de sus
amigos, y la carta que le escribiera uno de
ellos —el consagrado novelista español Car-
los Rojas— es motivo de sutiles observacio-
nes por parte de otro —el poeta nacional de
Colombia, Jorge Artel. Estos dos comenta-
rios se publican en las páginas siguientes a
manera de introducción. En la contraporta-
da, como para calmar los ánimos, la poetisa
Meira Delmar remata, con su inspiración tier-

na y límpida, estas páginas de genuina prosa poética, que recogen, además del relato central que tiene por nombre "Del Recuerdo a la Semblanza", artículos publicados por el autor, sobre el mismo tema, en la columna semanal que escribe para El Heraldó, de Barranquilla.

Y yo, desde mi silla de editor, saboreo con una sonrisa las ocurrencias de mis amigos escritores, siempre dispuestos al debate cordial y creador.

*JUAN IGNACIO FRAYLE
Gerente de Plaza & Janés
de Colombia.*

Bogotá, octubre de 1987

Una Carta

Querido José:

Gracias grandes por “Del Recuerdo a la Semblanza”. Disfruté mucho leyéndolo y desde el primer párrafo, me sentí apresado por el humano encanto de todo lo narrado. No sólo tienes una extraordinaria memoria sensorial y emotiva para evocar la infancia —la más difícil de las artes literarias, decía Andersen si malno recuerdo—, sino también para describir tus memorias a los demás. En otras palabras, conjuras tu pasado personal —la más intransferible de nuestras posesiones— y al conjurarlo creas un ambiente del cual se siente partícipe cualquier lector *sensible*, aunque desconozca a Isabel López. Este pueblo único en el mundo, por llevar nombre y apellido de mujer como lo comentabas en Barranquilla, sin que yo pudiese llegar a nada más parecido que La Almunia de Doña Godina. Lo cual, claro, es otra cosa.

Precisamente por su aparente y engañosa insignificancia, tus memorias cobran una fuerza visual singularísima, donde la tragedia siempre presente de la pobreza se entrelaza con una maravillosa ironía. Dicho sea sólo a título de ejemplos, recordaré siempre al niño que fuiste rajando el vientre de las iguanas con la gillette usada para extraer los huevos, cosiendo luego la herida con todo cuidado y dejando al bicho, lleno de basura o de cagajón en el tronco de un árbol, convaleciendo al sol. Tampoco te olvidaré tiritando en cualquier mañana de noviembre, con el toque inevitable de paludismo, en tanto tu madre se apresuraba a llamar al compadre Mateo García, para que te sacase el mal de ojo. Y no digamos nada de aquel curandero, cincuentón, corpulento y de canas barbazas, que verazmente decía no ser brujo ni médico cuando pontificaba acerca de los peligros de la sugestión, porque si ésta unas veces alivia también otras empeora. También como lector y en este caso de forma personal y particular, la gocé a lo grande al volverme a encontrar con tu abuelo y tu bisabuelo, el coronel y don Silvestre, porque de inmediato me devolvieron a Barranquilla y cuanto tú allí nos contabas acerca de los dos a Carlos Flores y a mí.

Ni qué decirlo tiene, en ocasiones me topé con términos que desconocía. Claro está, ello sólo prueba que la lectura de tu estupen-

do trabajo será mejor comprendida y sentida en Isabel López. De hecho lo opuesto también es cierto. En la p. 12 te esfuerzas por explicar a quienes no sean del pueblo, o acaso de la costa, el significado de casco como botella de licor vacía. Curiosamente en España tenemos la misma acepción, aunque a veces y en su instinto redundante, la gente tiende a hablar de "cascos vacíos". Mi mujer, que es estadounidense y aprendió el español casi a los treinta años, incurre a veces en el error.

Te felicito encarecidamente por el colegio que levantaste y también por tu capacidad por revivir la infancia. (Se dijo que el genio es quien en cierto modo nunca dejó de ser niño). Me reprocho y lamento que debido a confusiones, me perdiese la oportunidad de visitar Isabel López en abril. En el recuerdo al menos, estaré contigo cuando inaugures el colegio. ¡Enhorabuena, otra vez, viejo!
Un cordial abrazo a ti y a tu esposa.

CARLOS ROJAS
Barcelona, Nov. de 1986

Sobre un libro y una carta

Sólo como un efecto de la erudición se explicaría citar a Andersen y otros filósofos a propósito de un libro tan descomplicado y límpido, como este de José Consuegra. Bajo el título sencillo: "Del Recuerdo a la Semblanza" ha recogido avezadamente sus emociones de niño. También de la adolescencia y la juventud.

Me remito a una especie de juicio crítico que encuentro en una carta del escritor Carlos Rojas precediendo el texto mecanografiado del referido opúsculo.

Al mencionar el propio Consuegra en los primeros párrafos de su narración "La Arboleda Perdida" de Rafael Alberti hizo acordarme que yo, desde temprana edad, ubiqué la obra del español como una emanación altamente burguesa. El mundo moral en que se desarrollan las iniciales impresiones del poeta Alberti es el ambiente del señorito endomingado —característico de España— con los abuelos venidos a más, miembros

de la realeza, los padres ricos y la formación aristocrática. Encomendada primero a las Hermanas Carmelitas y más tarde a los Padres de la Compañía de Jesús.

No estoy comparando. Apenas quiero decir que "Del Recuerdo a la Semblanza" es otro aspecto diferente de la vida. Diferente. Diferentísimo. Al punto que no admitiría, ni siquiera en broma, la más mínima relación con cualquiera otra autobiografía.

Isabel López es un pueblo agreste desde donde un núcleo de agricultores lucha arduamente por arrancarle al monte la supervivencia. El protagonista "Del Recuerdo a la Semblanza" caza iguanas. Abre con sus manos el vientre del lagarto para sacarle los huevos. Lo rellena después con trapos o basuras y luego lo cose con hilo de pelotica. Habla del hambre sin aspavientos dramáticos. En pocas palabras —"A falta de cultivos apareció el hambre"— revela la ansiedad desesperada ante las veleidades de la tierra. Describe con difícil sencillez los velorios, que han tenido de antaño algo de los autos sacramentales o de teatro primitivo, salpicados de monótonos rosarios, de anécdotas. Y el llanto intermitente de los deudos. El estilo de José Consuegra está artísticamente orquestado con aires campesinos. Flotando en esa ensoñación que suele mover las concepciones eglógicas.

Nos hace vivir pasajes de aparecidos y fantasmas. Discurre por entre las sombras

del tiempo ido con memoria alerta. ¿O será que en todos y cada uno de nosotros hay vivencias escondidas allá bajo el sudario de los años muertos? ¿Será que estas vivencias pugnan por resucitar cuando alguien evoque circunstancias o hechos parecidos? Meira Delmar sopesa esas vivencias en su comentario final, sobrio, cristalino y radiante como el espíritu de su poesía.

No puede ser más vívido el colorido local de la paleta de José Consuegra:

“En las noches, la cumbiamba. Teófilo Angulo se instalaba en todo el centro de la calle con sus hijos flauteros. El tocaba el llamador, y sus manos callosas caían sobre el cuero para arrancar el sonido retumbante. Los campesinos, estrenando cotonas y chinelas, compraban en las tiendas los paquetes de esperma. Apenas oscurecía, el sonido de la flauta de millo dejaba atrás la indiferencia. A las mujeres se les obsequiaba con las velas encendidas, que era la manera galante de invitarlas a la danza. Hasta los niños se aquietaban por ratos para mirar el sonoro movimiento de la rueda sensual. Y allí pasaban toda la noche los bailarines, embrujados por el ritmo y la sonrisa de sus parejas, puestas al descubierto por la tenue luz de las espermias”.

El sueño de la Varita de la Virtud es sencillamente estrujante, con su mochuelo de pico blanco que cantara todo el tiempo. Hay allí una pureza que aflora en toda su inocencia.

Lo importante es ver cómo la óptica del autor se va dilatando en la medida en que se amplía su cosmovisión. Desde las culebras que una vez mató a garrotazos con otros muchachos de la aldea y la carretera recién inaugurada que lo trajo a la ciudad, hasta la atonía que le causó el espectáculo del 9 de abril de 1948 en Bogotá. Después, el hombre.

El libro tiene respiración humana. Sabe a terruño. Es un Isabel López concebido con amor y sinceridad.

En la carpeta que me trajo sus originales encuentro la carta de Rojas, a la cual ya me he referido, en que se dice que "su lectura será mejor comprendida y sentida en Isabel López". Sería como decir que "Cien años de Soledad" será mejor leerlo en Macondo y el "Quijote", en un lugar de la Mancha a la sombra de los molinos de viento.

"Del Recuerdo a la Semblanza" es una extracción folclórica. Hija de esta sabiduría local —es decir, sabiduría popular—, que tanto amamos. Y háyalo dicho o no Tolstoi, lo local es en esencia universal. Verdad inmanente.

JORGE ARTEL

Malambo, marzo de 1987.

Del Recuerdo a la Semblanza

Rafael Alberti, en su afán de justificar *La Arboleda Perdida*, que son memorias de infancia y juventud, acude a Miguel de Unamuno, para decir con él que no sabe cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez. Y, Tolstoi, más sentencioso, comentó algo que mucho se repite: *Mira bien tu aldea, mírala en profundidad y serás universal.*

Yo no pretendo conseguir lo ofrecido por Tolstoi. Apenas si me anima el deseo de traer a mi lado añoranzas perdidas por la niebla del tiempo que, cada vez más, a medida que me alejo, adquieren la figuración de vivencias retocadas.

Mi memoria me sirve de cómplice, y parece prestarse para el goce: encima de las espinas de los zarzales y piñuelas que bordeaban caminos y espesuras, están allí las campanitas, con su manto verde y blanco extendido hasta el horizonte.

El paisaje de mis bosques era rústico y libre, con la belleza de lo puro y exento. Mostraba en plenitud la exuberancia de la humedad y el trópico. Y como eran tierras ejidales las que bordeaban el pueblo, los niños podíamos penetrar sin el temor que infunden los predios alambrados. Y en verdad que todos acostumbrábamos a violar sus encantos con hondas que colgaban del pulgar y del índice, dispuestos siempre a tirarles piedrecillas a todo lo que se moviera. Era una especie de rito que se cumplía al regreso de la escuela con el único objeto de estar allí, en plena libertad, confundidos con la naturaleza. Los sábados y los domingos las jornadas parecían casi temerarias, con recorridos más largos y preocupaciones en nuestras casas. Pero nunca supimos del cansancio. Apenas si el sudor y las horas obligaban a los andariegos a buscar un jagüey, en procura de agua. Y esto se facilitaba porque cada poco tiempo la posible fatiga podía calmarse con las frutas silvestres de los *juangarotes*, los jobos olorosos, o los mamones.

En el verano, época sin lluvias, los cultivos mostraban la blancura de los algodones. Los niños sabíamos sacar provecho de la siembra, porque los padres permitían que recogiéramos marañas, para comprar raspados. Sin embargo, la caza de las iguanas era el entretenimiento apetecido. Los más pequeños solíamos ingeniarnos para

acompañar a los jóvenes y adultos. Por ejemplo, yo tenía un perro *iguanero* que sabía coger entre sus dientes a los asustados reptiles cuando caían al suelo. Además, gozaba de buen ojo para descubrir sus mimetismos en los cogollos verdes.

Primero era necesario distinguir a las hembras, porque los huevos, especie de caviar para el campesino, son comestibles. El asunto a veces resultaba complicado, ya que los animales, con su instinto, al notar la presencia extraña, se escondían en las ramas o en el follaje. La diferencia entre machos y hembras está en la cresta y la cabeza —más largas para los primeros— adornadas, además, con protuberancias blancas, semejantes a botones que brotaban de sus músculos traseros. Cuando se daba la buena nueva los rostros se llenaban de sonrisas contenidas, y cada uno ocupaba su sitio con sus bolsillos repletos de piedras chinas. Si era fácil trepar en el árbol, la mayor parte del desnudo quedaba a cargo de los perros. Aunque, también, Antonio Luis Padilla, el hijo de Gilberto el político, que tenía las manos *caratosas* y grandes como las raíces de una mata de yuca arrancada en febrero, las aparaba en el aire cuando caían cerca de él. Mientras se puyaba al animalito con una larga vara, todos los de abajo se mantenían en silencio ante la expectativa del suceso. Hasta los propios perros se callaban. Pero al caer, y comenzar su carrera en busca de

refugio, los gritos nerviosos se esparcían por los montes. Tanto era el frenesí, que nadie esquivaba malezas y espinas al correr detrás de los perros. Si todo salía bien, allí mismo se iniciaba una rústica intervención quirúrgica: uno mantenía la iguana por el cuello y el rabo, y otro, con un cuchillo afilado, o una *gillette* usada, rajaba el cuero y el vientre para extraer las ensartas de huevos, que luego se contaban por docenas. (Por eso los veteranos acostumbraban a calcular diciendo: esta tiene tantas docenas). Con una aguja, prestada a las costureras de la casa e hilo de acarreto, que era el más fuerte, se cosía la herida, previo embutimiento de cagajón o basura enmohecida, por creer que así se facilitaba la cicatrización. Hecho esto se colocaba a la iguana otra vez en el tronco del árbol.

Al regresar al pueblo, con las mochilas repletas de huevos, se cocinaba el manjar, para comerlo más tarde con bollo de yuca, que era el apropiado.

Yo comía los huevos de iguana, pero en verdad lo que más me gustaba era el paseo, y el sentirme importante con mi perro *Tigelino*.

Mi padre tenía la costumbre de distribuir sus pertenencias entre sus hijos. La vaca Lucerito, por ejemplo, era de mi hermano Eusebio; las gallinas jabadas, de Blanca Sula, y las chinas, de Toña. Este tipo de propiedad daba sus resultados: cada uno cuida-



ba con esmero de lo suyo sin tener que recibir los gritos y amenazas para darles de comer o beber. A mí me *obsequiaron* a Tigelino, un perro basto, como se les dice con incomprensible desprecio, no obstante su resistencia —para aguantar hambres o trajines— y sumisión. Yo mimaba a Tigelino y él me seguía a todas partes. Sus piernas largas le facilitaban la carrera, y de su olfato era mucho lo que podía esperarse: a veces se adelantaba a los descuidados cazadores, hasta cuando se escuchaban sus ladridos, para encontrarlo, al poco rato, con la mirada puesta en el ramaje impenetrable de los árboles. Mis amigos en un comienzo nada veían y dudaban. Pero yo estaba seguro que Tigelino no se equivocaba. Y, en verdad, allí se ocultaba la iguana para brindar el espectáculo bárbaro de una martirizante cacería: cientos de piedras chinas rompían los cogollos tiernos y golpeaban al indefenso animalito.

Yo era magro hasta la saciedad, y se me tenía como el *pelao* más travieso del pueblo. Siempre me acompañaba en mis travesuras un grupo de muchachos, algunos de mayor edad y compleción. La vida era dura y ausente de las comodidades que ya se gozaban en otras partes, pero nadie envidiaba nada. Aquel era el mundo, porque era nuestro mundo. El pueblo, que tenía nombre de mujer —se llama Isabel López—, era una calle larga bordeada por el arroyo. Su

iglesia y algunas casas parecían un mirador, encima de una loma de pocos metros de altura. Mi padre pasó buena parte de su tiempo en una lucha desigual con el arroyo. En los meses de octubre la corriente impetuosa invadía las residencias. Y aunque en muchas ocasiones las aguas turbias se paseaban por debajo de los taburetes, el testarudo de mi padre sólo emprendía la marcha para la colina, a casa del abuelo Nico, cuando las súplicas de mi madre remataban en sollozos. En las estaciones secas, pala en mano, buscaba nuevos cauces, pero, al final, a pesar de las maldiciones y miradas furibundas, la corriente despreciaba su trabajo y sus deseos. Nunca se me olvida la madrugada en que desperté con la humedad de las aguas empapando la lona de mi *cama de viento*, mientras mi madre ponía a salvo vestidos y pertenencias. Sin embargo, yo poco comprendía los afanes y reniegos de mi padre y sus vecinos, porque todo aquello más bien motivaba gozo en los niños. El encanto de las lluvias era, precisamente, el arroyo. Si este amanecía *lleno*, íbamos a nadar o a chapotear en la frescura de sus aguas. Pero, sobre todo, se esperaba que bajara la crecida para acudir en cuadrillas a la poza del Uvero, especie de piscina natural, que cambiaba sus aguas por entonces.

Tanto dio el agua en un noviembre que la casa de una tía abuela, beata y rezandera,

se vino abajo, precisamente, cuando todos estábamos repitiendo las avemarías de un rosario interminable como los aguaceros. Por fortuna no hubo desgracias humanas, pero el suceso sirvió para que el incrédulo de Gregorio Redondo hiciera toda clase de burlas. Yo tampoco comprendía los alegatos de mi tía en favor del Señor que cuidó de sus hijos, pero no de aquella vieja casona de mampostería, con techos de palma amarga, que era el sitio favorito de mis escondidas cuando mi padre me buscaba, cinturón en mano, para zurrarme.

En las pozas la alegría tomaba forma de agua para desbordarse con ella. Niños, jóvenes y adultos, duraban mañanas enteras nadando y jugando. En el golgorio del gozo compartido todo se olvidaba. Casi siempre las pozas se formaban debajo de grandes árboles que ofrecían su sombra, sus flores y sus frutos. Cuando se trataba de un jobo, las pequeñas frutas caían en el agua desprendidas por decenas de azulejos o viuditas, que arriba cantaban y comían. Una mañana un niño vio, casi encima de su cabeza, una enorme culebra en medio de los bejuco. Se dio la voz de alarma, y al poco tiempo aparecieron otras. Estaban en celo, y nada les importaba nuestra presencia. Pero los mayores se armaron de piedras, y dieron comienzos a la más espectacular batalla. Con los gritos de los niños, los que pasaban por el camino se acercaban. El campesino

temía a las culebras venenosas, pero al descubrirlas no descansaba hasta matarlas. Horas después a casi todas ellas —cascabeles de más de un metro— las paseamos los niños por la calle del pueblo, como un trofeo, con sus cabezas aplastadas.

La cara negra del invierno para los niños eran las noches. La humedad laceraba los dedos de sus pies con rasquiñas que sólo se calmaban con las gotas de esperma derretida por la candela. A la mañana siguiente nadie se acordaba del tormento, y de nuevo salían a aprovechar las corrientes del arroyo. A mí me acompañaba *Tigelino* para cuidarme de otros animales, menos de las picadas de los mosquitos que transmitían el paludismo. Aún sigo siendo atractivo para los mosquitos. Parece que segrego olores que los atraen. Esto suele sucederme en sitios donde hay muchas personas: siempre, quien comienza a quejarse de los mosquitos, soy yo. Así ha debido ser cuando niño, porque todos los años, casi sin mancar, en cualquiera mañana de noviembre, despertaba tiritando con la fiebre de escalofríos. Y, también, como siempre, mi madre llamaba al compadre Mateo García, para que viniera a sacarme el mal de ojo.

En el pueblo todos los adultos se llamaban *mano* (apócope de hermano) o primo, aunque no hubiese ningún parentesco. Y dos eran los curanderos: Mano Manuel Redondo y el compadre Mateo. Como todas

las enfermedades, en principio, se debían al mal de ojo, Mateo García tenía prioridad. Y al poco tiempo estaba él allí mascando su tabaco con buches de ron blanco para rociarlo en mi cuerpo. Después daba inicio a una *ensarta* de rezos, mixtura de cantaletas paganas y religiosas, para sacar maleficios y apaciguar miradas fuertes. La frescura del alcohol mitigaba los cuarenta grados de la fiebre, pero al rato seguían mis angustias. Nunca olvido las pesadillas de la sed y los espejismos de los jagüeyes. Pedía agua, y no valían llantos y súplicas: según el curandero la bebida fresca, en medio de la calcinante calentura, resfriaba a los enfermos.

Mano Manuel, a la moderna y con simples conocimientos empíricos, recetaba quinina y ungüentos. Con la quinina los oídos empezaban a zumbiar, hasta el punto que era difícil distinguir cuál atormentaba más: la enfermedad o la cura. La quinina era amarga, de un sabor penetrante y horrible. Las fiebres quitaban el apetito, además de la dieta rigurosa aconsejada. Por eso en la convalecencia mis costillas y huesos podían contarse desde lejos. Mi madre poco gustaba de las comidas abundantes en los períodos de enfermedad. Cosa contraria pensaba la comadre Margarita, la vecina de enfrente. Se trataba de una familia de menos recursos económicos que la mía. Era madre de Foncho, mi amigo de diabluras. Ella parecía comprender mi apetito cuando servía los

platos de guandules con cabeza de cerdo ahumado, la comida común de los campesinos. Entonces, para que le perdiera el miedo a las prevenciones de mi madre, servía una totuma rebosante, y me decía: Coma, Niño *Joche*, que si muere, muere harto.

Sin embargo, en cuanto a las dietas, había una especie de rasero cuando se trataba de vermífugos: a todos los niños, por el poco uso de calzado y la falta de letrinas, más o menos cada mes se les sometía al suplicio de tomar aceite de ricino. Acostumbraban mezclarlo con cerveza, agua de panela o café, dizque para encubrirle el horrible sabor grasoso. Yo aborrecí hasta la edad madura la cerveza. Pero el mayor tormento estaba en la dieta de *purga* y *tornapurga*, que más bien han debido llamar de requetepurga, con dos o tres días de abstinencia alimenticia. A mí me salvaba de la rigidez del régimen la bondadosa Nana, abuela paterna —¡siempre las abuelas cómplices!— con sus jugos de melones y guanábanas. Nana se distinguía por el cuidado de sus platos, preparados con exquisitez sólo acostumbrada en la Semana Santa. Pero, bueno es decirlo, también gustaba de esos refinamientos en todas sus costumbres: se bañaba en agua de rosa, y sus vestidos, de colores tiernos, parecían emular con las flores de su pequeño jardín. Mi abuelo la obsequiaba con lo mejor de las telas y perfumes que vendían los *turcos*. A escondidas, Nana, que



habitaba una casa por medio, complacía mi fatiga.

El día de los purgantes semejava una refriega de familia. Primero los halagos, con ofertas de un poco de azúcar, caramelos o centavos. Nada de esto seducía a las víctimas. A veces el suplicio duraba horas, hasta cuando la madre iba en busca de refuerzos. Entonces los papás o vecinos abrían la boca del niño mientras le tapaban la nariz, y la madre dejaba escurrir el aceite de unos frascos que, irónicamente, se llamaban *angelitos*.

De todas esas cuestiones de salud, nunca olvido el episodio del Doctor Aguja. Una mañana cualquiera apareció en el pueblo, y tuvo el cuidado de buscar a mi padre y a Miguel Agustín Barraza, personajes dispuestos a dar albergue a forasteros, y a prestarse para las bromas colectivas. De ellos se conocían muchas anécdotas, como aquella de la medianoche que tocaron un viejo cornetín y dieron gritos, imitando a los *cachacos* —que son los colombianos de la región andina, gustosos del arte militar— para solicitar reservistas. Todo el mundo brincó las cercas de los patios hasta perderse en las malezas cercanas y dejar casi solo el pueblo.

Al doctor Aguja lo instalaron en casa de los Marchena, y regaron la voz. Al poco tiempo la calle parecía un caminito de hormigas

arrieras, de familias enteras que venían con sus pacientes.

Mi padre y Miguel Agustín prestaron su concurso como secretarios *ad honorem*. Y el doctor Aguja empezó una ceremonia que mucho tenía de pases mágicos y discurso estimulante. Dijo que venía de tierras lejanas donde los hombres luchaban por la igualdad, y al ver pasar un señor en un burro con dos rollos de alambres de púas, exclamó: ¡A más alambre, más hambre!

Los niños estaban felices, no así algunas de sus madres que desde muy temprano no los veían. Llegaban en bandadas, como los galanderos y cotorras en tiempos de cosecha. Observaban al forastero, pero, al cabo rato, empezaban a correr y a jugar alrededor del grupo.

Nadie daba cuenta por dónde había llegado el curandero. Al pasar por la tienda de Julia Carné, sitio de reunión de los campesinos, y sede, en el traspatio, de la barbería, se acercó a los contentulios. Al poco rato, al hablar de las lluvias, su palabra complacía al auditorio.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, de barbas blancas, mochila al hombro y abarcas gastadas. Explicó que no era brujo ni médico. Apenas si utilizaba la sugestión para aliviar a los enfermos. La sugestión tiene efectos diversos, decía. Unas veces alivia y otras empeora. Aquel discurso no lo entendieron los campesinos, y poco

les importó. Ellos, con su fe elemental, tomaron las palabras como suyas: las lluvias eran irregulares, las mejores tierras ajenas, y los médicos lejanos.

Mi papá hizo llegar hasta ese sitio a mi hermano mayor, con su muela caprichosa que dejaba de dolerle cuando veía el *gato*, unas pinzas especiales que usaba el barbero cuando actuaba como dentista. El doctor Aguja le dio una cachetada, lo lanzó al aire y lo recibió en sus brazos. Después le entregó una aguja y una hebra de hilo para que ensartara y desensartara.

Ese era el método de curación para todos: tuberculosos, palúdicos, o tullidos. A un loco que le hizo lo mismo no entendió, y se le tiró encima con gruñidos y mordiscos.

En la tarde todo había cambiado. Hasta de los pueblos vecinos llegaban los campesinos y sus enfermos con cara de esperanza. Los que no tenían dinero entregaban gallinas, *truncos* de yuca, o *manos* de maíz. Y como no sabían el nombre del *enviado*, lo empezaron a llamar doctor Aguja.

Nunca supe a quién disgustó la acogida que el pueblo le dio al doctor Aguja. Sobre todo en la noche cuando compartió con sus pacientes y les siguió conversando sobre cosas que habían hecho los campesinos en México, donde él estuvo alguna vez. Lo cierto fue que al día siguiente, al iniciarse la tarde, llegó de Sabanalarga un pelotón de policías. Al doctor Aguja, ante el espanto y la ira

de todos, le amarraron las manos y se lo llevaron de *cabestro* como si fuera una bestia.

Los niños seguimos al grupo hasta el final de la calle detrás de la nube de polvo que levantaba el andar de los caballos, mientras mi padre y Miguel Agustín, más desconcertados que miedosos, compartían con sus paisanos el triste suceso.

Mucho tiempo no hubo en el pueblo otro tema distinto al doctor Aguja. Pero los niños olvidamos pronto el asunto y la tristeza. Al día siguiente, apenas pisamos la calle, la alegría empezó de nuevo a mezclarse con las brisas. Se pasaba de un juego a otro: trompo, botellón, uñita, fútbol, escondida.

En todos los juegos estaba yo. Casi nunca había juguetes extraños, fabricados por manos ajenas. Con yeso y barro hacíamos las bolitas, y los maderos de guayacán se torneaban con un pedazo de vidrio de botella, hasta darles formas de trompos. Para las pelotas de trapo, como su nombre lo indica, bastaba una media desechada rellena con telas viejas.

Los ancianos poco gustaban de la algarabía, o del correr detrás de un objeto al cual se le daban patadas. Don Prudencio Barros era uno de ellos, y su terquedad llegaba a tanto, que con su bastón iba tumbando en la calle las varitas que clavaban en el suelo los niños a manera de porterías. Yo le sacaba placer a su fobia, y en sus caminatas, de su

casa a la casa de su hijo, que quedaba a dos cuadras, hundía muchas ramitas secas para gozar desde lejos al mirarlo afanado, como si fuese otro niño, dándoles bastonazos.

Una vez, imitando a los grandes, se nos dio por organizar un club de fútbol. En casa de Antonio Joaquín hicimos reuniones, y nos dimos a la tarea de ganar centavos en mandados para encargar a Barranquilla un balón pequeño de cuero. Jacinta Mercado viajaba todas las semanas con huevos, gallinas, yuca y bollos, y regresaba con encargos especiales, de encajes, hilos, condimentos y toda clase de baratijas. Cada viaje era una odisea, aunque nunca se quejaba. En la prima noche salían los burros y mulos cargados, para arribar a Barranquilla en la alborada. Yo recuerdo la tarde que llegó con nuestro balón. Desde el mediodía todos estábamos en el camino de entrada. A eso de las cinco se oyeron los rumores de sus conversaciones. Y ninguno quiso esperar que llegara a su casa, como lo insinuaba Jacinta. Allí mismo tuvo que detener el andar reanimado de su burro. Siempre los animales de carga cuando están cercanos a sus caballerizas apresuran el paso. Jacinta también estaba feliz por hacer felices a los niños.

Al día siguiente nadie se acordó de la escuela. Sin son ni ton pateábamos nuestro hermoso baloncito, nunca antes visto ni conocido. Pero hubo un percance, que en un comienzo nos llenó de susto para después

divertimos: el baloncito cayó en el patio de don Prudencio, y antes que los más audaces brincaran la paredilla, él lo tenía en sus manos. Todos vimos cuando sacó su *macoco*, nombre que se le daba a los machetes gastados y romos por el uso o el desuso, y comenzó a golpearlo para abrirlo en dos, tal como hacía antes con los melones. Dos o tres veces intentó rajarlo sin éxito, porque el balón saltaba con sus débiles golpes de casi noventa años. Entonces lo tomó nuevamente en sus manos, y fue al fondo del patio, adonde llegaban las pozas del arroyo, para arrojarlo, de seguro con el propósito de que se hundiera. Su desconcierto fue tanto al verlo flotar, que regresó a su taburete, recostado en el horcón de la cocina, santiaguándose y diciendo que aquello era cosa del diablo.

Mientras tanto, sin importarles que se mojará la ropa, los que sabían nadar rescataron el balón, y siguió la fiesta en otra parte de la calle.

Esa semana fue de castigos en las dos escuelas. Porque había otra, además de la oficial, que estaba a cargo de un profesor patuleco que sólo enseñaba a los hijos de los liberales.

Era Juan de Dios del Villar, personaje de mil historias, que llegó al pueblo relatando sus hazañas de juventud en la guerra de los Mil Días, al lado de Uribe Uribe. Esto bastó para que Gilberto Padilla, el padre de Anto-

nio Luis, jefe liberal que vivía lleno de gozo con la presidencia de Enrique Olaya Herrera, lo recibiera en su casa. Don Gilberto, para hacer rabiar a los conservadores, acogió con beneplácito a Juan de Dios, y le organizó una escuelita con el respaldo de mis tíos, José de la Cruz y Silvio, hermanos de la abuela materna. Estos dos también juraban en sus borracheras, por cierto muy frecuentes, que estuvieron en la guerra, aunque mi abuelo paterno, godo recalcitrante, alegaba que sus proezas bélicas se redujeron a la compra de caballos, con la plata de su padre, el abuelo Nico, para obsequiarlos a los soldados liberales.

En el pueblo no había odios políticos. Apenas se notaba el regocijo de los liberales después de cuarenta años de derrotas electorales. Pero como todavía el maestro era conservador, don Gilberto y sus seguidores pensaron en llevar a la práctica los discursos del doctor José P. Esmeral, el abogado intelectual oriundo del pueblo, que dirigía en Barranquilla el periódico "El Liberal", y había sido secretario, en sus tiempos de estudio en Bogotá, del general Benjamín Herrera, y era hermano de José de la Cruz y de Silvio.

Fue la primera vez que un forastero no estuvo hospedado en mi casa. Mi padre gozaba con la presencia de amigos de otras partes. Por mi casa pasaban comerciantes, políticos, maromeros y *turcos*. Allá llegaban los de la ciudad, los que compraban algo-

dón a los campesinos para llevar a Barranquilla; y desde el año que se construyó la carretera para unir a Usiacurí, el pueblo vecino, con Barranquilla, los compadres de Luruaco, Cien Pesos y Tabla, primero descansaban en mi casa, para luego seguir en busca de la *chiva*, el bus de ahora, que sólo conducía el *cachaco* Moreno, su propietario.

Juan de Dios entró a dominar y dominó. Hasta se daba el lujo de no tomar la leche que ordeñaba Antonio Luis con sus manos manchadas. No gustaba de las comidas familiares. Pasó por la tienda de Petronita, la que leía los libros en las veladas, con un apetito de langosta. En cuatro meses la había acabado. Petronita lo esperó veinte años después de su partida dolosa, con su cofre repleto de vales. Los liberales, a pesar de su edad sesentona, le consiguieron novia, una hermosa doncella de ojos negros y cabellos largos, hija mimada del tío Silvio, que fue solicitada en matrimonio por el propio Gilberto.

Apenas Juan de Dios del Villar cumplía seis meses de estar en el pueblo, pero se mostraba de prisa. Dijo que iba a Barranquilla a comprar el vestido de la novia y su propio atavío. Para eso solicitó préstamos a todos los liberales pudientes. Partió, con su picardía y su prontuario en el más brioso de los caballos de José de la Cruz. Todavía, cuando los patriarcas del pueblo recuerdan su burla dejan escapar una sonrisa de sus

bocas desdentadas. Y algunos afirman que lo vieron con su andar de *chencha* por los vericuetos del mercado de Barranquilla, tal vez en procura de nuevas pillerías.

Con la noticia de la estafa de Juan de Dios, don Gilberto y mis tíos liberales cerraron sus puertas como para esconder vergüenzas. Mientras tanto, mi padre gozaba e invitaba a los liberales de otros pueblos a festejar el acontecimiento, y mis travesuras: porque yo le daba vivas al partido liberal con el respaldo protector de mi madre y del coronel Higgins, mi otro abuelo, personaje de leyenda, gallero, homeópata, mujeriego e infinitamente irresponsable: desde Venezuela hasta Panamá, territorios que el recorría en andanzas donjuanescas, dejó ciento veinte retoños, según la cuenta de sus admiradores. Era hijo del Doctor Silvestre B. Higgins, un ingeniero norteamericano —tal vez uno de los pocos gringos que han venido a Colombia sin objetivos imperialistas— y médico homeópata que casó en Barranquilla con una descendiente del héroe de la independencia, Idelfonso Macías.

Aunque yo no lo conocí en vida, supe de las siete condecoraciones otorgadas por el Gobierno y el Congreso de Colombia. Estuvo al frente de las obras en el Río Magdalena y construyó los muelles y atracaderos de sus puertos. De sus libros, el más conocido y reputado es *Culebras y Reptiles*. En dicha obra se muestra como un acucioso investi-

gador y sociólogo que recorre el país para recoger los mitos y relatos del pueblo sobre las propiedades medicinales de las plantas.

De origen escocés, de seguro el doctor Silvestre hizo gãla siempre de la flema de sus antepasados, de la cual nada dejó al alegre y desprevenido hijo.

Mi abuelo no era ningún Adonis. Yo recuerdo su nariz ancha y sus ojitos azules penetrantes, pero ofrecía el encanto de la familiaridad. Era querendón, y tal vez por su desprendimiento —todo lo daba aunque poco tenía— y su inteligencia natural, la timidez de la mujer de entonces se doblegaba ante su intrepidez.

Como buen aventurero y liberal, mi abuelo participó en las guerras intestinas en calidad de correo de los insurgentes. Siempre gustaba de comentar que era libre como el Toche, el pájaro que prefiere la muerte al cautiverio. Y a lo mejor sus resabios andariegos tuvieron origen en el oficio de soldado. Para él todos los momentos, aunque fuera en la gallera, eran propicios para hablar de su experiencia revolucionaria. Por eso gozaba, en sus fugaces estadías en el pueblo, mortificando a mi padre con mi precocidad política. Sin embargo, mi padre también hacía de mis gracias un motivo departiente. Si yo daba vivas al partido liberal todo el mundo reía, e iniciaban la fiesta con ron blanco y sancocho de gallina.

Yo aprovechaba el buen humor para pe-

dirle a mi abuelo los polvos mágicos que usaba en sus conquistas amorosas. El se limitaba a darme una receta de huesos molidos de gallos con ají picante para rociar pañuelos. Yo le creía, porque en las comidas él siempre consumía cantidades de ajíes. Y, ¿quién iba a dudar de las propiedades de los gallos?

En una de esas tertulias Armando, primo de mi padre, indagó por la razón de mis solicitudes al abuelo. Mi padre le dijo que yo estaba enamorado de Marcela, una niña hermosa y gordita que un día me llevó de bruces porque intenté acercármele. ¡Qué extraño gusto el de este muchacho!, exclamó Armando. En la casa de esa niña sólo hay un diploma, el del burro bayo, que se lo ganó en la feria de Barranquilla...

Armando era un mitómano y un bromista de tiempo completo. En su juventud estuvo en la *Ochenta*, la cárcel de Barranquilla, por estar diciendo un sábado en la noche en el Barrio Chino que había estado al frente de un grupo de obreros en la huelga bananera, sin que conociera el sitio. La casa del diploma era la de su propia hermana, esposa de uno de los ricachos del pueblo. Armando pasó la vida en guasa permanente. Cuando se fue a vivir a Baranoa, hizo de médico y carpintero. En la puerta de su casa puso un letrero: medicina y ataúdes, servicio completo.

Yo poco entendí los comentarios de Ar-

mando aquella noche. Por el contrario, en las tardes de paseos por las afueras del pueblo acompañaba a mi madre y a sus amigas a recoger flores, siempre con el propósito escondido de encontrar a Marcela. Los paseos hacían las tardes más bellas. Cuando se aproximaba la fiesta de las velitas, el ocho de diciembre, las señoras buscaban en el campo las flores silvestres para adornar el altar de la Inmaculada Concepción. El San José, con sus matices blancos y violetas, era predilecta. Se trata de una parásita muy parecida a la orquídea. A mí no me dejaban subir a los árboles a tomarlas, por eso recogía en el suelo margaritas y lotos.

Siempre los atardeceres del campo esparcen tristezas. Es la hora en que los campesinos regresan cansados y los pajaritos se refugian en los árboles. Pero en los paseos vespertinos el alborozo de los niños dejaba a un lado la agonía del ocaso. Además, la víspera de fiestas alborotaba expectativas. Podría afirmarse, no obstante, que las fiestas distribuían, en extraña simbiosis, placeres y penas. Placeres por la fiesta en sí, con la rica mixtura de los actos esperados; y, molestias, que daban los estrenos de vestuarios. Los zapatos, por ejemplo, casi siempre eran un martirio. Tanto zapatos como vestidos los encargaban a los mercaderes que viajaban a Barranquilla. Sus medidas se tomaban al ojo. Y jamás se ajustaban los tamaños a la conveniencia de las inocentes

víctimas. Por lo regular, al terminar las fiestas, los pies de los niños estaban llenos de vejigas.

En la madrugada las bandas de música de Piojón y Repelón rompían el silencio con sus sonoros platillos y trompetas. Los niños no daban tiempo a escuchar prevenciones. Todos iban a la loma con el respaldo cómplice de cielos estrellados. Un viejo cañón, o por lo menos así se llamaba a un tubo de hierro empotrado en un grueso madero, hacía vibrar los espacios con el ruido de la pólvora. Las bandas recorrían la calle para anunciar el inicio. El cura, siempre español o antioqueño, llegaba de Sabanalarga para decir la misa en una iglesia cuyo techo devoró un incendio. Allí estaban las jóvenes casaderas mostrando sus virtudes a los posibles pretendientes. A veces una mirada bastaba para iniciar los púdicos idilios:

Las tardes de corralejas con los espontáneos magullados por las vacas y toros bravos, patrocinaban la diversión. Todo el mundo podía ser torero. Una manta roja y dos tragos de ron blanco bastaban. Sin embargo, Dimas Roca, el decimero y espendedor de cerdo, gozaba de aprecio por su templanza. Con los pasodobles de las bandas y la alegría de la gente encaramada en las cercas en todo el ancho de la calle, el miedo se alejaba. Dimas Roca burlaba al animal con pases de muleta, y de inmediato recorría el *ruedo* con sombrero en mano, para recibir

moneditas. La fiesta era herencia española, pero humanizada: ni garrochas, ni banderillas, ni muertes. La sangre no estaba presente, y, si acaso, uno que otro golpe a los borrachitos intrépidos.

En las noches, la cumbiamba. Teófilo Angulo se instalaba en todo el centro de la calle con sus hijos flauteros. El tocaba el llamador, y sus manos callósas caían sobre el cuero para arrancar el sonido retumbante. Los campesinos, estrenando cotonas y chinelas, compraban en las tiendas los paquetes de espermas. Apenas oscurecía, el sonido de la flauta de millo dejaba atrás la indiferencia. A las mujeres se les obsequiaba con las velas encendidas, que era la manera galante de invitarlas a la danza. Hasta los niños se aquietaban por ratos para mirar el sonoro movimiento de la rueda sensual. Y allí pasaban toda la noche los bailarines, embrujados por el ritmo y la sonrisa de sus parejas, puestas al descubierto por la tenue luz de las espermas.

Antes, desde la prima noche, la procesión había desfilado entre paralelas interminables de espermas encendidas, que se alineaban enfrente de las casas. Más por costumbre ancestral que por devoción religiosa, todo el pueblo seguía los pasos de los que cargaban la mediana imagen de una plácida Virgen de la Inmaculada Concepción, con muchos angelitos blancos y de ojos azules, poco parecidos a nosotros.



Pero hasta los borrachitos guardaban compostura, y apenas si se oía el rumor de los rezos.

Los niños, en procura de dinero para los guarapos y bizcochos, recogíamos los envases vacíos del ron blanco. Cada casco, como se le decía a la botella sin licor, lo compraban en el estanco a dos centavos. Y tan apreciados eran, que la muy simple de mi tía María Cabarcas, la mujer del parrandero tío Silvio, y madre de la novia burlada de Juan de Dios del Villar, se resignaba a su destino con tal de recibir los cascos.

Yo en una de las fiestas tuve suerte y recogí varios. Tantos que me di el lujo de comprar una gaseosa con sabor de *kola*, la cual guardé con mucho celo, casi durante dos semanas, para sorber poquitos cada día. Entonces un refresco envasado costaba cinco centavos, cifra raramente acumulada por un niño. Fue esa una fiesta inolvidable con derroche inusitado de confites, raspados, cucas, y hasta kola.

En el frenesí de la cumbia todo se gastaba. Para diciembre las trojas estaban repletas. Algunos campesinos no tenían parcelas, no obstante cultivaban. Aquello era posible porque los dueños de las tierras eran de allí, y las entregaban por dos años, siempre y cuando que las dejaran sembradas con pastos. Era una forma muy particular de pago de renta en especie. A veces también, después del tiempo estipulado, se queda-

ban con el algodón perenne. Después vinieron las carreteras, y con ellas los hombres de la ciudad —en ocasiones los mismos que antes negociaron el algodón, o el *turco* vende ropa— a cercar baldíos y comprar terrenos. Por eso las tierras de cultivo se fueron convirtiendo en grandes extensiones de pastizales para ganaderías. Las trojas se vaciaron, los campos perdieron sus frutos silvestres y las palmas, que daban sus hojas a los techos de las casas, se ausentaron del paisaje.

Por lo general en febrero, mes de carnaval y disfraces, el rigor del verano había agotado recursos. El jolgorio colectivo embriagaba el entusiasmo, y a los que ya poco les quedaba buscaban el alero de los ricos. Las operaciones de compra-venta de ese mercado de futuro, con sus precios desiguales en las arobas de maíz o en la carga de millo, empobrecía más a los pobres en favor de los pudientes.

Las carreteras también fueron motivo de escapes. Unos llegaban de paso a comprar las tierras; otros salían a la ciudad a buscar trabajo. Para los niños, aquello era incomprendible, y limitaba sus gozos. Las tierras cercadas y la tala de los bosques alejaba pajaritos y reducía el entorno. Y las partidas eran tristes: con ellas se iban los compañeros de escuela y chiquilladas.

A falta de cultivo apareció el hambre. Y a su lado las enfermedades y las muertes re-

petidas. Pese a todo, los velorios ofrecían su lado de folclor y festín. En medio de los llantos las mujeres contaban la historia del difunto. Y algunas veces se daban pasajes graciosos. Muchas eran las historias de adulterios o las pilatunas relatadas entre sollozos y lágrimas. Mi padre y Miguel Agustín no perdían veladas. En uno de ellos supieron que Mana Leandra le robaba el maíz a su propio hermano para venderlo al difunto. "Ya se murió el que te compraba el maíz por la cerca, comadre Leandra", le dijo la mujer del muerto cuando fue a darle el pésame.

Los velorios eran largos como la pena de los deudos. Primero, las nueve noches de rosario, comida, café y ron blanco. Después, el mes con café y refrescos. Las casamenteiras ejercían a plenitud su oficio con la presencia de clientes, aunque en verdad la práctica usual era el rapto. Cada galán que se respetara cargaba, ó se *sacaba*, a su doncella. Como quien dice, primero a probar y después a decidir. Porque aquello de la virginidad era tabú respetable. Quien antes del rapto o del matrimonio hubiese dado un *mal paso*, mancillaba la familia. El orgullo de las madres giraba alrededor de las manchas de sangre en las hamacas humildes, o en las sábanas acomodadas.

En los velorios la fantasía desbordaba por los cuentos de aparecidos. Aunque había personas con más gracia y recursos para hacerlo, todos contaban sus experiencias.

Los niños también tenían sus historias. Cuando se anunciaba la muerte de un vecino corríamos a su casa para ver subir su alma al cielo. Yo juré una tarde que había distinguido claramente la del abuelo Nico, y lo explicaba con lujo de detalles. Como el rebelde de Gregorio se la pasaba afirmando que, por ser rico, iría al infierno, le dije a mis amiguitos que dos ángeles salieron de una nube y tomaron de la mano su alma para conducirla a la gloria.

Los niños creyeron mi relato, menos el tío Silvio. A él le contó Camargo, el fiel sirviente del abuelo Nico, que su alma deambulaba por las noches queriendo anunciar el sitio en donde había enterrado una totuma con monedas de oro. Para Camargo la vida tenía objeto con una *calilla* de tabaco en la boca. El tío Silvio comenzó a suministrarle cigarrillos, bajo la promesa de Camargo de evocar el alma a las doce de la noche, en una luna llena y debajo de un palo de guamacho. Como pasaron semanas, el tío Silvio llamó al orden a Camargo, hasta obligarlo a declarar. Entonces le juró que mano Nico quería hablar directamente con su hijo preferido en la puerta del corral de la Loma de los Indios, el potrero que heredó. De estas cosas supieron mi padre y Miguel Agustín, y allí estaban escondidos, con una sábana blanca de cama, esperando al tío detrás del grueso tronco de la ceiba que le daba sombra al corral.

La noche de la luna llena mi tío le dijo a su mujer que iba a Molinero a visitar a su hermano. Lo que sí no pudo explicar fue su llegada repentina, en las horas de la madrugada, sin mulo y con la cara blanca como la pared de la iglesia. En la media noche, mi tío estaba llamando al abuelo Nico, y hasta le ofreció varias misas con tal que le hiciera saber el sitio del tesoro. En ese momento Miguel Agustín, con voz del otro mundo, dijo al tío Silvio que era su padre y venía a llevárselo para que dejara de tomar ron blanco. Dicho esto los dos bromistas se asomaron con sus cuerpos cubiertos por la sábana blanca. La carrera del tío Silvio terminó, una hora después, en la puerta de su casa, con semblante de terror y delirio.

La rabia del tío Silvio cuando supo la ocurrencia de sus amigos sólo se apaciguó con la noticia de la guerra. De Sabanalarga y Barranquilla llegaron comisiones para notificar la nueva y recoger aretes y anillos de oro. Los peruanos invadieron la frontera y todo aquello incomprensible facilitó la fantasía bélica. Para los niños fue motivo de un nuevo juego. Yo conservo en mi frente la cicatriz de la pedrada que recibí una tarde de parte de otro niño que estaba en bando contrario. Mi padre al verme con la frente herida, sonrió y dijo: ya tenemos el primer veterano en la familia. Pero, en verdad, quienes más hacían gala, a su manera, de patriotismo, eran los tíos. Con un par de borracheras de varios

días, se paseaban por la calle del pueblo arengando a la gente. El tío Silvio pronunciaba los discursos. Hablaba de los soldados de Colombia parecidos a los leones de Siberia, mientras José de la Cruz empapaba sus largos bigotes en lágrimas. Sin embargo, el profesor estaba triste. Se había pasado las mañanas y tardes recitándole a sus alumnos la vida de Bolívar y las hazañas de Sucre y Córdoba en Junín y Ayacucho. Para él era absurdo que los hermanos de ayer fueran enemigos hoy. Y tanto le dolía el suceso que tal vez fue el único que no gozó con la despistada e incoherente oratoria del tío Silvio.

Pasados los días de expectativa y temores, comenzaron a llegar los buscadores de votos. Cuando las elecciones se acercaban, los candidatos, casi siempre de otras partes, aparecían de noche para decir los mismos discursos, sobre la futura construcción de la carretera, o los triunfos de las banderas rojas o azules —ya fueran liberales o conservadores— en las batallas de las guerras civiles. Después nadie se preocupaba por reclamar el cumplimiento de las promesas.

Para la elección de diputados los liberales se esforzaban por obtener la victoria. Con el objeto de animar a sus copartidarios había llegado el doctor José P. Y en todo el pueblo se sabía que Gilberto Padilla se pasaba las noches escribiendo un discurso. Incluso muchas veces en las mañanas regresaba

cuando iba camino a su roza, porque pensaba en una palabra digna de agregarse a su catilinaria.

La tarde de la manifestación, al pie de la loma de la Iglesia, Antonio Joaquín y yo teníamos un encargo: sacar del bolsillo de la chaqueta de Gilberto unos papeles. El guasón de Miguel Agustín con la complicidad de mi padre, el uno liberal y el otro conservador, nos prometió caramelos.

No fue difícil para nosotros la tarea encomendada. Gilberto, por el fuerte calor de la tarde, se había quitado la chaqueta y la colocó en el espaldar de uno de los taburetes colocados a manera de proscenio para los oradores, mientras hablaba con los campesinos que se iban arrimando al sitio del encuentro. Antonio Joaquín se acercó disimuladamente y sacó del bolsillo exterior derecho los papeles, que llevamos a toda prisa a Miguel Agustín.

A eso de las cinco de la tarde un centenar de hombres —porque entonces las mujeres no votaban, ni hacían política— esperaba al doctor José P. para dar inicio a los discursos. Cuando llegó, los vivas de sus copartidarios se escucharon en todas partes. Entonces Gilberto, ya con el saco puesto, lentamente metió su mano en busca del discurso. A él le tocaba la delicada misión de iniciar el acto. Varias veces hizo el intento en todos sus bolsillos, mientras el sudor empapaba su cara. Cuando el público comenzó a reírse, el

doctor José P., para salvar la situación embarazosa, dijo a los concurrentes que daría comienzo a sus improvisadas palabras.

Horas después el doctor José P. departía con su sobrino Ignacio y Miguel Agustín alrededor de una chicharronada con yuca cocida, blanca y gustosa. En su frustrado discurso Gilberto clamaba por un respaldo, machete en mano, al gobierno liberal. Las urnas bastan, ya tenemos suficiente en este pueblo con la desgracia de Pedro Pastor, comentó el doctor José P., al festejar la gracia de sus amigos y parientes, y la cómplice precocidad de los niños. Y mucha razón tenía, pues la muerte de Pedro Pastor, tío de mi padre, llevó la tristeza al pueblo unos años antes. Pedro Pastor Consuegra dirigía en Barranquilla y Bogotá el diario *La Nación*, y una noche en el Congreso, cuando hacía un debate en defensa de la democracia y en contra del gobierno hegemónico, dijo que sólo partiéndole el corazón lo callarían. Días después, en Barranquilla, las balas asesinas perforaron su pecho en la puerta de un teatro. Yo no conocí a Pedro Pastor, pero todos los días visitaba el lecho de su madre, que quedó paralítica la noche que le dieron la noticia. La recuerdo tierna y blanca como un lirio, con una sonrisa maternal extendiendo su mano derecha temblorosa para alcanzar, con esfuerzo, los confites que me daba cuando le contaba aventuras de Tío Conejo.

Todos los niños sabíamos historias de los

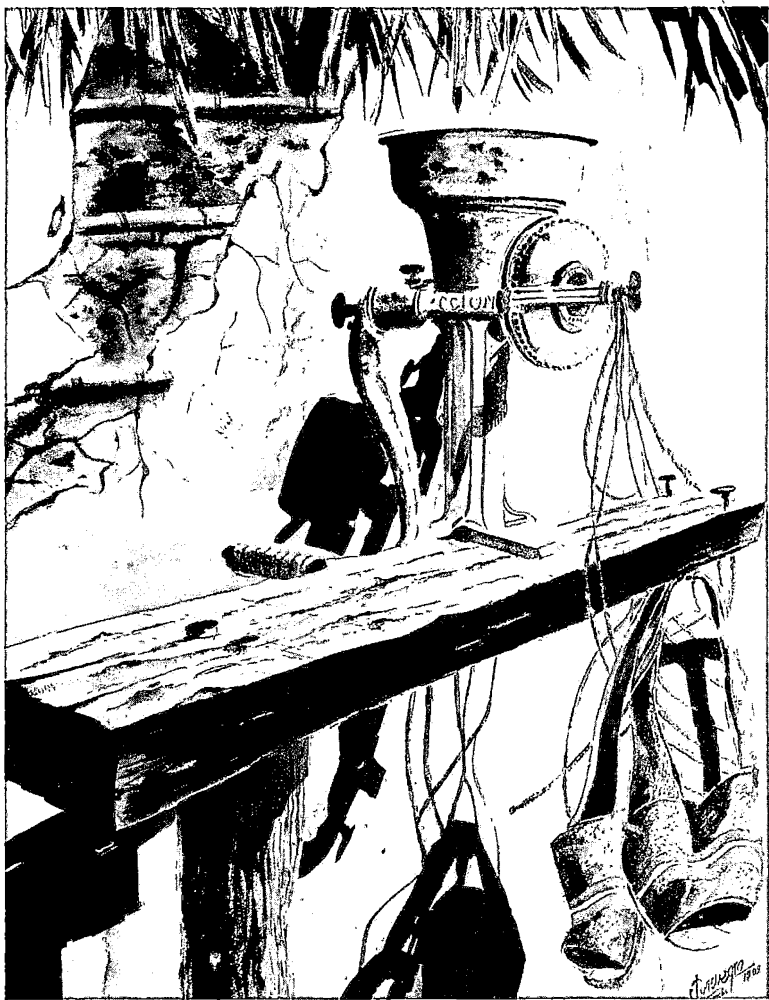
animales, y todos los animales eran tíos en sus historias. Tía Tortuga, Tío Burro, Tío Caimán, Tía Gallina... Pero el héroe de los cuentos era Tío Conejo. Distinto ahora, cuando los niños sólo saben de cuentos extranjeros con *superhombres* de otros planetas, mujeres *maravillas*, o ricachos disfrazados de murciélagos, los personajes de nuestras historietas formaban parte del entorno y del paisaje. Tío Conejo, inteligente y recursivo, sabía sortear situaciones difíciles para burlar la fuerza bruta y los atropellos de Tío Tigre, o las picardías de Tía Zorra. Los animales más indefensos siempre procuraban el ingenio de Tío Conejo cuando peligraban sus cosechas, sus fiestas o sus vidas. A mí me gustaba mucho la manera como Tío Conejo se escapaba de las garras de Tío Tigre, con promesas que no podía cumplir, porque estaba su propia vida por delante. Como aquella vez que se lo cogió dormido y Tío Conejo alegó que sería de mal gusto comérselo sucio y con los pies enlodados, para aprovechar después un descuido de Tío Tigre y escapar, cuando lo lavó en la poza y lo puso a secar en el barranco del arroyo.

El profesor enseñaba a los niños a referir cuentos y recitar poesías. Mi memoria poco me ayudaba, pero en las sesiones solemnes yo solía participar. A todos nos gustaba escuchar las lecturas de los versos de los poetas de moda. Entre ellos, el más popular era Julio Flórez. Por eso un día el profesor nos dijo

que a la semana siguiente iríamos a Usiacurí, a diez kilómetros de distancia, a visitar la casa y la tumba del poeta. Aquel paseo fue para mí la primera experiencia fuera del pueblo. Entonces Isiacurí ofrecía a los enfermos de todo el país sus aguas termales milagrosas. Y allí había caras forasteras de sitios lejanos que casi sólo hablaban del *Higuerón* o del *Chorrito*, nombre de las fuentes sulfurosas con más prestigios curativos. Recuerdo que en la casa del poeta me fui al cuarto para ver la araña que cantó en sus versos. Y poco comprendí al profesor cuando me dijo que ella nada más existió en la imaginación del poeta.

El regreso se inició a las tres de la tarde, con una caravana bullanguera. Todos los niños estábamos contentos, y movíamos las piernas para animar a los caballos, mulas y burros. Algunos iban en las ancas, con la alegría del recuerdo reciente. Cuando nos acercábamos al pueblo, el maestro se detuvo a recoger frutas. Las cerezas rojas cubrían el campo. Como eran arbustos pequeños, todos teníamos acceso para llenar los bolsillos. En el patio de Tiburcio los palos de guayabas y ciruelas de *castilla* ofrecían su cosecha.

Tiburcio, el de la pierna de palo, vivía en un rancho a la orilla del camino, con su perro, dos vacas y una burra baya. Era un ermitaño a medias, porque cada mes iba al pueblo a llevar yuca o maíz para cambiar por



panela, café y abarcas. Después de sus ventas y compras se arrimaba al estanco a emborracharse. Desde lejos la gente murmuraba al verlo pasar con su rostro tostado por el sol. Sin embargo, Miguel Agustín y mi padre tenían sus particulares explicaciones de su extraña costumbre marital: a lo mejor, decían, es más feliz que muchos. Su burra no le dice nada si se emborracha, dócilmente lo lleva a su rancho, y no tiene que trabajar para alimentar hija ajena, porque en sus dos hectáreas de tierras el pasto abunda.

Tiburcio brindó con bollo de mazorca tierna y queso blanco recién hecho. Nunca olvido el placer de aquella comida inesperada. La fatiga del viaje había abierto apetitos. El dulce suave de un bollo caliente con la frescura salobre y blanda del queso sigue siendo mi manjar favorito. Yo prefiero su natural simplicidad a las complicaciones gastronómicas de salsas y especias. Lo mismo me pasa con las mazorcas cocidas o asadas. Alguna vez en viaje de Javaros a Najodka contemplaba con nostalgia desde el tren los maizales en esa parte de la Rusia oriental. Y le comenté al intérprete lo mucho que me gustaba el maíz. Pocos días después, en casa del comandante de la flota mercante soviética con sede en Najodka, había una palangana de mazorcas en medio de una mesa con viandas y comidas de la región. Más tarde supe que el intérprete informó de

mis gustos al anfitrión, y yo pasé un buen rato comiendo mazorcas con caviar, rara mezcla que nunca había imaginado. Después de todo, me dije a mí mismo, ellos comen caviar con pan, porque son de la cultura del trigo. Y si nuestra cultura es la del maíz, la experiencia es valedera.

Por el camino estaba mucha gente trabajando: comenzaba el verano y el Inspector había decretado fajina para arreglar el camino en procura de que los carros transitaran en viaje de Cartagena a Barranquilla, o viceversa.

Las fajinas y convites eran la mejor expresión de la vida comunitaria. Las primeras tenían un carácter oficial, porque siempre las decretaba la autoridad civil; las segundas, más espontáneas, emanaban de la voluntad de los vecinos, según sus necesidades. Los convites, pequeñas fiestas más allá de los límites familiares, por lo general se llevaban a cabo los domingos. Grandes sancochos de gallina, cerdo, o carne fresca de res, con abundante vitualla de maíz, yuca, ñame, plátano, batata y auyama, y guarapo de panela y limón, era lo ofrecido por el convidante. A veces los hombres tomaban ron blanco, pero no tanto como para emborracharse. Mi padre me llevaba a los convites de las quemas. A la tierra que se escogía para la siembra se le cortaban los árboles y malezas con el objeto de que sirvieran de combustible. A cada parcela se

le separaba con guardarraya de dos o tres metros, a fin de evitar la propagación de la candela a los otros terrenos. Varios campesinos, con estacas previamente prendidas, iban incendiando las palizadas de hojas y ramas más secas, alrededor del predio.

Al iniciarse la quema todo era alegría. Los campesinos gritaban y daban ánimos a la candela al compás de los sonidos de las hojas y leños encendidos. Al poco rato una nube de humo entre gris y negro se elevaba hasta el cielo. Eran instantes de expectativa: todos estaban pendientes de la dirección del viento y de la voracidad del fuego. De vez en cuando las miradas fijas y la rigidez de las posturas cambiaban cuando una guartinaja, una ñeque, o cualquier otro animal comestible, salía atontado por la sofocación y el humo. Con la ayuda de los perros se les daba cacería, y de inmediato se pelaban para aumentar las presas del sancocho. Desde cierta distancia, casi siempre en una lomita cercana, las mujeres y los niños miraban el espectáculo mientras la olla humeante del cocido dejaba escapar sus olores.

En uno de esos convites programado con el objeto de cambiarle de sitio a la vivienda de Joselito, el del alambique clandestino, que preparaba ron *tapatusa* con miel traída de los Pendales, al anfitrión se le fue la mano en los brindis, de tal manera que sus invitados poco caso hicieron de la verticalidad de los horcones, y la casa quedó torcida. Por

eso en el pueblo la llamaban "la casa borracha".

Para la fajina del arreglo del camino principal todo el mundo ofrecía su concurso. Los ricos no iban al trabajo, pero enviaban a sus peones. Con machetes, palas y cavadores las cuadrillas cortaban ramas y rastrojos y nivelaban los baches del invierno. Aunque eran pocos los que conocían los automóviles todos hablaban de ellos.

Una tarde un campesino recorrió la calle del pueblo gritando que un barco de mar se acercaba. El estaba en su roza y escuchó un ruido que jamás había oído, y su imaginación le hizo pensar en los buques de que le hablaba su tío, un intrépido andariego que en su juventud trabajó en las obras del Canal de Panamá. Naturalmente, al poco rato, Miguel Agustín y mi padre festejaban el informe de los barcos que andaban en tierra, y en compañía del alcalde, fueron al sitio de los ruidos con el asustado mensajero.

En verdad, en la Loma de los Quintos, de barro resbaladizo que aún no había secado plenamente, un hermoso Ford negro luchaba, con la ayuda del chofer y pasajeros, por salir de un atolladero. El alcalde regresó al pueblo a todo galope en su mulo en busca de refuerzos, y antes de la hora casi todo el pueblo estaba allí empujando aquel personaje extraño, personero de otras civilizaciones.

Los viajeros eran jóvenes barranquilleros,



especie de pioneros de un nuevo sistema de transporte interdepartamental, que se arriesgaban a la odisea de recorrer en carro, hasta ese momento el virgen espacio entre Barranquilla y Cartagena.

En el pueblo se atendió como a héroes a los osados aventureros. El que hacía de conductor estaba siempre rodeado de los niños. Esa noche muchos de ellos no regresaron a sus casas y se quedaron junto al carro tocándolo y tratando de descubrir el misterio de sus instrumentos exóticos. Con curiosidad y alegría se miraban las ruedas de caucho macizo, los guardafangos repletos de lodo, la *cabrilla* redonda y los adornos relucientes. Pero lo que más llamaba la atención era el sonido de la corneta. Cuando el conductor la hizo sonar para anunciar su entrada triunfal, los niños saltaban asustados y las gallinas y perros corrían temerosos con cacareos y ladridos.

Después de aquella aventura inolvidable, el Gobierno comenzó a mandar máquinas especiales para nivelar caminos, que el pueblo, por el nombre en inglés de sus marcas y el oficio que hacían, comenzó a llamar, a su manera, *catapilas* y *cuchillas*.

Los aportes del progreso llevaron al pueblo sus cosas buenas, pero también habrían de generar problemas. Además muchas tradiciones provechosas fueron aplastadas por la irrupción de costumbres foráneas. Las carreteras facilitaron el transporte, pero tam-

bién vaciaron tempranamente las reservas: antes, en el invierno, ante la dificultad para el acceso de los vehículos, en cada casa se conservaba por buen tiempo el fruto de las cosechas. Lo que podría llamarse mercancías elementales, —huevos, bollos, tubérculos, sal, café— poco eran motivo de operaciones dinerarias. Los vecinos acostumbraban a prestarse los objetos, o a cambiarlos a manera de trueque simple. No obstante, las consecuencias mayores vinieron a causa del desplazamiento de los propietarios nativos por otros de la ciudad, nada interesados en facilitar las tierras para los cultivos. Otros acontecimientos, que bien pudieron servir de complemento a lo existente, dejaron resultados distintos. La electrónica, sea el caso, implantó su reino de ruidos en el campo de la música, hasta dejar a un lado la creación artística. Anteriormente en el pueblo la cumbia era una especie de rito regulado por familias que heredaban con acatamiento y orgullo las virtudes de sus antepasados. Los Angulo cumplían a cabalidad ese mandato histórico. Desde su casa, en lo alto de la loma, en las noches solían recordar su encargo al llenar los aires con el rugido del tambor o la cadencia melancólica de la flauta. Ellos mismos elaboraban sus propios instrumentos musicales. De verlos los domingos laborar, yo aprendí sus mañas para hacer flautas sonoras. En enero, cuando ya el millo secaba sus mazorcas, buscaba en la roza de mi



padre las cañas apropiadas. Después las cortaba al pegue de los nódulos, y con una varilla delgada y carrasposa, iba extrayendo la fibra de adentro, hasta darle forma de tubo. En la parte más delgada abría la hendidura, especie de lengüeta, y en la opuesta, la gruesa, cuatro agujeros circulares. Yo era flautero, aunque no flautista, porque nunca pasé de un par de sones, y en el sexteto de los niños por mi poco oído musical, apenas si me dejaban golpear los dos palitos que se suman al ritmo de los timbales y las maracas. En el pueblo existía toda clase de grupos musicales que en las fiestas carnestoléndicas emulaban en los bailes y comparsas.

Recuerdo el día cuando llegó la primera *ortofónica*, un aparato mágico que, según mi parecer, mantenía escondida una orquesta liliputiense en la caja sonora. Los niños, mientras el disco daba vueltas, no apartábamos la vista curiosa con el deseo de ver adentro el misterio de aquella máquina. Los mayores nos llevaban la corriente, y cuando yo le pregunté a mi padre sobre aquella brujería, me dijo que una familia de enanitos habitaba en ese sitio.

Con la electricidad y la radio las lecturas de libros y novelas en casa del abuelo fueron acabándose. De noche los vecinos se reunían para escuchar a Petronita, que con su voz cadenciosa, le daba más tristeza a los infortunios de Efraín y María en la conocida

novela de Jorge Isaacs. Los cielos estrellados también dejaron de contemplarse, y la tradición oral de las leyendas y narraciones cedería más tarde el turno al comentario de las radionovelas.

Tal vez los que más se apegaban a las viejas costumbres eran los niños. Yo me iba casi todos los mediodías a la *Lomita de las Pavas* a escuchar el canto de los pájaros y a buscar nidos de torcazas. Era un empedernido tirador de piedras. Tenía una rara inclinación por la soledad del campo, o, mejor dicho, por el mundo propio del sonido campestre. Con los otros niños gustaba de jugar a distinguir el canto de las aves. En ciertas épocas del año todos los niños pasaban el tiempo cogiendo *candelillas*, *mochuelos*, *rositas* y *montañeros* con varitas de *piñique*. El piñique es un arbusto lechoso, especie de cativo, que abunda en las cercas de los patios. Al tronco se le hacían hendiduras con el machete, y de inmediato brotaba una leche blanca que se convertía en una substancia pegajosa. Al día siguiente se empapaban con aquella goma unas varitas, para más tarde colocarlas en los barrancos que rodeaban los charcos del arroyo, donde los pajaritos se acercaban a tomar agua. Los niños permanecíamos a cierta distancia en total silencio y con la mirada siguiendo los movimientos de los pajaritos. Cuando éstos se paraban en las varitas de piñique quedaban pegados y entonces se emprendía una veloz carrera con

el fin de cogerlos. Otras veces se hacía uso de las *trampas de cogederas*. En un solo día las jaulas se llenaban de pajaritos, pero pocos sobrevivían. Siempre viví arrepentido de mis prácticas infantiles contra la libertad de los pajaritos. Alguna vez me acerqué a mi amigo el profesor Tinoco, para entonces director del Zoológico de Barranquilla, y le confesé que mi gran amor por la naturaleza era, hasta cierto punto, un propósito de enmienda del pasado. Y él, con ánimo de consuelo, me contestó: esas fueron cosas de niños, propia de todos los niños de esos tiempos. La pena que yo purgo es más grave: fuicazador.

En la *Lomita de las Pavas* soñaba despier-to. Mi mayor deseo era encontrar algún día la *Varita de la Virtud*. Muchos cuentos se relacionaban con ella. Ella cumplía el papel de la Lámpara de Aladino. Bastaba que su afortunado poseedor le dijera: Varita de la Virtud, por la Virtud que tú tienes y la que Dios te ha dado, te pido me concedas tal cosa, para que esa cosa apareciera de inmediato. Ya yo sabía lo que iba a pedirle a la Varita de la Virtud: un mochuelo de pico blanco que cantara todo el tiempo.

Una vez, mientras permanecía quieto en un matorral a la espera de pajaritos, me quedé dormido. Entonces *Tigelino* vino corriendo hacia mí con la Varita de la Virtud en la boca. Era una varita distinta a las demás, color de canaleta y con algo en el centro que

parecía un ojo. Yo la tomé en mis manos y le pedí el mochuelo. De inmediato miles de mochuelos revoloteaban cantando por los alrededores, mientras me tocaban con varitas de piñique para llevarme por los aires. Al poco rato seguía a los pajaritos por encima de las casas y los árboles. Era un vuelo lento que me permitía ver a los de abajo. No tenía miedo, y la sensación de las alturas me llenaba de gozo. Cuando pasé por mi casa vi a mi madre y a Marcela con los brazos en alto como queriéndome alcanzar. De pronto unos angelitos con alas cortas y de plumas color ceniza, como las de los mochuelos, se acercaron llevando en las manos pajaritos de colores blancos que nunca había visto antes, y sartas de caramelos. Quise acercarme a ellos y un trueno estremeció las nubes.

En ese momento desperté asustado con el fuerte ladrido de *Tigelino*, que desde el propio matorral, le ladraba a un gallinazo que planeaba a pocos metros.

En el día anterior los comentarios en la escuela fueron sobre los *angelitos*. Tal vez por eso en mi sueño de mochuelos ellos también estaban. Ya se acercaba el primero de noviembre y todos los niños hacíamos proyectos para recoger los regalos. Desde muy temprano los niños se aliaban en parejas provistos de una piolá de majagua que se mantenía de las puntas, y en la cual se

iban amarrando los obsequios. Al llegar a cada casa se repetía el mismo verso:

*Angeles somos
y del cielo venimos
pidiendo angelitos
para nosotros mismos.*

Cada familia daba lo que tuviese a mano: un guineo, un caramelo, una guayaba, un pedazo de queso, un poco de panela. Por eso muy rara vez los niños acudían a la estrofa de reproche:

*Esta casa es de esquina
donde vive la mezquina.*

Los *angelitos* era la verdadera fiesta de los niños. Nadie más intervenía en ella, a no ser las señoras que daban los regalos. La jornada terminaba en la última casa del pueblo. Entonces venía el reparto y el festín. Sin dar espera, a la sombra de cualquier árbol o en un sardinel, los niños devoraban lo obtenido. Había plena libertad para hacerlo, aunque se corriese el peligro de la indigestión. Después, en la escuela, cada uno daba cuenta de su buena suerte. En esas conversaciones, que mucho perturbaban las labores del maestro, exagerábamos la nota. Por eso a veces nos dejaban *castigados*.

En la escuela había un grupito de muchachos más traviosos que otros. Por cierto que al pasar de los años, en rara coincidencia, el

destino les fue pródigo: César Esmeral, volvió una tarde, en calidad de Ministro de Salud, a la loma de la iglesia que subía descalzo; Boanerge Díaz le escribía a sus amigos desde su curul de Senador, y Toño Rada regresaba a festejar los goles que hacía en los campeonatos mundiales de fútbol.

Uno de mis compañeros de travesuras era José Miguel, a quien le decíamos *cachohueco*. Alguna vez se nos dio por orinarnos en la botella que servía de depósito al petróleo que se usaba para la lámpara. Pero como los dos líquidos no se mezclaron, al hacer la investigación un muchacho nos delató. Como castigo el profesor cerró las puertas de la escuela con nosotros adentro y se fue a almorzar.

La puerta del patio no ofreció dificultades para abrirla. Ayudados con una escalera Cachohueco y yo brincamos la paredilla de la cocina de *mana* Leandra. Ella le había preparado el almuerzo a su hermano, que estaba en su roza. Las cocinas se construían en la parte de atrás de las casas para que el humo de la leña no alcanzara a penetrar en la sala y en los cuartos. Dos mojarras, de las que se traían de Guájaro, y un plátano asado, fue la comida furtiva. En las horas de la tarde, mientras el profesor dibujaba en el tablero raíces y tallos en la clase de botánica, se oían aullidos de los gatos perseguidos por Leandra, mientras su hermano la insultaba por andar en la calle averiguando la vida

ajena. Todavía cuando me encuentro con Cachohueco reímos de aquella pillería que dejó sin almuerzo al hermano de *mana* Leandra, y puso en apuros por buen rato a unos gatos inocentes.

El hermano mayor, Eusebio, era quien ayudaba a mi padre en los quehaceres del monte, Yo sólo servía para la escuela y las travesuras. Sin embargo, esa mañana de septiembre me mandaron con él a la Loma de los Indios en busca de una ternera perdida. Hacía semanas las lluvias escaseaban, y mi padre jamás sospechó que en la tarde las nubes serían pródigas. Mientras buscábamos el animal perdido en la mula "Caprichosa", el cielo se fue poniendo oscuro y comenzó a soplar una brisa fresca. En lo alto los gallinazos anunciaban el aguacero con su vuelo en retirada. El viento formaba remolinos, y los pajaritos buscaban refugio. De pronto un rayo iluminó el espacio con tanta brillantez que parecía haber caído a pocos metros. En septiembre llueve con relámpagos y gotas grandes, pero esa tarde semejava un diluvio. Pasados unos minutos las corrientes cruzaban los caminos con prisa desbordantes. Apenas si tuvimos tiempo de correr al rancho. Yo iba en las ancas de la mula fuertemente agarrado a mi hermano, y al entrar al corral, donde se ordeñaban las vacas, casi no alcanzábamos a ver a dos pasos de distancia. Tal vez por instinto, más que por

visión, la mula y Tigelino entraron al bohío sin paredes.

Fueron cuatro horas de lluvia y viento con todo el vigor del trópico. Empapados, con hambre y frío, y casi sin movernos estuvimos todo ese tiempo acurrucados encima de una especie de mesa fija hecha con cañabravas y amarrada con bejuco, que servía para comer.

A eso de las cinco de la tarde los pitirres iniciaron la ceremonia del cese de las lluvias: levantaban el vuelo para regresar a las mismas ramitas, mientras cantaban alegres. La mula, que estaba cerca, se sacudió y nos salpicó con los pringos de su crin. De inmediato iniciamos el regreso por un camino que cruzaban arroyitos y árboles desprendidos.

En la casa mi madre hacía promesas a San Isidro, el santo labrador que quitaba el agua y ponía el sol. El arroyo comenzaba a llenarse y presagiaba una gran crecida. Mi padre reunió amigos para salir en nuestra búsqueda. Todos estaban preocupados por nuestra suerte. Sin embargo, mis pesares terminaron pronto, pues poco me importaba el peligro de las aguas ante la expectativa de encontrar hicotetas. Con la lluvia las hicotetas dejaban sus refugios y salían a beber agua. Ese era el momento oportuno de cogerlas. Y así fue. Dos de ellas, pequeñas, Tigelino las olfateó a la vera y, en unos segundos, las metimos en la mochila del calabazo

candongo que servía para conservar el agua fresca.

Al poco rato aparecieron mi padre y sus amigos. Todos sonrieron al encontrarnos bien. Yo le mostré las hicoteas pleno de gozo, pero él sólo pensaba en el arroyo. Cuando lo pasaron ya estaba a *medio cajón*, y las bestias tuvieron que nadar un poco. En épocas de invierno las crecidas duraban varios días, y como no había puentes, los caminos quedaban solitarios. El empeño de mi padre era regresar con tiempo. Entre oscuro y claro llegamos al paso más estrecho, por donde siempre atravesaban los viajeros en situaciones de emergencia. Buena parte del pueblo estaba allí, dispuesta a ayudar. Esto siempre sucedía cuando el arroyo se llenaba de manera inesperada. Algunos habían llevado mechones y lámparas para alumbrar un poco. Los buenos nadadores pasaban los veinte metros que separaban los barrancos sin mucha dificultad, aunque la corriente en ese sitio era rápida y arrastraba mucho, antes de alcanzarse la otra orilla. A mí me amarraron con cabuyas a la silla en un caballo seleccionado por su buen tamaño y mansedumbre. Dos buenos nadadores me acompañaban: uno iba adelante, con la soga del bozal entre las manos para servir de guía, y el otro atrás. Todo transcurría bien, podría decirse que al compás de los gritos un tanto nerviosos de los voluntarios y los rezos de mi madre. De pronto una palizada

enredó al caballo, y el animal dio unos movimientos bruscos que lo dejaron suelto. Yo comencé a gritar lleno de susto, y casi no oía las voces de mi padre y sus amigos aconsejándome que me agarrara fuertemente a la cabeza de la montura. Fue un momento de confusión. Todos corrieron por la orilla saltando cercas arroyo abajo, mientras los nadadores seguían detrás del caballo hasta cuando éste pisó tierra en el callejón que terminaba en el palo de tamarindo.

Al día siguiente mi madre me puso a caminar de rodillas desde la puerta del patio hasta el cuarto donde ella tenía su minúsculo altar con velas encendidas al milagroso San Isidro. Pero yo nunca entendí el pago de esa manda, pues mi padre en medio del trastorno había dejado olvidaba la noche anterior mis hicoteas del otro lado del arroyo, y muchos fueron los sobresaltos en la inesperada aventura. En vez de festejar el resultado del suceso, el suplicio de las rugosidades del piso rústico de cemento que maltrataba la piel era el tributo infantil a las creencias religiosas.

Un par de años después la carretera que unía a Cartagena y Barranquilla quedó terminada. La llamaron de la *Cordialidad* como un propósito de poner fin a las rivalidades de mal gusto que se daban entre las dos ciudades costaneras: la una parecía entonces aletargada a pesar de su heroico y esplendoroso pasado. Había sido el gran puer-

to comercial y la fortaleza antipirata de los españoles en la etapa colonial. La otra surgía como centro comercial e industrial.

Mi pueblo sintió el efecto de su acercamiento a la ciudad. Ahora era apenas necesario una hora de viaje para estar al lado de un mundo nuevo. Barranquilla era el sitio de entrada de la civilización extranjera. Por su situación estratégica, como puerto de mar y de río, en sus calles arenosas se instalaron vendedores y productores de todas partes del mundo: los alemanes fundaron una empresa de aviación; los italianos, fábricas de pastas alimenticias; los norteamericanos, urbanizaciones; los árabes, grandes almacenes de telas y misceláneas; los holandeses, fábricas varias.

Aún recuerdo con nostalgia los cientos de conejos guindados en los carros de los que en los fines de semana iban a los bosques de mi pueblo a cazarlos por diversión. Lentamente la fauna fue extinguiéndose y dejó de ser una fuente segura de carne silvestre para los campesinos. Venados, guartinajás, ñeques, armadillos, zainos, guacharacas, caían bajo el plomo de burgueses deseosos de aventuras. De noche se escuchaba a lo lejos el sonido de las escopetas, y desde la loma, cuando la luna estaba oculta, se distinguían los rayos de luz de las lámparas de carburo que los cazadores se colocaban en la frente. Y lo más triste del asunto era que los devastadores se valían de la complicidad de

los campesinos pobres, que por pocas monedas, los llevaban a los predios adecuados.

Con los carros venían también los compradores de tierras y sus nuevas formas de tenencia. Años después de esta penetración, un nieto de Teófilo quiso hacer lo que hacía de niño, como todos los niños y todas las personas de entonces: al pasar por el terreno que fue de su abuelo se acercó al mangal a recoger unos mangos para sus hijos. Cuando se agachaba a tomar el primero, recibió un tiro en la cabeza. El nuevo propietario decidió evitarle estos contratiempos a su capataz, y a la semana siguiente todos los árboles frutales fueron derribados: lo que ahora importaba era más espacio y más hierba para el ganado.

Por la falta de trabajo y por el atractivo de la ciudad, la emigración aumentó. Los campesinos se iban para Barranquilla, pero apenas unos pocos lograban penetrar realmente. Los otros quedaban en la periferia y los tugurios con una existencia ajena a las comodidades del progreso. El espejismo de la urbe sólo si les permitía estar allí como simples espectadores.

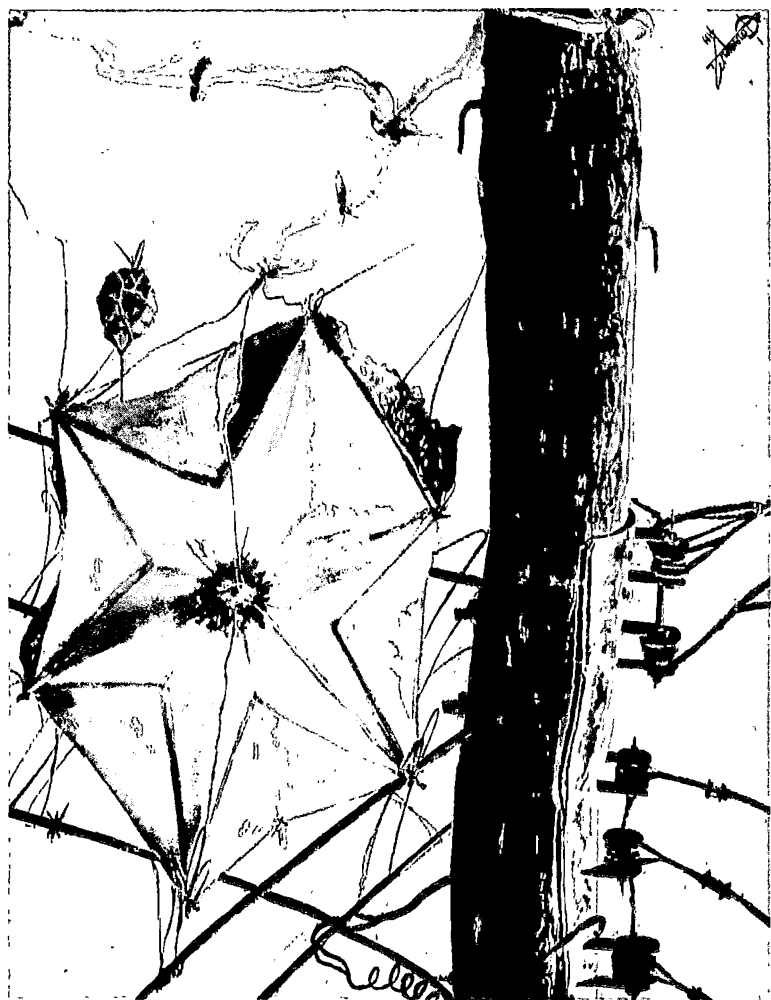
El día de nuestra partida los vientos de enero pasaban de prisa. Mi padre se rindió ante la temeridad del arroyo. Nada le importó la piedra y las tejas compradas meses antes para construir la nueva casa de *material*. Con su compadre Nicolás Florencio habló una noche sobre la educación de los

niños, y esta idea se le agrandó en sus propósitos. A un forastero le vendió su terrenito y su docena de vacas para comprar la casa en Barranquilla. Y sin pensar mucho en el asunto subió al camión que manejaba el Nelo la cama de hierro de matrimonio, los muebles de bejuco y demás chécheres. Todo el mundo parecía feliz, menos yo. Me habían vestido con el traje de marinero, cachucha azul y zapatos. Desde el asiento delantero del camión veía pasar los árboles como si fuesen ellos los que se movieran. Dejaba atrás un mundo de recuerdos que estaría después presente en la ensoñación onírica. A las tres de la tarde, cuando abandonamos el pueblo, los niños comenzaban a elevar las cometas. Por primera vez iba a estar lejos de mi juego favorito. Una semana antes había hecho una cometa de una estrella roja en el centro. Con los centavos de la venta de *casacos* obsequiados por los parranderos en las fiestas de diciembre, pude comprar varios carreteles de hilo y papel de seda. Mi cometa se elevaba serenamente y en casi todas partes se escuchaba su zumbido. Era ese el orgullo de un buen cometero, y todo dependía del virtuosismo para calcular los tamaños del rabo, los runrunes, las arandelas y los *hicos*. Pensando en las decenas de cometas que surcaban el espacio azul de los cielos de verano, y mareado por el movimiento del camión, me quedé dormido.

Me despertaron para bajarme en otro mundo.

La calle Obando, donde estaba la nueva residencia, carecía de pavimento. Era de una tierra menudita, como casi todas las calles de Barranquilla, que en los días de brisas formaban torbellinos de polvo. Pero yo la miraba interminable, con sus alambradas aéreas del fluido eléctrico y cometas enredadas en los postes. Enfrente de mi casa había una de dos pisos, cosa extraña para mí. Varios días pasé mirando desde lejos todo lo novedoso, con la timidez propia de un niño del campo. Sin embargo, los juegos eran casi los mismos, con la diferencia de que en el pueblo no había automóviles perturbadores.

La primera mañana fue distinta. Yo estaba acostumbrado al canto de los cucaracheros, que hacían sus nidos en la paja de los techos. Con sus trinos me despertaba. Ahora los pitos y ruidos de los camiones estacionados en la casa del constructor Gutiérrez de la Hoz venían a reemplazar el sonido bucólico. En la calle el pregón de los buhoneros también me impresionó. Los vendedores parecían estar de prisa ofreciendo periódicos, pan, verduras, buñuelos, leche, carbón. Después me acostumbré a sus gritos, que eran muestra de un hábitat distinto. Poco a poco fui descubriendo sus encantos, y tan familiares se me hicieron, que en las tardes esperaba con impaciencia los que anunciaban el



raspado. Aunque, para decir verdad, las campanitas de los carritos de las paletas me ofrecían el embrujo de un anuncio celestial. Apenas distinguía el tilín tilín me situaba en la puerta para ver su llegada.

Al día siguiente mi madre visitó a los vecinos para poner la familia a la orden. Era usanza que facilitaba la amistad entre desconocidos. Yo la acompañé y pude así cruzar miradas con mis futuros amiguitos. En la tarde ya corríamos juntos pateando una bola de caucho. Entonces sucedió algo que nunca olvido. En pleno juego los niños salieron huyendo para entrar en sus casas, y me dejaron solo. Un policía se acercaba caminando por la acera de la sombra. Yo no entendí en un comienzo el porqué del temor. En mi pueblo no había policías, y los niños sólo dejaban de jugar cuando sus padres los requerían. Pero en esos tiempos en la ciudad los niños solían asustarse con los uniformados, y los juegos se desbarataban con su presencia. Al poco rato los compañeros me miraban con cierta admiración. Me consideraron muy valiente porque no corrí a esconderme, aunque yo no comprendía por qué lo hicieron ellos.

Aquella mañana en que mi padre me llevó al centro de la ciudad me causó cierta turbación. El encuentro con las calles de cemento fue en el callejón del "Progreso". Allí mismo estaba el edificio OK, un monstruo gigantesco que parecía rozar las nubes.

Apenas era de cinco pisos, pero mi imaginación de niño lo veía así, y me obliga ahora a recordarlo como un verdadero rascacielos. Después vi el edificio Palma, con sus colores que desafiaban las alturas. Y el Paseo de Bolívar y sus filas infinitas de automóviles, sus almacenes y la gente vestida de blanco. Todo eso se apretujaba en mis pupilas para agrandar mi embelesamiento. Mi padre iba al Tribunal Superior en busca del doctor José P. Tenía que conseguir trabajo, pero las cosas no eran tan fáciles como en el pueblo. Tuvo que esperar varios meses mientras lo nombraron en el Resguardo. Durante ese tiempo se gastó el dinero de las vacas y comenzaron los contratiempos del nuevo modo de vida: corte de los servicios de agua o de luz, presencia poco grata de los *polacos* que cobraban las cuotas atrasadas de la ropa, cierre del vale en la tienda de la esquina.

Un domingo salimos a conocer la parte alta de la ciudad, donde vivían los ricos y extranjeros. Entonces era común alquilar los carros por horas para pasear por el barrio del "Prado". Los jardines y las grandes mansiones impresionaban al visitante. Pequeñas fuentes y calles arborizadas constituían un amplio conjunto residencial que venía a ser la otra cara de la medalla. De un lado estaba la ciudad calurosa y del trajín, con zonas comerciales y grandes barriadas de casas de paja o teja y ventanas empolvadas. Del otro, el cuidado urbanístico y la co-

modidad. Podría decirse que la ciudad se dividía en tres partes: el centro, del comercio, de las familias de raigambre local con poder económico y político y de la clase media; el norte, de los extranjeros ricos y los criollos que seguían sus huellas, y el sur, con la masa popular, los carros de mula y el barrio "Chino", vivienda de las *mujeres de vida alegre*.

Ese mismo día el chofer contratado nos condujo a la Scadta o, mejor dicho, al sitio de acuatzaje de los aviones de esa empresa. Plenos de admiración vimos los pequeños hidroaviones posarse sobre las aguas tranquilas en un brazo del río Magdalena. Eran los mismos aparatos que surcaban los cielos de mi pueblo en viaje a Cartagena. Todas las tardes pasaba uno, y desde la loma lo miraba como a un pájaro sonoro. Ahora estaban allí, monumentales y exóticos, aunque sólo transportaban unas dos o tres personas. Recuerdo lo mucho que me impresioné cuando uno de ellos venía en el agua acercándose al lugar donde nos permitían estar. Corrí a esconderme en las piernas de mi padre, y mucho más me sorprendí cuando observé, que al llegar a la orilla, se abrió una puerta y unos pasajeros salieron. Como todos hablaban de los vuelos, yo curioseaba con mis ojos en busca de las alas de los hombres que habían llegado de las nubes...

Un día de febrero mi padre me llevó al San José, el colegio de los jesuitas, a matricular-

me. Esa fue para mis padres una de las fechas de la ilusión cumplida. Ya mi hermano estudiaba en una escuela agrícola. El sacrificio del traslado a la ciudad encontraba su compensación. La pensión del Colegio era cara para las posibilidades de mi padre, pero estaba a pocas cuadras de la casa. El ingreso no era tan fácil como en la simplicidad de la escuela del pueblo. Acá hacían preguntas extrañas sobre el estado civil de los padres, creencias religiosas y posición social. A mí me pusieron a rezar, pero yo casi no sabía de esas cosas. Mucho menos pude contestar indagaciones sobre los misterios de la Virgen y los dogmas de la Santa Iglesia. Al final el sacerdote de las entrevistas le dijo a mi madre que tenía que quedarme en el curso que llamaban "Superior", el anterior al primero de bachillerato, porque no sabía religión.

Pese al embrujo de la ciudad, la añoranza del pueblo estaba presente. Los domingos mi padre me llevaba a casa de Fernando Barraza, en el barrio Montes, sitio de encuentro de los paisanos. Allí se daban cita los inmigrantes para recibir noticias del pueblo y jugar lotería. En el patio, debajo de un palo de matarratón, colocaban las mesas y los bancos. Siempre había un experto para *cantar* las fichas que sacaba de una bolsa. Su gracia consistía en darle a cada número un nombre especial: Si era el uno, *Unión, cutiplán y múcura*; si el dos, *Dosía la mujer de*

Pilatos; si el cinco, *sin casco parió la mula*. En su memoria, el personaje, retenía cien dicharachos para anunciar los cien números, del cero hasta el noventa y nueve.

Algunas veces mi primo Miguel Rada, el padre de quien fue después famoso futbolista, me invitaba al estadio "Moderno". Era la época del fútbol aficionado, con todo el vigor y la entrega del deporte sin mañas ni negocios. Los que aún se recuerdan con afecto, estaban allí. Como entrábamos a la tribuna de sol, desde muy temprano nos cobijaba la sombra de un Almendro, que tal vez creció a las espaldas de los constructores. Yo no tenía afectos por un equipo en particular, pero sí gustaba de los tiros potentes del Flaco Meléndez y las atajadas de Escorcia. Cuando ya conocí el camino, en las tardes de asuetos entraba en las prácticas con el objeto de estar cerca de los ídolos para aprender sus movimientos y destrezas. La ciudad entonces, más que a un equipo, quería a los jóvenes que representaban su fútbol. Recuerdo el mediodía que entre miles de personas corría a la orilla del caño siguiendo el movimiento lento del buque donde venían los muchachos victoriosos de un campeonato nacional jugado en el interior del país. Y poco me importó el regaño de mi madre porque en la tarde me presenté con un solo zapato. Ni tampoco sentía el dolor de mis rodillas peladas en la caída de un

barranco. La alegría del triunfo no daba oportunidad para pensar en los problemas.

Para mi padre las noches de la ciudad eran un tormento: en el pueblo solía quedarse dormido, desde muy temprano, en la puerta de la casa. Mi abuelo llegaba a visitarlo al ocultarse el sol. Y sus diálogos duraban muy poco. Eran unos dormilones consuetudinarios. No podían mecerse en las cómodas mecedoras de bejuco y pajita cuando comenzaban a roncar. Una vez se quedaron profundos y sólo despertaron en la madrugada con los saludos de unos campesinos que aprovechaban la claridad de la luna para ir bien temprano a sus rozas.

Pero en Barranquilla los vecinos temían a los ladrones. "Pájaro Verde" y "Cartagena", eran los dos pillos más famosos. Todo el mundo hablaba de ellos aunque nadie los conocía. Se contaba que utilizaban menjurjes especiales para impedir que las personas despertaran. A fin de cuidarse de ellos los vecinos pagaban los servicios de celadores que recorrían las calles sonando un silbato y golpeando fuertemente las puertas de las casas con un bolillo. Lo curioso de esta conducta masoquista era que al vigilante se le reclamaba si dejaba de golpear las puertas o de sonar su penetrante pito.

Mi padre nunca comprendió que tuviera que pagarle a alguien para que no lo dejara dormir. Por eso se alegró mucho cuando supo que al cachaco Ramírez, el sereno, lo

habían atracado en una cantina de la calle Murillo para despojarlo del revólver. Por algún tiempo la calle Obando estuvo libre de sus ruidos, y mi padre volvió a dormir plácidamente y de corrido.

El tiempo fue pasando y la niñez quedaba atrás. En el colegio se oía misa todos los días a las siete de la mañana. Desde mi casa escuchaba las primeras campanadas de la torre de la iglesia. En ese momento dejaba todo, a veces hasta el café con leche y el bollo limpio, mi desayuno, para salir corriendo y llegar a tiempo. La disciplina era rígida, aunque a mí de todas maneras me dejaban castigado. El padre Zaldívar que se empeñaba en patrocinar literatos, todas las tardes cuando leía su lista de castigados, al final agregaba los nombres de unos alumnos que, de cinco a las seis de la tarde, escribían sonetos o páginas en prosa. Este asunto me lo contó años después Manuel Figueroa, el monaguillo, pero ya el padre Zaldívar había regresado a España, y nunca pude reclamarle el absurdo. Porque no hay nada más insensato que escribir a la fuerza.

La enseñanza en los colegios de entonces era ampliamente literaria y humanística. Incluso los profesores de matemáticas gustaban de los versos. Pedro U. Socarrás, que entonces era cura, solía mezclar el álgebra con sus poemas furtivos. Cuando notaba que sus pupilos se fatigaban con la abstracción de las fórmulas, abría su nota de apun-

tes para leer sus cantos al paisaje ribereño. Sin embargo, el padre Núñez, el profesor de literatura, desplegaba toda su pasión en la cátedra. Llegaba impoluto y recién bañado como para una ceremonia celestial. En el tablero escribía la sinopsis del tema, pero a la larga parecía embelesado en la lectura de frases o poesías. Gustaba de la metáfora y la musicalidad de la palabra, y en los arrebatos de retórica cerraba los ojos como para incursionar mejor en los vericuetos de la inspiración.

Como en buena parte de las materias estaba presente la literatura, nadie podía sustraerse a su estudio. Si eran los idiomas, por ejemplo, las lecturas en latín, inglés y francés involucraban fragmentos de los clásicos de esas lenguas. Hasta el profesor de geografía, el maestro Bernier, explicaba la naturaleza de las zonas montañosas o costaneras a manera de discurso y bajo el rigor de la elocuencia.

El carácter de la enseñanza facilitaba la afición por el estudio más allá de las exigencias académicas. Los buenos libros se leían hasta el punto de estar uno familiarizado con los autores famosos de la literatura universal. Por eso los centros culturales y tertulias eran corrientes. En el seno del colegio los distintos profesores las promovían. Y hasta los festejos de cualquier cumpleaños terminaban en recitales. Por ahí todavía en los escritos periodísticos se transcriben los cuar-

tetos satíricos de García Márquez, que nunca faltaban en las celebraciones, y que él leía con cierta gracia.

Pero también fuera del colegio cada uno buscaba sus amigos para la inquietud cultural. Mi primer periódico, que se llamó "Tribuna Estudiantil", fue el fruto del intercambio con otros colegios. Buena parte del tiempo lo pasábamos un grupo de muchachos en las imprentas y emisoras de radio. Desde las distintas emisoras se transmitían programas culturales. Y en ellos participaban los jóvenes músicos que tocaban piano, guitarra o violín, y los literatos. En estas actividades siempre se contaba con el apoyo y la tolerancia de los personeros de la intelectualidad.

Para esos años Barranquilla tenía orquesta sinfónica y compañía de ópera. Entre el colegio y mi casa estaba la residencia de las hermanas Altamar, sitio de encuentro del Maestro Biava y sus artistas. Todos ellos tenían tiempo disponible para acompañarnos en nuestros proyectos de mozuelos principiantes. Recuerdo que en el acto en donde, como Rector de la Universidad del Atlántico, le hice entrega al Maestro Biava y a Meira Delmar de títulos de doctores honoris causa, mencioné el detalle placentero de la entrevista que le hice a la joven poetisa de entonces para "Sábado", un semanario bogotano de política y literatura. Ella hablaba como si

leyera sus poemas, y bastante trabajo me costó después transcribir sus respuestas.

Al finalizar la década de los años treinta las noticias de las guerras europeas hicieron sentir sus efectos. En el Colegio, por ejemplo, el Prefecto de Disciplina, que muy pronto se ganó el apodo de "pecho de piedra", convirtió los patios en una especie de cuartel. Todos los días se practicaban marchas marciales con el debido asesoramiento de militares uniformados. Los aprendices de intelectuales, nada simpatizantes de los pasos de gansos, acudían desde temprano al consultorio médico en busca de excusas. En buena hora nací con una hernia inguinal que siempre fue mi cómplice fiel para librarme de las excentricidades de "Pecho de Piedra". El doctor Juliao, que desde entonces ya pensaba en un teatro municipal, y sobre este tema daba reportajes para el periodiquito, sonreía al verme llegar y comentaba: no se te ocurra operarte, Consuegrita, porque caes en manos de la milicia.

Los finales de mes traían zozobras entre los estudiantes pobres. Casi siempre nos regresaban a casa por falta de pago. Eran los momentos en que mi madre acudía a las casas de empeño con el anillo de matrimonio y la cadena de oro. La mensualidad sólo valía cinco pesos, pero eso era un dineral en los limitados ingresos familiares. Yo, por ejemplo, jamás pude ingresar al salón donde todas las tardes servían una merienda

por cinco centavos. Mis recursos se limitaban a un centavo que, en riguroso cumplimiento, me entregaba mi madre al salir en las mañanas.

El centavo era entre nosotros el verdadero símbolo monetario. Con el se compraba un guarapo, un raspado, un helado, una cocada o tres bananos. Los sitios predilectos para gastar centavos eran las tiendas de los chinos. Los chinos tenían paciencia para soportar a los muchachos, sus bromas y juegos. Siempre contaban con buenos toneles para preparar los guarapos de panela o de piña, y de las vigas del techo colgaban los racimos maduros de guineos.

A veces los centavos se guardaban para las fiestas domingueras. Cuando los carnavales se acercaban las reuniones bailables eran frecuentes. Los muchachos se daban cita en casa de uno de ellos para ensayar las comparsas o bailar porros y boleros. Los centavos recolectados servían para alquilar un *pick-up*, y al caer de la tarde se iniciaba el bailoteo.

El carnaval era la fiesta universal. Nadie se libraba de su atractivo. En los cuatro días de festejo el pueblo estaba dispuesto al gozo. Danzas, comparsas, disfraces y salones de bailes se encontraban en todas partes. El "Carioca" fue para entonces el lugar favorito de las parejas, aunque en cada barrio las bandas tocaban sus ritmos tropicales en los salones *burreros*, al aire libre y con entrada

gratuita. Sin embargo, los disfraces y danzas dominaban el espectáculo. Todo el mundo se disfrazaba de alguna manera, y las danzas recorrían las calles para bailar enfrente de las casas de los invitantes.

En los carnavales la ciudad perdía su formalidad. Porque, bueno es decirlo, ciertas cosas no eran tan fáciles y espontáneas como ahora. Los enamorados, por ejemplo, apenas si veían a sus dulcineas desde el poste de la esquina. Y para ellos con una o dos veces que se asomaran a la ventana era suficiente. Esos instantes se aprovechaban para mandar la cartica perfumada, o para hacer las señas mensajeras de los sentimientos amorios. El noviazgo, por su parte, involucraba reglas rígidas: visitas a horas determinadas, previo pedido de mano, o solicitud para hacerlo bajo el compromiso del matrimonio. A veces los convenios se extendían en el tiempo. Mi tía Elena, la que vivió en la calle de las Flores, envejeció soñando con su traje blanco en sus cuarenta años de idilio con Clímaco, sin que este mancara una sola noche de visita.

Podría decirse que los enamorados eran tímidos. Más que un sentimiento gozado y compartido sin trabas ni enredos, era el afecto idealizado. Por lo menos así sucedía entre los muchachos en edad de pubertad. A veces el amor cumplía el papel de motivo para el deleite literario. En alguien se pensaba cuando en las tertulias los de buena voz

leían los versos de Bécquer, Nervo, Silva o Valencia. A mí de tanto ver pasar por la acera de mi casa a Beitina, la enfermera de los ojos grandes y melancólicos, se me dio por escribirle cartas que jamás le enviaba. Una tarde las leímos entre amigos, y uno de ellos se interesó tanto que después me las compró a razón de un centavo cada una. Fue la primera vez que recibí dinero como autor, y durante algún tiempo pude comprar bastantes raspados. El comprador, que sigue siendo mi amigo y ahora es un dentista notable, me dijo alguna vez en broma que esas benditas cartas fueron la causa de su prisión matrimonial.

Mi padre, a pesar de no tener a la mano la complicidad de Miguel Agustín, solía buscar motivos para reír. Una vez llegó a la casa un muchacho campesino, que vino de Orihueca en busca de Miguel Fonseca, esposo de una tía. Miguel Fonseca era un soñador que vivía recordando sus hazañas en la Zona Bananera. Dos años estuvo en la cárcel de Cartagena por haber sido dirigente sindical en el tiempo de la huelga y la masacre. El muchacho contó que su padre lo mandaba a cobrar tres fracciones ganadoras de la lotería del Atlántico. De inmediato se mandó en busca de Miguel al pueblo, y al día siguiente bien temprano estaban cobrando el premio. En las horas de la tarde mi padre supo que Miguel Fonseca y su sobrino estaban en la cárcel. Mi padre corrió a buscar al doctor Jo-

sé P., y unas horas después el asunto se aclaró: Un timador vendió los *quintos* falsificados al muchacho (después de aleccionarlo para que dijera lo que dijo) por el precio de quince pesos, que era el dinero que su padre le mandaba al hermano para que le comprara una vaca lechera. Miguel Fonseca abatido y en total mutismo se internó en la Sierra Nevada de Santa Marta, y de allí sólo salió treinta años después, para morir. Todo esto lo contaba mi padre con arandelas picarescas para carcajear con los amigos.

También en las tardes se sentaba en la puerta de la casa a gozar de las ocurrencias de los muchachos que mortificaban con apodos a ciertos personajes medio locos, o locos y medio. María Cuero, con la cara embadurnada de coloretos y talcos, gritaba a todo pulmón sus palabrotas y vulgaridades, mientras se ajustaba la pañoleta que le cubría la cabeza. Era una solterona coqueta plena de candidez hasta el momento en que los *pelaos* empezaban con sus burlas. Lo mismo sucedía con Juancho Orejas, el galán de mentira, que amarraba su corbata en las ventanas con la complicidad de la noche, y comenzaba a decirle a la amante imaginaria que lo dejara ir. Mi padre le brindaba café a Juancho Orejas para gozar con las historias de sus conquistas amorosas que su cerebro desequilibrado le permitía evocar.

Una noche mi padre me llevó al salón de

cine "Chiquinquirá", donde se presentaría en persona el cantante argentino Hugo del Carril. Unos segundos antes de iniciarse la función mi padre divisó a *Guineo* sentado unas hileras de sillas después de la nuestra. *Guineo* era un loquito normal mientras nadie dijera esa palabra. Usaba bastón y vestía con saco y corbata, como era la costumbre entre los mayores, a pesar del fuerte calor tropical. Mi padre pidió que cantara *Guineo*, y este se levantó enfurecido a repartir bastonazos, mientras se oían las sonoras carcajadas del pintoresco Negro Adán.

Ya un poco mayor pude ir al cine con mis amigos. Los teatros no tenían techos, para poder gozar del aire fresco. Mis películas preferidas eran las de charros mexicanos. Tal vez las escenas campestres con los cantos de Jorge Negrete y los chistes de Chaflán y el Chato Ortiz, estaban más cerca de mí que las pistolas y disparos del Llanero Solitario. En las propias salas de cine aprendíamos las letras de las canciones, para salir a las calles, a la medianoche, a canturrear las melodías del Rancho Grande, Guadalajara o Cielito Lindo.

Al llegar la alborada de la juventud fui pensando en otras cosas. La guerra de los europeos se había iniciado y la gente sólo hablaba de eso. Los muchachos tomamos partido, y cada uno expresaba sus simpatías. Yo hacía una pausa en las tareas escolares para escuchar desde las siete p.m. el

diario hablado de la Emisora Atlántico, donde Germán Vargas leía las noticias que después comentaba el profesor Pérez Domech, un español que embelesaba a los oyentes con su erudición geográfica: de manera minuciosa explicaba el avance de las tropas alemanas, aldea por aldea, como si estuviese, en plena batalla, encima de un tanque de la vanguardia. Después mi madre sacó a crédito un radio de tres bandas que nos permitía escuchar directamente las emisoras de Berlín, Londres y París.

En las reuniones literarias se fue perdiendo el interés por los versos. Ahora el tema favorito era la política. En el propio colegio se dieron situaciones distintas: una vez yo me atreví a solicitarle al profesor que explicara la filosofía marxista sin la limitación rígida y dogmática del silogismo, y levantó el dedo para señalarme como subversivo. En verdad yo poco sabía de aquello, pero las frecuentes menciones en la prensa y la radio despertaban la curiosidad.

La inquietud por lo político rompió con los esquemas cotidianos: ya poco interés suscitaban las frivolidades. Ahora en vez de pensar en los goces personales preocupaban los problemas de la comunidad. Hasta el místico afán de estar en todo instante en paz con Dios para ganar la gloria, fue cediendo en su exigencia. Las denuncias de Gaitán contra la oligarquía y sus elocuentes descripciones de la miseria de las masas, co-

menzaron a mostrarnos algo que allí estaba y conocíamos de sobra porque también en parte lo sentíamos. Tanta fue la rebeldía que un sábado programamos editar el semanario Frente Nacional con el propósito de divulgar nuestras propias denuncias.

Sin pensar en burocracia ni en curules en los órganos legislativos, en las noches visitábamos las barriadas pobres para conversar con los desposeídos. Por eso cuando Gaitán vino por primera vez a Barranquilla en afán proselitista, ya se contaba con un buen grupo de estudiantes que gritaban alborozados en la plaza pública. Más aún, en el banquete que se le ofreció en los jardines del restaurante Chop-Suey, a mí me correspondió hablar en nombre de la juventud. Recuerdo que como no tenía pantalón largo ni chaqueta, en la tarde fuimos a la cacharrería "Memato", en el mercado público, a alquilar un vestido de paño azul.

Gaitán esa noche contestó mis nerviosas palabras con una conferencia sobre el mensaje de dos libros del autor soviético M. Ilim, titulados *Las Montañas y Los Hombres* y *Cómo el Hombre se hizo Gigante*. Años después recordé ese pasaje en la introducción de mi libro *Lenin y América Latina*, porque en ese acto empezamos a saber del pensamiento y la obra del revolucionario ruso. Lo curioso de este asunto es que tiempo después en una visita a Alma Ata, con motivo de los cien años del nacimiento de Lenin,

hablé en un Simposio de científicos de lo mucho que significó para mí la lectura de aquellos libros que relataban el influjo de las ideas de los hombres en los cambios de la naturaleza, hasta el punto de convertir los desiertos en eriales, pero ninguno de los soviéticos allí presente conocían, a quien fue para mí y para mi generación, uno de los escritores favoritos, cuyas obras conservo con aprecio.

La presencia de Gaitán estimuló voluntades. A todas partes lo seguíamos en los días que permaneció en Barranquilla. En la casa de Pascual del Vecchio lo mirábamos desde una prudente distancia para escuchar sus palabras. Entonces sólo acompañaban al caudillo el pueblo, pequeños comerciantes, algunos profesionales y los estudiantes de bachillerato. En la ciudad no había universidades y los políticos profesionales estaban del lado de sus partidos. Gaitán era la insurgencia en forma de oratoria. Su verbo conmovía a la audiencia dejando el rastro de la mística. Escucharlo era seguirlo después. Sus críticas y análisis ofrecían el sello de lo apetecible porque se fundamentaban en la realidad y en la conveniencia de lo nuestro. No tenía compromisos ni dependencias ideológicas y hablaba claro y directo como le gusta a las masas. Por eso cuando se acercó al mercado público, en la media hora que duró la visita no hubo transacciones comerciales. Los miles de vendedores dejaron de

gritar sus ofertas o de deambular para esperar con la mirada fija y la emoción contenida a su conductor. Esa mañana su amigo León y B., que de por sí era generoso, ofreció gratuitamente pedazos de sus quesos a los transeúntes.

El pueblo quería a Gaitán como a su intérprete y guía. Aunque sus amigos no habían incluido a Puerto Colombia en el programa, él pidió que lo llevaran allá. Ya su largo muelle estaba abandonado, pero su bahía, aún resguardada por la isla Verde, era albergue de aguas azules. Ahí estaban los pescadores amigos de Gaitán, los que conversaban con él en los atardeceres cuando hacía de turista veraneante en los hoteles Esperia o Estambul. A pesar de que era de noche Gaitán no pudo esquivar la tentación del Caribe, y pidió permiso en casa de los Ahumada para ponerse su vestido de baño. Los pescadores le hicieron compañía y en la playa los campesinos y obreros portuarios esperaban impacientes. Gaitán no perdía oportunidad para practicar ejercicios, y esta vez el pueblo se acercaba a tocar sus espaldas desnudas y sus brazos descubiertos como en un deseo de cerciorarse de que no era un sueño compartir con su líder.

El Frente Nacional lo imprimíamos en una vieja tipografía. Como fruto de las borracheras del encargado del levante, yo aprendí a chapucear el oficio. Cuando él demoraba mucho en las cantinas, a mí me tocaba orde-

nar los tipos y hasta armar páginas. El periódico circulaba los sábados y en su elaboración participábamos todos. No teníamos oficinas ni nada que se pareciera. Por eso buena parte de las tardes y las noches las pasábamos en el amplio sardinel de la casa de la imprenta. En unos taburetes y una banca que hacía las veces de escritorio, escribíamos las notas y corregíamos pruebas. En conjunto llevábamos a cabo todas las tareas: conseguir y cobrar los avisos, redactar el material, pegar carteles en las esquinas con el contenido de cada edición, distribuir los ejemplares a los voceadores. Si acaso sobraban unos pesos después de cancelarle al dueño de la imprenta íbamos de tarde en tarde al Café Roma a tomar un chocolate con emparedados de huevos. Otro placer era escuchar los sábados en la esquina de la *Lunchería Americana* a nuestro amigo, el vendedor de periódicos que usaba muletas, vocear el Frente Nacional al lado de El Heraldo y La Prensa, los dos grandes diarios matutinos.

Nuestro periodiquito no era el único. Por el contrario, para entonces abundaban. Cada tertulia, o cada grupo de jóvenes, quería contar con su órgano de expresión. Se daba un ambiente de cordialidad y entendimiento. Incluso los grandes periódicos solían facilitarnos los clisés. Era cierto que las actividades políticas y literarias perturbaban un poco la exigencia de los estudios, pero el

tiempo parecía alcanzar para todo. Hasta algunos domingos en la noche nos escapábamos por los lados del cementerio Calancala, donde una orquesta tocaba en un amplio salón de baile llamado "Academia". Figueroa, Bolaño y yo reuníamos entre todos los cinco centavos que costaba bailar una pieza con la "Mariposa", una moza danzante que permitía varios *baratos*.

Naturalmente todo periódico que se respetara contaba con una página literaria, que recogía versos y prosa lírica. En esos días casi todos incursionaban en dichos terrenos. Eran pocas las excepciones, porque cada uno alguna vez tuvo que ver con la paternidad de un soneto. En el Frente Nacional no había censura en este campo, apenas, si era necesario, el pulimento, que estaba a cargo de los entendidos en la materia. No obstante, nunca, incluso en la página editorial, faltaba el poema del poeta consagrado.

El tiempo de viajar a Bogotá para ingresar a una Universidad llegó. Mi padre, que durante unos años trabajó como celador en la fábrica Rayón, estaba a cargo ahora del restaurante. El sindicato le encomendó esa misión, y mi hermano Eusebio también laboraba en las oficinas de esa poderosa empresa. Una tarde me llevaron a los almacenes *Everfit* a comprar dos vestidos de paño, camisas y corbatas. Yo llené mi maleta con ejemplares del periódico y una máquina de escribir portátil con que me obsequió una tía.

La tarde que la familia llegó en un automóvil de alquiler al puerto donde estaba el buque "Vásquez P.", era fresca y con el cielo azul de diciembre. Mi madre lloraba como si aquello fuera una desgracia. Ella solía hacerlo cuando alguien partía. Pero yo estaba feliz con la aventura. Nunca antes estaba tan cerca de un sueño acariciado en madrugadas de insomnios. Los barcos que viajaban por el río Magdalena eran bellos. A mí me parecían palacios de aquellos imaginados en las lecturas de cuentos de hadas. El Vásquez P. contaba con columnas y cielorrasos que imitaban las casas de los nobles antiguos, con paredes blancas y lámparas colgantes.

A medida que nos alejábamos de Barranquilla el calor aumentaba. En cada puerto el buque se detenía, y yo me iba corriendo al telégrafo para comunicarle a mis padres que viajaba sin contratiempos. En cierta forma el río era para mí una novedad. Porque no obstante de rodear a Barranquilla, la ciudad vive a espaldas de él. Distinto a las ciudades europeas, donde los ríos atraviesan los perímetros urbanos y se convierten en calles y parques, con sus embarcaciones que transportan personas de un barrio a otro, y sus extensos malecones que facilitan la recreación social, en Barranquilla las fábricas construyen muros y paredes que impiden acercarse a las orillas del Magdalena.

Yo pasaba horas del día contemplando el río y su paisaje. Cuando el buque se acerca-

ba a los barrancos, los caimanes podían verse recibiendo el sol. Algunas veces se apresuraban a zambullirse, mientras las garzas blancas alzaban el vuelo asustadas. Aun el río ofrecía un poco del encanto silvestre, con sus orillas dominadas por la espesura de los bosques y las bandadas de pájaros.

Normalmente el viaje de Barranquilla a Puerto Salgar duraba una semana, pero en la época de verano las encalladuras eran frecuentes. Nuestro periplo duró veinte días, pero en verdad muy pocos se preocupaban de eso. Casi todos éramos jóvenes estudiantes que disfrutábamos con el río y con las comodidades del buque. En los sitios donde se inmovilizaba por la escasa hondura de las aguas, se pasaba parte del tiempo nadando. Las comidas eran abundantes y de buena calidad, y en las noches el capitán, a eso de las siete, iniciaba el baile. Cada buque llevaba consigo su propia orquesta, y nadie encontraba tiempo para aburrirse. La vida transcurría alegre y desprevenida como las propias corrientes de las aguas.

Nunca se me olvidan las fechorías de “Frijolito”, un jugador perdulario que se pasaba de buque en buque desplumando incautos. Cargaba en el bolsillo tres *checas*, o tapas de botella, con una bolita de papel o cera, a manera de un frijol, que perdía entre las uñas. Nadie adivinaba dónde quedaba la bolita, mientras “Frijolito” echaba bocanadas de humo y movía su hombro derecho a

consecuencia de un tic nervioso. Al final del viaje muchos eran los que habían perdido todos sus haberes, y entonces "Frijolito", paternalmente, les devolvía una parte de dinero para que continuaran el viaje a Bogotá, después de darles algunos consejos con el fin de que fueran buenos estudiantes y se apartaran de las malas costumbres, entre ellas las del juego.

Otro suceso fue el ferrocarril. Bien temprano, a las cinco de la mañana, partimos rumbo a Bogotá. La mayor parte del día el tren subió perezosamente los dos mil seiscientos metros para alcanzar la sabana. Todo en el transcurso ofrecía detalles para admirar: los cambios en la vegetación, las cuestas empinadas, las corrientes rápidas de los riachuelos. Pero la gran sorpresa fascinante apareció en la tarde al contemplar la verduza de la planicie. Allí estaban los trigales y los campos sembrados de papa, cosa que desconocía.

El frío de la tarde nublada trajo poco a poco la sensación de algo jamás sentido: en las noches frescas de Barranquilla, en los meses de brisas, apenas la temperatura bajaba a veinticuatro grados. Y ahora estaba allí percibiendo el aire gélido de las alturas.

Bogotá era distinto a lo conocido. Su gente, casi toda vestida de oscuro y con sombreros negros, parecía tener tiempo para las ceremonias. Cada saludo en la calle obligaba a una leve inclinación con sombrero en ma-

no. De calles estrechas y casas coloniales, estaba acondicionada a la vida sin prisa. Casi toda la gente se aglomeraba en la Carrera Séptima, sitio de encuentro de estudiantes y políticos, repleta de cafés y librerías.

La Carrera Séptima era por sí misma un espectáculo. A las doce de la mañana, o a las seis de la tarde, sus habitantes parecían concurrir a una cita colectiva. No pasaban automóviles sino tranvías. Con gracia los bogotanos informaban al visitante que sólo dos carros transitaban la Séptima: el del Presidente y el de la basura. A esas horas se encontraban los amigos para hablar de política o de sus regiones, o a esperar las noticias que El Espectador adelantaba en un pizarrón colocado en el segundo piso de sus instalaciones.

Sin embargo los domingos la Séptima tomaba la característica de un largo paseo para grupos de jóvenes, que a falta de otra diversión, pasaban el día caminando de un sitio para otro. Aquellas caminatas la llamaban *septimazo*, y eran una especie de exhibición, a veces en procura de aventuras amorosas. Los jóvenes cadetes, con capas y vestidos a lá usanza antigua, buscaban la oportunidad para saludar a sus superiores con aires marciales.

La vida de café era parte del quehacer cotidiano. En cada uno de ellos las mesas y sillas se dividían en dos secciones: una para los clientes, y otra para los estudiantes. Po-

dría decirse que los estudiantes actuaban como coarrendatarios, porque sus mesas y sillas se respetaban y guardaban. Y cada estudiante en particular se separaba su sitio al iniciar el año académico. Bastaba con dejar encima de la mesa una revista o un libro, que nadie hurtaba ni cambiaba de sitio. Algunos cafés, que también vendían licores, ofrecían servicios de billares. Pero ni el sonido de las bolas, ni los tangos y boleros de los tocadiscos, perturbaban el estudio.

Yo llegué a una pensión donde me esperaba mi amigo del Frente Nacional (denominación, por cierto, que nosotros empleamos antes que el doctor Lleras Camargo) Elías Cajeli. Elías era juguetón y desprevenido. Le gustaba vivir la vida en medio de la bondad y la entrega. Su padre me decía orgulloso que Elías cuidaba con esmero sus vestidos, porque todos los años regresaba con dos de ellos sin manchas ni arrugas. Claro está que yo nunca le soplé que el alegre Elías apenas llegaba a Bogotá corría a la casa de empeño a guardarlos para festejar con Mario Criales el regreso a la capital.

La primera noche Elías me dejó sufrir como también a él le habían hecho. Desde temprano me llevó a conocer su café favorito para que tomara posesión de un asiento en su mesa, pero al regresar, no me explicó que debajo de la sábana de la cama estaban las cobijas de lana. Era esta una especie de trampa en que caían los costeros, y de-

más estudiantes de tierra caliente. En Barranquilla nadie se cubría para dormir, y si no se les explicaba, los jóvenes despistados soportaban los efectos de un frío que calaba los huesos. Bien temprano Elías se asomó a mi cuarto, y allí me encontró arropado con la bata de baño y la ropa puesta encima de la pijama. El tributo por la novatada fue una gripa con tres días de fiebre y agüitas de panela que, tal vez con ilusiones de conquistas, me llevaba muy solícita la sobrina de la dueña de la pensión, una gordita tolimense que a cada momento entonaba "Pachitoeche" y "Borrachera", los dos sones de moda.

Las pensiones eran viejas casonas construidas a la manera antigua, frías y oscuras. Al frente de ellas, por lo general, estaba una viuda o una solterona con sobrinas. Entre los jóvenes se comentaba que los costeños antes de enterarse de la tarifa del hospedaje indagaban por las sobrinas. Porque la amistad o coqueteos con ellas agregaban privilegios de naranjas y panes en cualquier momento. Las pensiones abundaban, y cada una de ellas tenía su propia historia, que era una suma de anécdotas y ocurrencias. Algunas contaban con población fija y flotante. Esta última la constituían los estudiantes que de noche entraban furtivamente a dormir con el respaldo cómplice de sus compañeros. Pero, en general, las relaciones entre caseros y huéspedes se daban con ciertos rasgos de familiaridad. Pese a las mentirillas

y afanes de los estudiantes, se les guardaba consideraciones, y con paciencia se esperaban los pagos atrasados. A veces cuando llegaba el giro el ambiente se llenaba de fiesta: sonreía la dueña de la pensión, que rescataba préstamos y mesadas, como también los amigos acostumbrados a las invitaciones especiales en esta clase de suceso.

Aunque algunas veces los estudiantes, apurados por el cobro de mensualidades atrasadas, dejaban sus maletas para buscar otros aleros, esos riesgos no alteraban la confianza y comprensión. Julián Devis Echandía, ya como director del diario *El Nacional*, contaba a sus amigos que una vez en las playas de Puerto Colombia se encontró con una dama entrada en años que lo miraba de manera insistente. A pesar de la diferencia de edades el combativo periodista se creyó por unos instantes seductor. Pero al cabo rato la señora se le acercó a cobrarle los cuarenta pesos, valor de un mes de hospedaje y alimentación, que le quedó debiendo veinte años atrás, en su época de universitario. Julián, que de por sí era amistoso y desprendido, colmó de atenciones a su antigua casera y le retribuyó con creces la deuda pendiente.

Las pensiones eran sitios de descanso y ensueños. Cuando la lluvia caía sobre los cristales el pensamiento encontraba el momento propicio para regresar al paisaje lejano. Las lluvias facilitan la melancolía. Tal vez

el sentirse aprisionado a la espera de su terminación obliga al sobrecogimiento y la nostalgia. Pero a mí me gustaban las pródigas lluvias bogotanas que apenas podía mirar. En Barranquilla en medio de los aguaceros se corría por los patios y las calles para gozar la frescura de las gotas. Después los muchachos colocábamos tablas, a manera de puentes, para cobrar centavos al paso de los transeúntes. En Bogotá los paraguas resguardaban de las lluvias, y el placer estaba en contemplar el jugueteo de las gotas rodantes en las flores del jardín cercano a mi ventana.

Una semana después de mi llegada fui a visitar al doctor Gaitán. Me llevó Carlos Calderón, que estuvo con él en Barranquilla. Yo le dije que estudiaría derecho, y él me contestó que necesitaba economistas. Al poco rato me entregó dos tarjetas: una dirigida a Gerardo Molina, Rector de la Universidad Nacional, y otra a Darío Samper, director del periódico "Jornada". En el transcurso del tiempo estos dos personajes de la política y la literatura fueron mis amigos cercanos. Con Gerardo Molina conservo la costumbre, en mis visitas a Bogotá, de salir de paseo por los lados de Sopó a comer panelitas y mirar las pinturas de la iglesia.

El día que me acerqué a la ciudad universitaria en busca del Rector me aprisionó el encanto de los jardines y arboledas. Como Molina gustaba de comentar, las instalacio-

nes universitarias fueron programadas con un entorno que indujera a la alegría de vivir. El ambiente era plácido, de invisible invitación al estudio. El verdor de la grama y de los árboles y los caminitos bordeados de rosales contrastaba, en un conjunto armónico, con la blancura de las edificaciones. Molina, a su vez, me hizo portador de otra tarjeta para Antonio García, quien estaba a cargo del Instituto de Ciencias Económicas.

Yo, si acaso, había oído hablar de finanzas públicas. Para entonces la carrera de economista apenas comenzaba, y sin pensar en eso, al poco rato ya lucía en la solapa del saco mi escudo de estudiante. Creo que esa misma tarde, en mi condición de gaitanista, ingresé al Partido Socialista Colombiano.

En realidad el socialismo no iba más allá de un centenar de estudiantes y artesanos que en las noches se reunían para escuchar a García y a Molina en sus juiciosos análisis repletos de supuestos teóricos. Recuerdo que los amigos hacían de nuestras pretensiones partidistas y revolucionarias motivo de chanzas. Cuando García conversaba en los pasillos de la Facultad de Derecho con dos o tres de sus pupilos, Juan B. Fernández y Mario Alcalá pedían silencio porque el Partido Socialista estaba reunido en sesión plenaria.

Otros personajes socialistas eran Diego Luis Córdoba y Guillermo Hernández Rodríguez. Hernández Rodríguez nos llevaba a su

casa campestre de Usaquén a enseñarnos las virtudes de la organización colectivista y tributaria de los chibchas, y García, con terminología de sapiente y seguridad en sus planteamientos, pregonaba la estrategia de una economía de defensa ante las potencias industriales, sin distingos de sus sistemas políticos.

De todos esos profesores yo sentía una admiración especial por el magistrado de la Corte Suprema de Justicia, doctor Robles. Era hijo del legendario parlamentario y conductor liberal Luis A. Robles, mulato costeño de cuyas dotes de orador se hablaba siempre en mi pueblo. Tal vez por eso, por su notoriedad, a Nicasio Robles, un negrito parlanchín y liberal hasta la cache, como el mismo gritaba a todo pulmón en las noches de parranda, mi padre le puso el alias de *General Robles*.

El *General Robles* era todo un personaje pintoresco, dicharachero y servicial, siempre dispuesto a recibir las ofertas de la vida con una carcajada. Un día se fue para la Zona Bananera en busca de trabajo y dejó a Ursula, su mujer, con sus diecinueve hijos. Un año después, al regreso, las relaciones matrimoniales habían cambiado. Sin embargo, el *General Robles* no varió en nada su ánimo y se limitó a comentarle a mi padre en medio de risotadas: Cómo será de bruto este hermano mío, compadre Ignacio, que no sólo cargó con Ursula, sino también con

mis diecinueve hijos. Lo gracioso del asunto es que Ursula siguió en sus devaneos y una noche, como si fuera una mozuela quinceañera, se fugó con un campesino de Molineiro, el pueblo vecino a Isabel López. Dos días después el *General Robles* y su hermano convocaban a los vecinos a la loma de la iglesia para pedirles que se tomaran medidas de seguridad contra los extraños usurpadores de lo ajeno, prohibiendo la entrada al pueblo de todo extranjero, como ellos graciosamente llamaban a los habitantes de las aldeas vecinas.

Lo interesante y digno de recordar de mis profesores era su constancia y su entrega al compromiso académico. La formación ideológica y la labor proselitista se llevaba a cabo fuera del recinto universitario. Naturalmente que en la ciencia social cada interpretación de una teoría involucra una conducta y una manera de pensar, pero la honestidad del análisis descartaba el enfoque dogmático. Si pudiese hablar de un propósito coincidente de ellos, tendría que hacer mención de la permanente inquietud por el estudio de lo nuestro.

Fuera de las aulas la actividad era constante. Yo no recuerdo haber entrado a un cine por descanso o diversión en mis años de estudios universitarios. Durante buen tiempo la lectura de "El Capital" y la "Historia Crítica de la Plusvalía", de Marx, se extendió hasta la madrugada. Aún conservo los

ejemplares de esos libros, y los de Ricardo y Smith, subrayados y con las anotaciones que me atrevía a hacer al margen de sus páginas. Con Jorge Child, Raúl Alameda, Francisco Morazán Escorcía y Carlos del Cid, desde muy temprano, aceptamos el reto de la cátedra, en calidad de profesores auxiliares, lo cual obligaba al compromiso y a la brega sin pausa. Claro está que el espíritu juvenil nos permitía compartir retozos. Un compañero de clases que solíamos llamar Don Fulgencio, por el parecido con el personaje de la tira cómica que jamás tuvo infancia, se pasaba parte del tiempo haciendo pilatunas: una tarde rodó hasta un matorral el carro del profesor Halbersteter, un alemán que jamás entendió la broma de sus alumnos y se negó a volver a su clase de finanzas privadas. Algunos viernes, después de escuchar los discursos de Gaitán en el Teatro Municipal; nos íbamos a las tenduchas de los barrios del sur a tomar cerveza Cabrito, que era la más barata. Una de esas noches, como una señora expendedora oía que a Luis Felipe Palencia Caratt lo llamábamos doctor, le pidió que le diagnosticara, en busca de cura a unas viejas dolencias. El literato de Luis Felipe, ni corto ni perezoso, recetó penicilina, que era la droga milagrosa de moda. Como recompensa al *médico* tuvimos una opípara velada con aguardiente y salchichón cervecero. Después Jaime Díaz Granados escribía versos que recitaban

Marceliano Polo y José Francisco de la Hoz, los dos galanes del grupo, para que el costo del consumo fuera el mínimo.

Todo ese deambular por tiendas y calles podía hacerse en la Bogotá de entonces, apacible y un tanto ajena a la inseguridad delictiva. Los crímenes eran cosa rara, y los estudiantes, que tenían fama de perpetuos sin dinero, gozaban de cierta inmunidad en el campo de los atracos. Una vez un tal *doctor* Matallana cometió un crimen y la prensa habló sobre el caso durante varios meses. Aquello no era común y llenaba de miedo a la ciudad.

Los loquitos también hacían la delicia de los parroquianos. El murmullo de las calles solía romperse de tarde en tarde con las palabrotas de Pomponio si alguien le preguntaba si quería queso. La fobia de Pomponio, un cartero particular, era por el queso. Y él, que como cuerdo se portaba ceremonioso y cortés en su trato, perdía la chaveta a la sola mención del bendito alimento. Otro personaje lo fue el *Loco del Tranvía*, frustrado policía del tránsito, que con uniforme y espada, se la pasaba corriendo detrás de todos los tranvías.

En la ciudad universitaria los estudiantes contábamos con nuestro propio chiflado. El *doctor* Goyeneche, candidato sempiterno a la presidencia de la República, en todo tiempo estaba en plena campaña proselitista. Era un hombre bajito, con marcadas faccio-

nes indígenas, mejillas chapeadas y pulcro vestir. Vivía en la universidad, y el sueldo que le pagaban como celador, más las colectas que recogía entre sus *seguidores*, lo gastaba en imprimir hojitas volantes con el contenido de sus programas de gobierno. Entre esos programas, los más celebrados eran los de la pavimentación del río Magdalena, desviando su cauce, para aprovechar la anchura de su lecho natural; y el de colocar un paraguas gigantesco en Monserrate, con el fin de librar a los bogotanos de las constantes mojaduras.

Los estudiantes residentes en la Ciudad Universitaria solían dividirse en dos bandos: amigos y adversarios del *doctor* Goyeneche. Y a veces lo secuestraban los no simpaticizantes con su candidatura, encerrándolo y poniendo a prueba su disposición de sacrificio por los idearios y noble causa, como él comentaba. Horas después, enardecidos seguidores lo rescataban y lo paseaban en hombros dando gritos de vivas y entusiasmo, mientras el doctor Goyeneche, en el clímax del regocijo, levantaba su mano derecha para obsequiar saludos.

Tan confiadamente se vivía, que Gaitán, el caudillo que fustigaba al establecimiento y encendía con su elocuencia al pueblo en compromisos de cambio, todas las noches se iba a pie conversando con sus amigos desde su oficina hasta el parque de la Inde-

pendencia, donde dejaba su automóvil, o sea, a una distancia de doce cuadras.

No obstante, la agitación política estaba a la orden del día. El pueblo escuchaba y asimilaba. Gaitán preparaba cuidadosamente sus discursos cuando trataba temas de la concentración de la riqueza y la desigualdad social, la defensa de los recursos ante la voracidad de las empresas extranjeras, y el manejo oligárquico de la administración pública. Era un orador de multitudes por antonomasia. Desde tiempo atrás actuaba como rebelde y fiscal en rechazo a la conducta oficial divorciada de las conveniencias populares. En el caso de las bananeras denunció con vehemencia en el Congreso la complicidad del Gobierno de entonces con la United Fruit Company, que dejó como saldo la muerte y la cárcel de obreros huelguistas. Cuando le explicaba al pueblo que en Colombia había un país nacional, de desposeídos y explotados, y un país oligárquico que disfrutaba la riqueza a su antojo, su elocuencia desenfrenaba estuosidad. A mí me gustaba observar las reacciones de obreros, aparentemente doblegados por la resignación, cuando levantaban sus voces y puños al calor del mensaje de su caudillo, para salir después, en marcha de antorchas encendidas, a recorrer la carrera Séptima gritando su inconformidad.

Eran esos días coyunturales apropiados para la insurgencia. En la década anterior

una serie de reformas propiciaron el crecimiento económico en los sectores manufacturero y comercial. Pero las conquistas obreras no se daban en armonía con el avance del capital. A los trabajadores se les podía observar en las horas del almuerzo enfrente de las fábricas tirados en el suelo comiendo los cocidos de papa que les llevaban sus mujeres. El partido liberal había perdido sus arrestos, y los campesinos continuaban su éxodo a falta de tierra.

En el claustro la creatividad de los profesores motivaba el ánimo de los estudiantes. Pese a lo novedoso de los estudios económicos, más que la actitud cómoda y fácil de los que se limitan a tomar un manual de autores extranjeros para explicar hipótesis deducidas de realidades extrañas, mis profesores enseñaban con sus propias conferencias y libros. Antonio García acababa de publicar sus *Bases de Economía Contemporánea*; Hernández Rodríguez esbozaba su *Historia del Clan, la Encomienda y el Latifundio*; Leopoldo Lascarro, con sus tratados sobre *Presupuestos*; Ost Capdequí ya había editado algunos de sus estudios sobre la legislación indiana; Nieto Arteta su famosa *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*; Molina y Jaramillo Uribe compilaban sus notas para sus ensayos históricos sobre las ideas políticas colombianas; Eduardo Larrea, el ecuatoriano que ya había escrito un ensayo sobre el *Ciclo Económico*, y el español Fran-

cisco de Abrisqueta, con sus voluminosas *conferencias* de estadísticas. Y los más jóvenes, como Abdón Espinosa Valderrama, Jorge Méndez, Néstor Madrid Malo, Alfredo Vásquez Carrizosa, entre otros, seguían esa misma ruta de la disciplina y el compromiso creador. Sin lugar a dudas el ejemplo de ellos moldeó inclinaciones por la investigación científica y el ejercicio académico entre muchos de sus pupilos.

A medida que se acercaban las elecciones presidenciales la agitación política tomaba mayor interés. "Jornada" tenía sus oficinas en la Carrera Séptima, y desde los balcones se pronunciaban los discursos. Tanta gente había unos minutos después que el reloj de la torre de San Francisco anunciaba las doce que no se necesitaba convocatoria previa. Apenas sonaban los altoparlantes la manifestación se iniciaba. A veces la policía montada perturbaba la actividad proselitista, y en las noches solían dispersarnos con gases lacrimógenos. Los choques entre la policía y los estudiantes eran frecuentes, pero no se iba más allá del lanzamiento de piedras y bolillazos. En ocasiones el propio comandante de la policía, un general rechoncho cuyo nombre no recuerdo, nos invitaba paternalmente a conversar, después de las refriegas, alrededor de unos tintos.

De vez en cuando, cualquier domingo, sobre todo a la llegada de visitas de otras par-

tes, a las cuales había que cumplirles rigurosamente la costumbre de llevarlas a conocer Monserrate y el Salto de Tequendama, se organizaban paseos para disfrutar de los prodigios de la naturaleza. Tanto el cerro de Monserrate como el Salto de Tequendama eran los sitios símbolos de la belleza de la Bogotá de entonces. El Salto se mostraba sencillamente esplendoroso. No existían obstáculos que limitaran la corriente, y la caída del caudal resonaba en la distancia. La blancura de la espuma y el vaho de las aguas mezclaban el misterio con la tentación. En ocasiones los amantes despechados se lanzaban a su turbulento lecho como en un ritual de muerte apasionada.

También el Parque Nacional y las retretas dominicales de la Banda de la Policía copaban las exigencias de la distracción. En los bailes los costeños sacaban provecho de su espíritu festivo. Los porros estaban de moda, y a las muchachas les gustaba el ritmo caribeño. En ocasiones los jóvenes bogotanos mostraban desagrado ante los movimientos sensuales de cintura de los bailarines costeños, o por su desenfado, y los tildaban de guaches. Pero las inquietudes comunes de la vida universitaria y política soslayaban en parte los prejuicios.

Aunque Gaitán cada vez más llenaba las plazas públicas, el oficialismo liberal siguió adelante con su candidato Gabriel Turbay. La preocupación de los dirigentes era la po-

sibilidad que encontraría, como así sucedió, un candidato conservador. Por eso una tarde se recibió con cabalgatas y banderas rojas al doctor Arango Vélez, quien venía de servir en la Embajada ante el Vaticano. Ese día nos encomendaron a los universitarios el desfile, y desde el Parque de la Independencia, adonde llegaban los buses de la Universidad Nacional que traían a los estudiantes, partimos con un mar de banderas rojas.

Arango Vélez no estaba decidido, y en su discurso se limitó a explicar el contenido de un libro sobre el triunfo de Cristo sobre Marx, y a declarar que él no tenía aspiraciones. El viernes inmediato Gaitán se refirió a esa frase, y comentó que quien en Colombia no estuviese en disposición de servir a la comunidad en las más altas y comprometedoras posiciones, era un mediocre o un mentiroso.

Las elecciones fueron favorables al doctor Ospina Pérez, candidato del conservatismo. Turbay salió al exterior y Gaitán asumió la dirección plena del liberalismo y de las mayorías parlamentarias.

En el Congreso Gaitán dio inicios a sus propuestas con la presentación de proyectos de Ley. Uno de ellos, y en cuya redacción yo participé en mi condición de universitario, fue el de reforma bancaria y nacionalización del Banco de la República. Con Antonio García, Alberto Silva, Augusto Espinosa Val-

derrama, y todos los demás que fungían de ideólogos, se llevaban a cabo reuniones con el objeto de preparar estudios y proyectos.

Pero al lado del proselitismo activista liberal encaminado a la reconquista del poder para propiciar las propuestas y reformas de Gaitán, en los campos se dio inicio a la violencia. Todos los días la prensa publicaba noticias de muertos con fines de amedrentamiento. Una tarde Gaitán reunió en la Plaza de Bolívar la más multitudinaria manifestación silenciosa de protesta, para pedirle al Presidente, en nombre de los muertos, la concordia y la paz. Yo estaba debajo del balcón donde él extendía sus brazos como queriendo recoger el sentimiento de cien mil personas que escuchaban su mensaje. Fue la última vez que lo vi de cerca, porque mi oficio de periodista acreditado ante la Novena Conferencia Panamericana, me mantenía pendiente de los sucesos preparatorios.

El 9 de Abril de 1948, unos minutos después de las doce de la mañana, salía del Capitolio Nacional, sede de la Conferencia, en compañía de mi condiscípulo, y también periodista, Manuel Lorenzo. Manuel era un exiliado dominicano que trabajaba en "El Liberal", el periódico fundado por Alfonso López Pumarejo. Juntos cubríamos las sesiones de la Conferencia. Precisamente en la noche anterior hicimos reportajes a Rómulo Betancur, que presidía la delegación

venezolana. Betancur y su presidente Rómulo Gallegos gozaba de las simpatías gaitanistas. Acción Democrática, el partido de ellos, venía de cumplir un historial de lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez y la penetración imperialista. En esa velada-reportaje los jóvenes exiliados que estudiaban en Bogotá trataban de lograr el respaldo de los delegados demócratas para el repudio a las dictaduras militares.

Manuel Lorenzo, que era compañero de inquietudes izquierdistas, me dijo, a manera de guasa, mientras bajábamos las gradas del Capitolio: Mira a tu jefe, que viene detrás de nosotros. Yo miré, y vi al doctor Laureano Gómez, que en su condición de Canciller caminaba acompañado de dos personas. Era la primera vez que veía al jefe del Partido Conservador.

Pasada la una de la tarde, después de almorzar, yo estaba en mi pensión, por los lados de San Victorino. En esos momentos escuché por la radio los gritos de mi amigo Hernando Garavito que pedía al pueblo que saliera a la calle a vengar a su jefe. De inmediato el dueño de la pensión vino a decirme con los ojos empapados en lágrimas que habían matado a Gaitán. A los pocos segundos seguía detrás de los cientos de personas que dejaban sus trabajos para llegar a la Séptima. Allí encontré a mis amigos, entre ellos a Manuel Zapata Olivella, quien me hizo entrega de un machete, que abandoné al

poco rato, porque nunca supe de un oficio distinto para esa herramienta que aquella que le daban mis paisanos cuando cortaban las malezas de sus rozas.

Minutos después un bus de la Universidad nos recogió para que fuéramos a los barrios a arengar a los trabajadores. En el camino se nos ocurrió visitar la oficina de Jorge Uribe Márquez, en busca de órdenes precisas. Hasta ese momento el pueblo pensaba, en medio del dolor y del tumulto, en la toma del gobierno y en el juicio a las oligarquías. Allí estaba Antonio García y muchos amigos cercanos de Gaitán, pero a ellos sólo se les ocurrió recomendarnos que nos quitáramos las corbatas para poder identificar-nos. Al regreso de los barrios, el caos se iniciaba. Algunos saqueaban almacenes y tomaban licores. Por todas partes hacía falta la organización para conducir al pueblo hacia el poder. Al llegar frente a la radiodifusora Nacional, un piquete de policías sublevados, con pañuelos rojos en sus cuellos, esperaban que alguien los mandara, pero ni yo ni mis compañeros sabíamos nada de eso. Después Manuel Lorenzo nos llevó en el bus muy cerca del Capitolio Nacional. Sin saber qué se proponía, subimos las escaleras del Capitolio hasta alcanzar la oficina asignada a la delegación de su país. Allí arrancó un retrato del dictador Trujillo y comenzó a darle puntapiés. Después nos dijo con voz temblorosa: ya he satisfecho un

anhelo de años; he representado a mi pueblo en este acto simbólico.

Como a las cuatro de la tarde habíamos regresado por los lados del Café Molino, que quedaba en los bajos del edificio de "El Tiempo", en la carrera Séptima con la Avenida Jiménez de Quesada, o sea, en la parte más céntrica de la ciudad. En ese momento dos tanques de guerra, con soldados encima, se dirigían al Palacio de Nariño. El pueblo, que ya estaba con armas en la mano, confiado los saludaba con vivas. Después supe que el joven teniente que sonreía al pueblo y retornaba sus saludos, al llegar a la puerta de Palacio, ordenó cañonazos y ráfagas de ametralladoras a la multitud delirante.

En la noche la ciudad ardía por todas partes, y los muertos se apiñaban en aceras y calles. Era un espectáculo dantesco que yo jamás había imaginado. De todas partes disparaban y nadie podía considerarse libre del peligro. El pueblo no sólo había perdido a su conductor, sino que pagaba con sangre su insurgencia. Miles de cadáveres iban dejando los soldados a medida que avanzaban en las calles. Bajo el silbido de las balas me refugié con unos amigos en una pensión que aún quedaba libre del fuego. La bondadosa señora propietaria nos hizo tirar en el suelo para libramos de las balas perdidas. Fueron ratos de angustias y de desolación. En esos instantes me di cuenta que había terminado una etapa de ilusiones y

confianzas, y se abrían las puertas a un estado de violencia y de muerte nunca antes conocido. Desde ese momento las cosas serían distintas a la simplicidad e ilusiones de la infancia y de los primeros años de la juventud. Muchos sueños quedaban sepultados.

Brisas y veranos del ayer

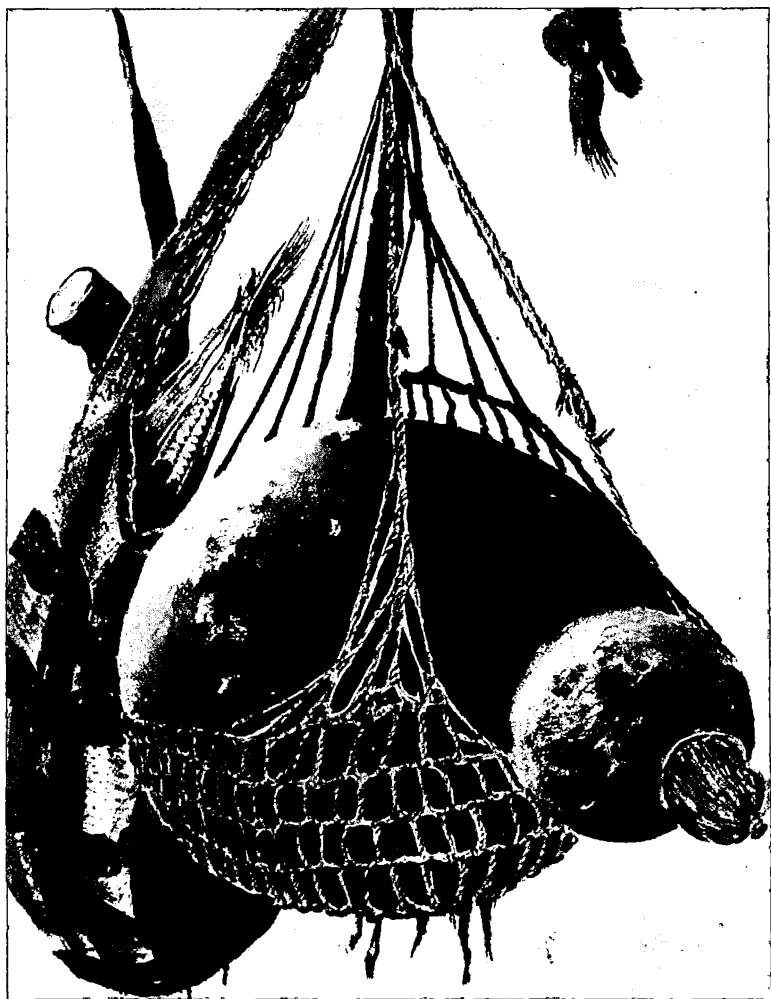
Las brisas de mi niñez tenían un sonido especial. Yo las recuerdo a la caída de la tarde, recostado a los mamones, que casi siempre eran los árboles que quedaban en pie para servir de refugio y albergue en las rozas de millo y algodón. A esas horas, después de la jornada del día, mi padre y mi hermano se alejaban en busca de la leña y la hierba que se llevaba a la casa. Y a mí me dejaban cuidando el calabazo que conservaba el agua fresca y los sacos repletos con el fruto de la cosecha.

El miedo que me producía la soledad se mitigaba con la cadencia de las hojas secas al pasar el viento. Siempre la imaginación tenía mucho qué ofrecer. De noche los vecinos del pueblo se reunían a contar los mismos cuentos de aparecidos y fantasmas. A los niños nos asustaban esas creencias, pero allí estábamos, con la boca abierta, escuchando las historias del hombre sin cabeza, la bola de fuego y la gallina con los siete

pollitos. Las noches sin luna y sin estrellas eran propicias para relatos y temores. La oscuridad predisponía la escena para estar casi siempre pendiente de los duendes y las malas horas. Pero yo sabía refugiarme, cuando el sol comenzaba a teñirse de rojo, en la vivienda de la lejanía. Las bandadas de galanderos que cruzaban el horizonte semejaban las nubes de abril. A veces caían en los matorrales cercanos, cubriéndolos con el amarillo de sus plumas para llenar el ambiente de ruidos y chirríos. Entonces me armaba de mi honda y de las piedras chinas para alejarlos, pues en cosa de minutos daban cuenta de centenares de mazorcas.

Pero en verdad lo que más me solía distraer en mis ratos de espera era el sonido de las flautas de los campesinos que se quedaban pajareando sembrados. No hay un instrumento musical que suene más bello que una flauta de millo en lontananza. Toda la sencillez, la tristeza y los sueños del hombre del campo parecen escaparse en sus tonadas. En esas melodías imita los pájaros y revive sus leyendas como para seguir compartiendo el hechizo de la naturaleza. El viento es el cómplice feliz de sus cadencias: en el silencio del campo sigue su huella. Y yo las buscaba, en mi quietud obligada, entre el sonido de las hojas y el canto de tierras, mochuelos y candelillas.

El verano era la brisa fresca y juguetona,



pero también la melodía y el color. Los pájaros parecían llegar al festín de las espigas. Las cotorras y loros con el ropaje verde y la algarabía; los montañeros y canarios con el trino. Había momentos en que todos parecían ponerse de acuerdo para ensayar juegos orquestales. En esos meses también se dejaban ver las flores, y se hacían los paseos en busca de patillas y orquídeas silvestres.

Para los niños el verano era generoso. Porque después de la recolección se nos dejaban las marañas. Yo tenía mi grupo que me acompañaba a recoger las últimas motas del algodón perenne. Con las pocas libras que recolectábamos se compraban las arepas y raspados. Eran los días de la abundancia. Y como cada uno se ocupaba en sus afanes, se olvidaban los muertos y las ánimas en pena. Nadie iba entonces a recostarse en las arenas del arroyito a escuchar cuentos tenebrosos, sino que se permanecía allí, al lado de las fritangas y la tina de guarapo, para gastar centavos después de haber elevado las cometas.

Prodigios de la cumbia

La cosecha de millo había sido buena, y las trojas estaban repletas. Ya en las calles se escuchaban los pregones de las muchachas ofreciendo “alegrías” y bollos calientes. En verdad esto ocurría siempre en las siembras de postrera, cuando las lluvias eran abundantes. Se iniciaba diciembre, y todos preparaban sus ánimos para la fiesta de las velitas.

La tarde del sábado el sonido del tambor rompió la rutina. Era Teófilo Angulo que anunciaba la cumbiamba de esa noche, presagio de un verano alegre. Vivía al sur de la loma, y desde allí enviaba su mensaje festivo. Toda su familia lo acolitaba, y hasta a los niños se les veía en los ensayos con los ojos fijos y las orejas abiertas.

Yo estuve cerca de Teófilo unos años después. Una mañana llegué a su rancho en compañía de Peyo Pineda. Ya vivía sólo con su mujer, bajo el peso del tiempo y de la artritis. Sus dedos no eran los de antes. Aho-

ra los tenía deformes. Pero al vernos se levantó de su cama de viento y colocó entre sus piernas su compañero de toda la vida: el llamador. Entonces, sin que nadie lo pidiese repitió la historia de su disputa con el diablo en el camino al cementerio. Fue la última vez que sus manos callosas golpearon el cuero roído por el uso en tantas parrandas. Y como sus dedos no podían doblarse con la prontitud necesaria para buscar el sonido adecuado, relató su hazaña con la ayuda de la palabra. Aquí lo espanté con este golpe de trueno, murmuraba con la cabeza hundida. Después, con el ritmo rápido, le cerré las salidas para acorralarlo. El muy mañoso parecía amenazarme con sus ojos de candela y los cachos puntiagudos, pero mis toques en cruz lo mantenían a distancia. Cuando toqué la Mujer Alborotada no pudo contenerse y comenzó a bailar. Entonces dio media vuelta y se fue corriendo por donde había venido.

Teófilo también se burlaba de la muerte. Uno de sus sones más populares recogía el canto del Guacabó, el ave agorera de fatalidades. Si ella cantaba era para presagiar difuntos. Teófilo convirtió el miedo en gozo e hizo del trino asustadizo una melodía que invitaba a la danza. Precisamente su hijo el flautista ya se la sabía de memoria, como todas las demás, para estrenarla en la cumbiamba de esa noche.

A eso de las siete los muchachos compra-



ban los paquetes de espermias para ofrecerlos a sus parejas. Había ron blanco de la renta y tapetusa del alambique clandestino de Miguel Fonseca. La fiesta se prendió en la plaza, al pie de la loma, y a los pocos minutos la rueda de candela giraba bajo el embrujo acompasado. Ahora nadie se acordaba de las angustias en los momentos de largura del veranillo de San Juan, de los barriales que estorbaban el paso de los burros con sus cargas, ni de las crecientes del arroyo vecino que en octubre inundaba patios y alcobas. Sin embargo en aquella embriaguez del regocijo algo faltaba. Tanto los bailarines como los espectadores estaban pendientes de la llegada de Rafael Reyes y Jacinta Mercado, almas del jolgorio. Ellos siempre se encontraban, sin que se pusieran de acuerdo para hacerlo, cuando las siete que brillan, estrellas favoritas de los campesinos, parecían estar encima del redondel para iluminar también el espectáculo. Mana Jacinta traía su roja flor de cayena en su moño. Era vieja como todas las grandes cumbiamberas, y primo Rafa estrenaba chinelas y pantalón de lona con pretinas.

Teófilo sabía del compromiso cuando Rafael y Jacinta entraban a la rueda. Se empuñaba la botella y parecía recobrar fuerzas y entusiasmo para arrancar al tambor más resonancia. Lo mismo hacía su hijo con la flauta de caña. Jacinta iniciaba el rito con el coqueteo insinuante de sus pasitos cortos.

Nadie veía sus pies cubiertos por la larga pollera, pero sus suaves movimientos podían imaginarse. Era la plasticidad de la danza y la gracia revestida de sencillez. Al primo Rafa se le dejaba espacio porque todas las miradas lo seguían en el círculo. El ritual encontraba en el acercarse y alejarse para esquivar la llama de las velas su sublime simbolismo. Cuando daba la vuelta a su pareja, su brazo derecho, casi tocando el suelo, semejaba el ala abanicada del gallo en su cortejo. Allí, en sus gestos armoniosos se notaba el vigor de la tambora un tanto domado por la melancolía ancestral de la flauta: milagros del sonido con su herencia triétnica amasada en el Caribe... ¡prodigio de la cumbia!

Mi pueblo, ayer y hoy

Caminó por las calles de mi pueblo. Mejor dicho, por su calle. Porque mi pueblo sólo tiene una calle larga. Es de noche y la luz eléctrica se ha ido. Yo estoy contento, y mi gozo sorprende a mis acompañantes. Entonces me detengo, como solía hacerlo, cuando niño, en la loma de la iglesia, para contemplar el cielo. Y allí parece estar, como antes, con sus estrellas y luceros.

En el pasado era esa la mejor distracción nocturna: nos gustaba jugar a la contemplación y los deseos. Acostados en la peña, boca arriba, pasábamos las horas mirando las Siete que Brillan, las Tres Avenmarías, los Ojitos de Santa Lucía... Y sabíamos distinguir entre las estrellas rutilantes y los luceros. Después venía el momento de mirar el horizonte para descubrir el descenso fugaz de los meteoritos. En los pocos segundos de su incandescencia había que pensar en los anhelos. Los míos eran casi siempre los mismos: hallar, después de la lluvia, una mone-

da de un céntimo para poder comprar guapapo. Porque la calle tenía tanta arena que era difícil encontrar las monedas cuando se les caían a los mandaderos. Claro está que cuando se perdía una moneda de diez o veinte, de pura plata, todos los vecinos estaban allí con sus totumas y coladores buscándola. Al pasar la fuerte lluvia, los niños caminábamos con la vista clavada en la tierra, convencidos del presagio celeste.

Mientras miro, un punto luminoso sigue un camino largo. Pregunto qué es, y me dicen que un satélite. Ya los campesinos los conocen, como conocían antes el lucero de la mañana, que les servía de compañía, en las trochas solitarias, cuando marchaban, encima de los burros, a sus rozas, en las madrugadas claras.

Me sorprende aquello, y comparo el presente con el ayer. Alguna vez, admirando las virtudes de la sociedad socialista en la Unión Soviética, al responder a mi intérprete, que orgulloso describía el espíritu comunitario y la moral sin egoísmo, le dije: igual que en mi pueblito, cuando era niño. Apenas si se diferencian porque allá existía la propiedad privada sobre la tierra al lado de los ejidos. Entonces recuerdo las fajinas y convites para limpiar los caminos, quemar los predios de las siembras, recoger las cosechas o construir las casas. Las frutas eran silvestres. Todos los campos se cubrían de cerezas rojas, juangarotes, jobos, mamo-

nes y piñuelas. Y las frutas sembradas, como los mangos y cocos, se obsequiaban. Yo comandaba un grupo de muchachos, que cómpetía con los pajaritos todo el año, buscando ciruelas y guayabas. Con las flores sucedía lo mismo: en las tardes las mujeres se iban de paseo a recoger margaritas y San José, la orquídea silvestre.

Después vino el desarrollo del subdesarrollo capitalista. Detrás de la carretera llegó el poderoso de la ciudad, que se robó las tierras comunales, compró los terrenos y desalojó al campesino. Las palmas, que suministraban el techo de las viviendas, y los árboles que daban la madera y los frutos, se tumbaron para sembrar las hierbas de una ganadería extensiva que no ocupa mano de obra.

Ahora hay luz eléctrica, pero en casi todas las familias los padres y hermanos no están, porque deben emigrar a Venezuela en busca de trabajo. Y los campesinos no tienen flores ni frutos. Y hasta el cielo parece haber perdido las estrellas.

De la Lectura y el Relato a la Telenovela

“Nadie canta porque ya le cantan a él; ni tiene nada que decir porque ya se lo dicen, y ni siente el menor deseo de hablar porque hay una máquina que llena su silencio. Ni tampoco las palabras de amor son necesarias: para eso están los romances de las telenovelas”.

Rafael Oñoro Urueta

De la lectura que se hacía en familia en el ayer a la telenovela de hoy han pasado muchos años. Pero, sobre todo, un mundo complejo de causas y efectos separan las dos modalidades.

Yo recuerdo las veladas vespertinas de mi pueblo. A casa del abuelo acudían los vecinos para escuchar a Petronita, la misma que todavía anda por las calles de Barranquilla, con la ayuda de un bastón, vendiendo las boletas de la Rifa Roqueña. Ella, la de fácil lectura y voz romántica, sabía darle a

cada pasaje la entonación acorde. Los libros que se tenían a la mano eran pocos, y muchos de ellos, de tanto escucharlos, casi se sabían de memoria. Aunque, para decir verdad, *María*, *El Quijote*, *Quo Vadis* y *Geneveva de Brabante*, gozaban de favoritismo.

Los campesinos de todos los rangos, tal como sucede ahora, vivían el mundo de los personajes, y le daban cabida en sus hogares. Algunos se sorprenden en estos tiempos de dependencia electrónica porque las madres bautizan a sus hijos con los nombres de los superhombres gringos. Mi vecina en Pradomar, a su hermoso ejemplar de raza de ébano, lo llama Jonatán, a pesar de los ojos azules del tocayo de "Los Investigadores" y las protestas de su marido Florentino. Mi tío José de la Cruz, puso a parir veinte años seguidos a su mujer para acomodarle a sus hijos los nombres de los cristianos y romanos de *Quo Vadis*. Por ahí sobreviven todavía con el peso de los caprichos de su padre mis primos Petronio, que cuida gallinas y nada sabe de elegancia; Ursus, más bien enclenque y libertino; Ligia, gastada por el paso del tiempo, y Vinicio. Ni los perros se les escapaban, ya que recibían los nombres de los "malos" del reparto: Nerón y Tigelino cuidaban de su roza cuando se alejaba en sus parrandas.

A mi tío los recuerdos de las lecturas de Petronita lo acompañaron toda la vida. Cuando se fue a vivir a Molinero, en uno de

esos delirium tremens que solían seguirle después de sus largas borracheras, se le dio por liberar doncellas del peligro de monstruos. Una noche, camino a “Caño Grande”, lo encontraron sus amigos persiguiendo, a todo galope, en su burro bayo, a la “Bola de Candela”. Tan demacrado estaba que sus grandes bigotes desteñidos por el uso y abuso del cigarrillo y el café, casi le cubrían todo el rostro. En su apagado discurso hacía mención de algunas de las peripecias del Hidalgo de la Mancha.

También, como ahora, las lágrimas corrían por las mejillas de chicos y grandes. Varias veces, a pesar de mi niñez, compartí angustias y tristezas con Efraim y el Conde Sigifredo. En las noches de invierno, la lluvia interminable y menuda de octubre hacía más íntimo el ambiente. Todo entonces parecía propicio para compenetrarse con la trama. La oscuridad cercana y el tenue sonido de las gotas al caer en las hojas, apenas perturbadas por la lamparita de gas y el croar de las ranas, parecía apretujar la atención. Un mundo de paisajes y escenarios desfilaba por la imaginación a medida que Petronita leía. Y, de vez en cuando, se le solicitaba que repitiera y explicara, o se hacía una pausa para comentar cada uno a su manera.

Como yo nunca había salido de mi pueblo, todas las escenas descritas por los autores las buscaba en el paisaje conocido. Si se hablaba de ríos o mares, allí estaban el arro-

yo y las pozas; y cuando el tema era el bosque entonces abandonaba la única calle del pueblo para pensar en la Loma de los Indios o el Cerrito de las Pavas. Era cierto que muchas cosas no las comprendía, pero yo les daba solución al figurar mis propios escenarios.

Los sábados, domingos y días de fiesta, buena parte de los campesinos se daban cita en el callejón del Arroyito. Los adultos permanecían de pies, para no ensuciar sus vestidos blancos de lona o dril sedoso, al estilo de algodón. Los jóvenes y niños se tiraban en el suelo para gozar del fresco de la arena blanca. Casi siempre, después de hablar de las lluvias, el tema favorito eran los cuentos de las malas horas. Entre los contertulios algunos gozaban del arte del relato. Con toda clase de detalles imitaban los quejidos de la "Llorona Loca", o el andar presuroso de la "Gallina con los Siete Pollitos". Aquellos espantos eran criollos, del hábitat, como dirían los sociólogos, y, pese al miedo que infundían, su origen procuraba el respaldo de las buenas costumbres. Porque los fantasmas, casi siempre, sólo dejaban los cementerios a las doce de la noche, tal vez con el objeto de asegurar que los maridos libertinos estuviesen desde muy temprano al lado de los suyos.

En otros casos el misterio encubría la picaresca o los pecadillos de un galán furtivo, que tomaba la apariencia del "Hombre sin

Cabeza", para pasar la calle, libre de la curiosidad de los chismosos, hasta llegar a la alcoba de una púdica viuda o de la joven amante.

Yo me llenaba de miedo, pero siempre estaba allí, de los primeros, con la boca abierta y los ojos encendidos, sin querer perder un gesto ni una palabra, aunque por lo regular, fuesen las mismas historias. Después, con el susto a la espalda, salía corriendo para alcanzar la puerta de mi casa. Recuerdo que una vez cerré los ojos para no ver la "Mano Peluda", y en mi loca maratón caí en medio de una cría de puercos que dejaron su descanso despavoridos, mientras a mí me auxiliaban los vecinos. Después, en las reuniones de niños cada uno ensayaba otras versiones, o repetía, con su particularidad, las ya conocidas. De todas maneras aquellas prácticas expresaban el folclor y condicionaban la creación, sobre todo cuando el diablo era vencido en duelo por tamboreros, o por improvisadores de décimas.

Lástima que no haya tiempo para referirse a los cuentos de Tío Conejo y de la Varita de la Virtud, obligatoriamente contados por cada uno de los asistentes a los velorios.

He vuelto a mi pueblo con la ilusión de encontrar en el horizonte al Cometa Halley. Con binóculos en las manos subo a lo más alto de la loma de la Iglesia. Hasta allí llegan mi compadre Gregorio, que hace de patriar-

ca, el rector del Colegio y otros amigos más. Les hablo de mis propósitos, y ellos no parecen comprender. Entonces les explico que tengo en mi memoria los cielos estrellados de mi infancia. Ya nadie mira al cielo, me dice el compadre Gregorio, y al cometa lo vieron en la televisión. Se queda pensando, y declara con aire de nostalgia: pero yo lo vi desde este mismo sitio cuando apenas tenía nueve años. Aquí venían los del pueblo a distinguirlo con su cola brillante. Eran los tiempos en que los vecinos, amigos y parientes, salían a la calle a conversar, para contarse las buenas y las malas. Ahora las calles permanecen vacías. Todo el mundo está enfrente de esos aparatos pendiente de las telenovelas...

La Navidad en mi pueblo

La iglesia de mi pueblo no tenía techo de teja ni de ninguna otra clase, pero yo la recuerdo como la más bella del mundo. Muchísimos años atrás un incendio que arrasó la mitad de las casas de paja de la calle principal, sólo le dejó en pie las paredes laterales y el altar de la Inmaculada. Por eso desde su interior podía contemplarse la misteriosa majestad de los cielos de diciembre. Y el sitio y el tiempo eran apropiados para alimentar imaginaciones infantiles. La iglesia estaba encima de la loma, y como entonces la luz eléctrica no existía en mi pueblo ni en ningún pueblo vecino, la naturaleza entregaba su espectáculo sin perturbaciones limitantes. Los cielos de finales de diciembre eran límpidos, y las estrellas tantas, que a veces parecían regatear su sitio con los luceros y planetas. Pero todos sabíamos distinguirlos, porque una noche el profesor nos dijo que las estrellas eran como los enamorados coquetos que guiñaban los ojos. Los

luceros, en cambio, semejaban los robles florecidos, inmóviles y amarillentos; mientras los planetas, bañados por la luz del sol, estaban en sus predios lejanos con el mismo color de las lunas llenas.

Yo he visto después las cúpulas y bóvedas más famosas: pero sigo pensando, con testarudez romántica, que nada del arte creado por el hombre puede igualar a la obra de la naturaleza. Más bello para mí sigue siendo el decorado sin límites de mi iglesia al descubierto, que todo el esfuerzo creador de los artistas en las catedrales de Roma o de Quito.

Nunca se me olvida la primera vez que me permitieron transnochar un 24 de diciembre. La fiesta de la Navidad era simple, con la simpleza de las cosas bellas. Las campesinas estaban en la iglesia mirando un pesebre rústico, hecho a su manera, y cantando coplas y villancicos. A los niños nos dieron el encargo de sonar los pitos para alegrar el ambiente. Más que utensilios para el ruido, que poco entonces se conocían, ocupábamos nuestras propias manos y labios para silbar con más fuerzas. Era un ruido infernal si se tiene en cuenta el silencio de entonces de un paisaje bucólico nocturno, apenas perturbado por los cantos de los gallos o los rumores de las brisas.

Sin embargo todos los niños estábamos con los ojos fijos en el cielo en busca de la Estrella de Belén. Sabíamos que en cual-

quier momento ella estaría allí señalando el camino a los vecinos retrasados para que viniesen a ver al Niño Dios. Y como al final, a pesar de nuestros esfuerzos, el sueño doblegaba, por la mañana los adultos nos relataban su presencia.

En Navidad los niños jamás recibíamos juguetes. Pero los padres permitían que los hiciéramos. Y como era el fruto de nuestro trabajo, duraban mucho. Ahora mis nietos, destruyen los tanques de guerra o las patrullas de policía que fabrican los japoneses, en cosa de minutos. Y los sicólogos dicen que eso es bueno, porque señala curiosidad por saber la razón del movimiento, o del ruido de las ametralladoras. Los niños de mi tiempo, que por su propia cuenta elaboraban sus juguetes, conocían de sus simplezas revestidas por el milagro de la imaginación, y por eso no los dañaban.

En grupos salíamos bien temprano en busca de carretes en las alturas de las ceibas blancas. Y bastaba con extraer las fibras pulposas de los ejes de esos frutos para tener las llantas de los camiones y carretas. Lo demás era fácil. Los calabazos tiernos se convertían en vacas y burros, hundiéndoles palitos que hacían de patas y rabos. Después, en los patios sombreados, y con ramas partidas en pequeños trozos, se armaba el corral. Allí estaba nuestro pequeño mundo para hacer las veces de las civilizaciones disneylandias de estos días. Otros armá-

bamos cometas. Yo todavía tengo en mis dedos las cicatrices de los descuidos en el manejo de pedazos de vidrios con los cuales pulía las astillas de cañabrava. Siempre las hacía en forma de estrella con arandelas y runrunes zumbadores.

Los niños del ayer en sus juguetes imitaban a su hábitat. Pero lo que más importaba es que desde la infancia moldeaban su futuro. A nadie se le ocurría construir una pistola para salir a jugar a matar a otros. Las películas de los cowboys norteamericanos no se conocían, ni ningún profeta espontáneo osaba presagiar estos tiempos enfermos de atracos, mafias y pérdidas de valores morales. Nos gustaba, de mañana, jugar en pequeño con las cosas que hacían los grandes, y en las tardes con los vientos. Los corrales con sus vacas y sembrados simbolizaban el trabajo cotidiano; las cometas, en su afán de buscar las alturas, lo ignoto y por venir.

La Navidad era fiesta favorita, tal vez porque el personaje central es un niño. Para mí tiene una significación particular, especie de mezcla de nostalgia y anhelo irrealizable. Porque siempre se me viene a la memoria, en las ilusiones del regreso, los versos que escuchaba de mi madre en esos días:

*La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va;
y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.*

Yo no pienso, como a lo mejor lo hizo el poeta, en el viaje de la muerte. Mi problema es con el tiempo ido, o simplemente, con el retorno a las calles y a la gente de mi pueblo. Quién pudiera volver a lo pasado o desandar lo andado, como se dice en la frase del pleonasma permitido, para quedarse hasta siempre. Sé muy bien, como lo recuerda Neruda, que nosotros los de entonces ya no somos los mismos. Pero cierro los ojos y me consuelo con mis sueños que siguen mostrándome los mismos caminitos, el mismo cielo y la misma Navidad.

El encanto de las lluvias

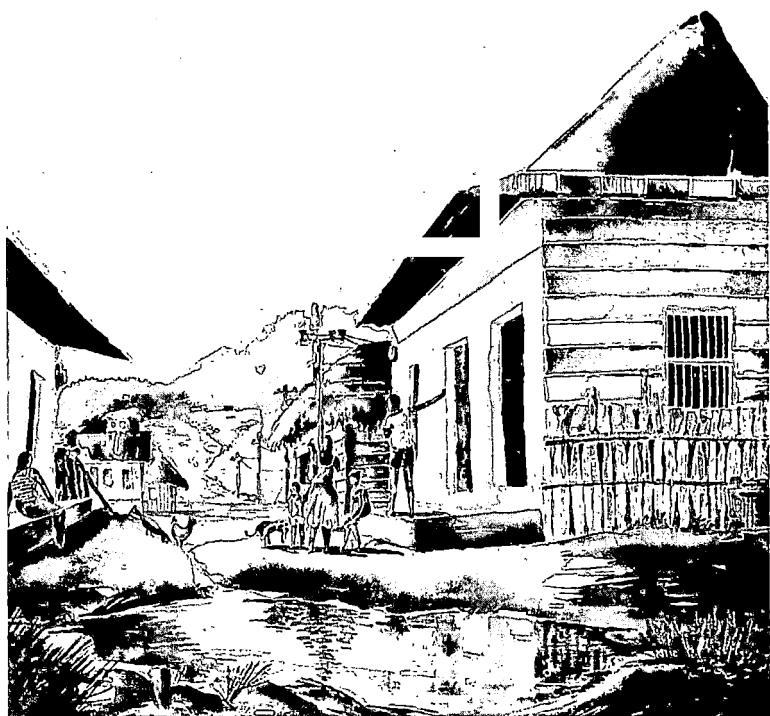
He vuelto a oír las explicaciones científicas sobre las causas de la lluvia. Y ahora con la ayuda de la televisión y los aviones, que le permiten a los informantes y espectadores estar en la propia escena, para contemplar el fenómeno que provocan las reacciones químicas. Y aunque también quedo absorto, recordo con nostalgia la simplicidad de las creencias de los tiempos idos.

En mi pueblo las angustias tenían inicios en mayo. Ya era el momento adecuado para las siembras del primer semestre, y las lloviznas apenas habían coqueteado en el caprichoso abril. Entonces comenzaban las rogativas a la Cruz de Mayo, especie de diosa de las aguas y el buen tiempo. Y el día tres salía su procesión, con la cual expresaban su fe los campesinos promeseros. Don Manuel Redondo, curandero y custodia de la tradición religiosa, la guardaba todo el año en su casa, cubierta con tela negra y rodeada de regalos, casi siempre figuritas

de plata y oro alusivas al recuerdo grato del bien recibido.

Y nunca olvido dos sucesos que se repetían en medio de la expectativa y la fiesta: el regocijo delirante de los fieles cuando se daba la feliz coincidencia del caer de las gotas del cielo en la tarde del desfile, y la actitud rebelde, insólitamente solitaria, del Mono Gregorio, un liberal descreído que gritaba a todo pulmón, en lo mejor de su juma, que jamás doblaría su rodilla ante los pedazos de madero que él había visto armar a Fernando Barraza, el carpintero del pueblo. El Mono Gregorio era veterano de las jornadas de la Zona Bananera, y allá había aprendido, por boca de un maestro ciudadano, que los hombres inventan sus propios dioses ante la impotencia de dominar la naturaleza. Sus chácharas no eran ningún muestrario de dicción didáctica o científica, pero no dejaban de inquietar a los curas españoles y antioqueños, con sede en Sabanalarga, que por pocas horas tenían que soportar las impertinencias de la libre expresión, intoleradas en otros tiempos, que se iniciaba en el Gobierno de Olaya Herrera.

Los niños, que tampoco entendíamos las explicaciones de los profesores sobre el choque de nube con distinto tipo de electricidad, pasábamos buena parte de la prima noche esperando el regreso de las viajeras blancas, que al decir de nuestros padres, iban presurosas al mar a beber el agua que



después derramaban. Poco nos importaba el problema de los mayores, con sus rozas de maizales sedientós. La lluvia nos llenaba los arroyos para acudir en bandadas a nadar, y a recoger los jobos que las corrientes traían de los bosques. También en las calles, después del aguacero, los muchachos buscábamos las monedas de centavos que se perdieron antes en los arenales. Las lluvias, además, eran aliadas para no ir a la escuela, y jugar a los zancos en medio del barro y de los charcos. Por eso todos queríamos las lluvias, y nos gustaba más la esperanza del milagro que la rigidez inexorable de las leyes meteorológicas. Y estábamos allí, también al pie de la Cruz de Mayo, deseosos de que ellas viniesen con el frescor de sus aguas a calmar la picazón del salpullido de los calores sofocantes.

Ya en mi pueblo no se festeja el 3 de mayo, y pocos se acuerdan de su Cruz. Y no es que las tesis del Mono Gregorio se tengan en cuenta, sino que los afanes son de otro tipo: las tierras que antes se labraban y pertenecían a los propios vecinos, ahora están en manos de propietarios que viven en la ciudad, y las mantienen en ocupaciones distintas, de ganadería extensiva o de valorización. Tal vez los ruegos de los habitantes de mi pueblo sean ahora para el santo que vela por las reformas agrarias, con el deseo de volver a tener un pedazo de tierra dónde trabajar.

Navidad y juguetes

Las calles de la ciudad están llenas de juguetes. Poco le pertenecen al pueblo, pero allí están. Casi todos han llegado del Japón o de otros sitios como símbolos de civilizaciones electrónicas y automatizadas para desplazar, sin mediar permiso, los simples pero auténticos objetos que pulían las manos de artesanos siempre prestos a complacer los caprichos de los niños con sus mueblecitos, guitarras y buses de madera o lata pintada al estilo de los cuadros costumbristas de Noé León. La abundancia de ellos, ofrecidos en aceras y calzadas, es engañosa: en verdad si hay muchos vendedores ambulantes es porque carecen de trabajo fijo, y en la lucha por la vida esperan a los padres de ingresos limitados que sacrifican gastos prioritarios para evitar la frustración de sus hijos.

En mi niñez no conocí los aguinaldos navideños. Los niños de mi pueblo teníamos que fabricar nuestros propios utensilios de

juego. Con los calabazos tiernos hacíamos los toros y vacas del corral, después de colocarles cinco palitos a manera de patas y rabo. Eramos creadores y sabíamos manejar el cuchillo viejo o los vidrios de botellas rotas, para construir las varillas de las cometas o dar forma a los trompos.

Las costumbres han cambiado mucho. En el ayer, los niños pasábamos todo el año ocupados proporcionándonos los medios de las distracciones. Cada mes o en cada estación se practicaba un juego distinto: en el invierno, los zancos; en el verano, los trompos; en agosto y diciembre, las cometas. Los mejores trompos eran de guayacán, canalete o ceiba. Tan solo de Barranquilla se llevaban las pitas y los papeles de colores. Hasta hace poco yo seguía haciendo las cometas de mis hijos, con arandelas zumbadoras, adornos de estrellas y rabos de trapos. Después vinieron el yo-yo de la multinacional Coca-Cola, con jóvenes exóticos que exhibían sus habilidades y trucos, y los globos de plásticos. Lo arraigado y nuestro cedió el paso a lo extraño y complicado. Ya los niños no quieren jugar a la uñita, que obliga a pensar en estrategias defensivas o deleitarse en las escondidas, que impulsa al ejercicio y el ingenio. Ahora permanecen sentados horas y horas delante de máquinas que tragan monedas para enseñarles el diabolismo de la guerra, con la destrucción de aviones, submarinos y tanques.

Ya la Navidad no es la Navidad. La fiesta religiosa, con símbolos de pesebres modestos que a pesar de su origen oriental semejaba el mismo hábitat de nuestros campesinos, con sus asnos, gallinas, ovejas y terneros, entró en el torbellino del comercio, con un Papá Noel rodeado de nieve y con talego repleto de obsequios como muestrario de una opulencia tan distinta a la pobreza y el recato del hijo del humilde carpintero.

La Navidad se aleja y los que no podemos detener el tiempo, ni desandar lo andado, cuánto daríamos, como lo anhelaba el poeta, por el dulce milagro de “niñez temblando, a un alba de inocencia renacer”.

Recuerdos de Semana Santa

En mi pueblo la Semana Santa, la gran fiesta religiosa, transcurría con poca religiosidad. Más bien era el tiempo del folclor culinario, los vestidos nuevos y los juegos campesinos de los niños.

Desde el lunes cada familia comenzaba a preparar sus platos y dulces favoritos para su tradicional intercambio entre vecinos y familiares. Siempre había unas ensaladas comunes que sólo se comían en marzo o abril: salpicón con bagre seco, mote de ñame con cebolla cruda y trocitos de papaya verde envinagrados. El pescado tenía poca gracia, porque casi todos los días del año estaba en la mesa campesina. De la laguna de Guájaro traían el bocachico, la mojarra y el arenque "pecho fino". En la madrugada se iban los del negocio en sus burros para regresar a las once de la mañana con cajones repletos de pescado fresco. Después, a freírlo para que, más tarde, un grupo de niños recorriera la calle principal, que era, y

sigue siendo la única, con el pregón de su oferta. Pero en Semana Santa nadie trabajaba. Entonces la lisa y el bagre, que colgaba en las vigas de las tiendas, reemplazaba las otras carnes, en compañía de los camarones y el chipichipi de agua dulce.

Sin embargo, lo más apetecido eran los dulces, y entre ellos, los de coco, guandul, guayaba, papaya, mango y tomates. Las frutas se daban en los campos de manera silvestre. Al pueblo lo rodeaban las tierras ejidales, sin tapias ni dueños. Y todo era abundante y libre para coger. Después vino la "civilización" y las carreteras. Y con ellas, los terratenientes de la ciudad, que cercaban. Se cumplió entonces la sentencia del doctor Aguja: "A más alambre, más hambre". Los bosques se destruyeron, y también los árboles frutales, para sembrar pastos, despojar a los campesinos de sus tierras y obligarlos a emigrar a los tugurios de Barranquilla, Maracaibo o Caracas.

Los niños gozábamos la fiesta. Siempre estábamos al pie de los calabazos con canatos chupando su miel, o salíamos a jugar los "micos" encima de los árboles cubiertos con enredaderas y bejucos, y a recoger higas para el mal de ojo. No sucedía lo mismo con los que iban en compañía de sus padres a pagar mandas en las procesiones de Sabanalarga. Para ellos las noches eran interminables, por los martirios de la solemnidad religiosa y los zapatos nuevos. Sabanalarga

hacía de sitio, o sea, de lugar de reunión. Hasta allí llegaban las caravanas de cientos de personas, de los corregimientos y caseríos vecinos, estrenando vestidos, botines, abarcas o chinelas. Y como en esos días las costureras y zapateros tenían que entregar los pedidos de todo el año, trabajaban de prisa y con defectos. Por eso, después de "marcar el paso", regresaban con los pies llenos de vejigas a contar a sus compañeros las maldades de los judíos.

El Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección los niños, gozando de la tregua de los días santos, que alejaban reprimendas, caminábamos por el cauce seco del arroyo en busca de las pocas pozas que quedaban después del largo verano. Y comiendo juan-garotes, jobos y cerezas, nadábamos sin descanso. Pasadas las fiestas, se volvía a lo mismo: recordar las aventuras vividas, oír los cuentos sobre muertos y espantos, y esperar otro año, para gozar de plena libertad, pues en Semana Santa era pecado para los padres regañar o zurrar a sus hijos.

La roza y las antiguas palabras

El ancestro campesino, que invita al retorno, llena de nuevo el cupo de los gozos perdidos. En el patio de la casa —de riscos pedregosos que harían dudar a un entendido del oficio— siembro gramíneas y guandules. Recuerdo el ritual de los cultivos, para observar hasta el exceso el prodigio de la naturaleza. Primero, la limpieza del suelo, que libra de malezas perturbables; después, la estaca que abre el surco en miniatura.

La espera es de tres o cuatro días. Lluvia y sol propician el milagro de la germinación. No hay nada más admirable que encontrarse en las mañanas los moñitos verdes de los maíces nacidos. Entonces comienza el mimo y las inquietudes: por un lado, el ojo avizor que detecta hormigas y gusanos; por el otro, la mirada suplicante a la nube viajera, para que detenga su andar. Después, el verde de las hojas largas en jugueteo con el viento, y el olor a maizal.

Las espigas son augurantes, pero sólo trae confianza el período de las *barbas*, preludios de mazorcas anheladas.

El guandul es más lento, y sólo se recogen sus legumbres en diciembre. Y si las vainas están ya secas, esparcen sonidos de maracas con la caricia de las brisas. Son los días en que mochuelos, tierrelitas y canarios se acercan al millo pródigo en busca de sus granos, para dejar, también en recompensa, sus colores y trinos.

Pero mi roza, como se dice en la conocida canción, no es una roza cualquiera: distinta a las demás ella está en medio de la biblioteca y el mar. Y tanto me obliga, que apenas si dedico un poco de tiempo para mirar el azul interminable del Caribe en la quietud de sus aguas que patrocina el octubre invernal.

Mientras cuido de mi roza, como para duplicar mis gozos, recibo *Las Antiguas Palabras*, de Jorge Marel. Son canciones a la soledad: el poeta se angustia con ella. Se queja ante el mar cuando la soledad inunda su alma. Y se asusta, grita y pide socorro. Recuerda entonces a sus compañeros de infortunio, y les cuenta que el mundo es una emboscada, que apenas le permite soñar nerviosamente con la ilusión de un nuevo sol.

En algunos pasajes no estoy de acuerdo con el poeta: porque la soledad es para estar a gusto, únicamente en compañía de lo que se elige. Jamás me quedo solo: tengo dema-

siados recuerdos queridos e imágenes amadas, solía decir Goethe. Y Baudelaire, más sentencioso, suponía que aquel que no sepa poblar su soledad, tampoco conseguirá aislarse entre la gente. Y esto es muy cierto. Tanto, que Lacordaire pensaba que la soledad une, mientras la multitud aísla. La soledad facilita el sentimiento y doblega amarguras. Ve a tu soledad, hermano mío, con tu amor y tu canción, era el consejo de Nietzsche.

Pero el poeta une la soledad con la muerte. Y más doloroso aún: tanto como a la muerte teme al olvido. Lo imagina floreciendo en color de rosa blanca. En su nostalgia memora la niñez y la confunde con un sueño. Es el instante en que el pesimismo lo inunda como a un náufrago sin barca: hasta los relojes del parque le recuerdan la muerte.

A veces se reanima y pretende afirmarse en la existencia. Acude a su hermano de pesares, para preguntarse con él: "¿Va a acabar el mundo a manos de los hombres? ¿Reniega la vida de la vida?". Y como el poeta del pueblo, el que supo que algo se moría en él todos los días, encuentra en la telaraña motivos de deducciones. Intenta el refugio místico, y el propio mar resplandece para darle respuesta. Y con esa luz ve más claras las noches, para saber que ella existe: su amada poesía, que está allí, donde la belleza esparce su mandato.

La tarde termina y también las páginas del libro. Estoy a la vera de mi roza. Por un instante cierro los ojos, y recuerdo, a mi manera, los versos de Tirso de Molina:

Si esta gloria da el poeta y el suelo,
¿Qué gloria será aquella que da el cielo?

El encanto de la magia

En estos días pasados de aguinaldo le compré a mi nieto una caja con trucos del mago Lorgia. Me pongo a manosearlos mientras leo las explicaciones, y acuden a mi mente recuerdos de mi vida universitaria, en Bogotá. Era el año de 1947, y vivía en el Hotel Magdalena, antigua casa de dos pisos situada en la calle 10 con carrera novena. Allí residió Laureano Gómez, y según contaban los inquilinos, nacieron sus hijos, entre ellos el actual candidato a la Presidencia de la República.

Pese a la heterogeneidad de los residentes, el ambiente era de familia. Estudiantes, congresistas, burócratas y bohemios compartían contentos la sencillez de entonces. Más que un hotel aquello parecía una de esas casonas patriarcales de mi pueblito que daban albergue a parientes y amigos. Entre sus moradores estaba un senador de Nariño, un representante por el Magdalena, un compositor santandereano, varios estudian-

tes y un mago profesional. Este último era el alma de la diversión, y jóvenes y viejos disfrutábamos de su arte y buen humor.

Se le conocía como el Mago Lorgia. Ya estaba casi retirado, pero mostraba con orgullo las fotos de la que fue su compañía de variedades en las actuaciones teatrales. Vivía con sus hijos pequeños, que deben ser los mismos que siguieron su oficio con fortuna, pues ya le prestaban ayuda en las fiestas infantiles. Yo mismo estuve a su lado como eventual acólito en las reuniones que de vez en cuando se hacían en la pensión para festejar un cumpleaños. Pero casi todos los días, a la hora del almuerzo, daba rienda suelta a sus bromas.

El grupo de huéspedes costeros secundaba las chanzas de aquel hombre maduro con alma de niño. Siempre estábamos a la espera de algún desprevenido parroquiano que llegara al hotel desde un pueblo de la meseta cundiboyacense. La gente para esos tiempos era muy recatada en sus comportamientos. Se solían sentar a la mesa de manera ceremoniosa, con todo el rigor de saludos inclinados y composturas al estilo de Carreño. Y nuestro mago, con la complicidad de la camarera, preparaba los cubiertos saltarines, el agua que cambiaba de color al servirse, las sillas con ruidos indecentes al sentarse, y muchas cosas más que ponían en situaciones embarazosas a la víctima, mientras nosotros, con risa inaguantable,



disimulábamos la escena. Un día el plato de sopa caliente que se manipulaba desde la otra mesa a través de cordeles invisibles, se derramó en el pulcro vestido de una señora de aire aristocrático. La imprudencia de la sonora carcajada costeña enfureció a su esposo y tuvimos que salir corriendo en busca de la calle. Esa noche el mago Lorgia, después de larga búsqueda, encontró asustados a sus amigos en el Café Colombia, de la Carrera Séptima. Y allí tuvimos que pasar la noche entre lecturas de la Revista del Banco de la República, que dejaban en las mesas los estudiantes de economía para proteger su territorio sagrado, relatos de anécdotas y tomaduras de pelo a los personajes nocturnos —loquitos, vendedores de libros y caricaturistas— que solían deambular por esos sitios. Por la mañana supimos que la dama del cuento, más asustada que nosotros, obligó a su marido a salir en la madrugada en busca de hoteles sin embrujos.

Para mí el año que compartí con el Mago Lorgia se mantiene presente en la añoranza. Desde niño, el misterio de la prestidigitación me supo a encantamiento. Admiraba el enigma indescifrable de los sombreros de copa capaces de albergar conejos y palomas. Y sentía el dolor de la mujer cuando Richardine serruchaba su cuerpo, aunque estaba seguro de su fuerza diabólica para resucitarla. Entonces la simplicidad de la vida hacía más inescrutable el secreto de la

sugestión. Ahora, cuando voy a Bogotá, suelo visitar la librería de la Academia, que queda un poco abajo del Capitolio, para sentirme cerca de ese mundo maravilloso del ayer, en esa calle antigua donde aún permanecen su iglesia de piedra, sus casonas coloniales con escaleras de madera y alfombras raídas, y para volver a gozar del recuerdo redivivo del Hotel Magdalena.

Recuerdos del nueve de abril

Después de las doce del día bajaba las gradas del Capitolio Nacional en compañía de Manuel Lorenzo, exiliado dominicano y compañero de estudios en la Universidad Nacional. Ambos participábamos en la Novena Conferencia Panamericana en calidad de periodistas. El representaba a "El Liberal", el periódico que fundó en Bogotá Alfonso López Pumarejo, y yo a "El Nacional", de Julián Devis Echandía. Manolo, como le decíamos sus amigos, compartía las inquietudes políticas de sus discípulos colombianos, y sabía muy bien de sus pasiones. Y como yo era de los activistas del gaitanismo, pues dirigía el semanario "Frente Nacional", que había sido el único órgano escrito del Movimiento en Barranquilla, me dijo sonreído: "Mira a la izquierda y saluda a tu jefe".

El que iba casi a nuestro lado era el doctor Laureano Gómez, para entonces Canciller. Le festejé la broma y caminamos juntos por

la muy concurrida Carrera Séptima, hasta llegar a la Avenida Jiménez. Entonces seguí solo a mi pensión, que quedaba en San Victorino, en la esquina de la Carrera Trece. Unos pocos minutos después del almuerzo escuché por el radio de una pieza vecina la voz, o, para ser más exacto, los gritos de Hernán Garavito, pidiéndole al pueblo que saliera a la calle a vengar a su jefe. Reconocí el estilo oratorio de mi amigo, y pensé que se trataba de algo rutinario en esos días de mucho ajetreo proselitista. Pero de inmediato tocaron a la puerta, para decirme que habían matado a Gaitán.

Cuando corría hacia el lugar de los hechos, era tal el estado de ánimo que no pude contener el vómito de lo recién almorzado. Ya las calles se llenaban de gente, y el pueblo lloraba a su conductor, afanado en la búsqueda de armas para la lucha revolucionaria. En la carrera Octava me encontré con Manuel Zapata Olivella, Luis Felipe Palencia y Efraín Valencia Navia. Allí nos acercamos a tomar un carro que estaba en la acera para ir a los barrios populares a arengar a las masas, como era nuestro oficio. Pero no hubo necesidad de violencia, porque el propio dueño, que nos miraba desde su oficina, vino a ponerse a los órdenes.

A eso de las tres de la tarde encontré nuevamente a Manuel Lorenzo, al frente de uno de los buses de la Universidad Nacional. Nos rogó que lo acompañáramos a una misión

muy importante, en el Cápitolio. Sin importarnos el ruido de los tiros cercanos, y sin saber para dónde íbamos, lo vimos entrar en la oficina asignada a la delegación de Santo Domingo, bajar el retrato del dictador Leonidas Trujillo, para pisarlo y maldecirlo, con toda la ira de un joven patriota que sabía de la tortura represiva por su apego a los idearios de la libertad y la democracia.

Poco después llegamos a las puertas de la Radio Nacional. El espectáculo era trágicamente bello: decenas de policías con pañuelos rojos en la cabeza, alineados al lado del pueblo, a la espera de órdenes. Pero ninguno de nosotros sabía de mando militar, y apenas si extendíamos las manos en gesto solidario. Todo sucedía con la rapidez de una película acelerada. El pueblo estaba allí, como siempre, dispuesto al sacrificio. Amaba a su dirigente, y había comprendido su mensaje, pero no encontraba quién lo condujera a la toma del poder.

Como a las cinco de la tarde vi pasar dos tanques camino al sur. Yo estaba en la puerta del Café Molino, que quedaba en la esquina del edificio de El Tiempo. El pueblo saludaba con alborozo a los soldados descubiertos. Estrechaba sus manos, y les ofrecía aguardiente. Después supe, que al llegar al Palacio de Nariño, se dieron vuelta y arrasaron a la multitud que los seguía. Al anochecer, el pillaje, los incendios, la muerte...

y la noticia de la presencia en Palacio de los nuevos jefes, los doctores Lleras y Echaandía, en plan de tregua y convenio.

Recuerdos de García Márquez

Si todos los latinoamericanos están de pláceme por el premio otorgado a Gabriel García Márquez, con mucha más razón gozan los que en una u otra forma han compartido momentos de su apasionante existencia. En estos días llegó a mi casa una carta de un compañero de estudios de bachillerato, que hace ya unos treinta años no veo. Se trata de Roberto Meisel, condiscípulo en el Colegio de San José.

Roberto me dice: "En la revista "El Día" publicaron una foto de García Márquez con sus compañeros de secundaria. Ahí estamos los de entonces, ese grupito de "trouble-makers", integrado por él, tú, Jorge Danguond, Valmiro Donado, Edgardo García, Hernando Astrálaga, el Chino Herrera y yo. Eramos los indisciplinados, pero también los de inquietudes intelectuales, si así se puede llamar a los cuartetos que escribía Gabito para burlarse de tu apellido, el de Arteta, y de toda la disciplina mortificante de

los jesuitas, o a tus cartas de amor y poemas en prosa que publicabas en el periodiquito "Tribuna Estudiantil". Yo he vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Estoy recién llegado a mi Barranquilla de siempre y todos los lunes leo tu columna en EL HERALDO, donde quiero que recuerdes esos días inolvidables y cargados de presagios".

Yo no puedo hablar del alcance que pudo tener para Gabriel García Márquez su paso por el Colegio San José, de la calle Las Flores. Para mí, que durante seis años recorrí sus anchos pasillos, fue de una total significación. Recuerdo que en la primera tarea de redacción me turbé con las correcciones del padre Zaldívar. En una frase yo había escrito haiga y aguaité, por haya y mire. Así se hablaba en mi pueblo, pero eso era ya un castellano en desuso. Entonces comprendí por qué a los pueblerinos nos decían "coralibes", que equivale al "corroncho" de nuestros días: éramos los de las costumbres y el hablar añejo, los silvestres y libres de las complicaciones y modernismos de la ciudad.

García Márquez pertenecía al grupo de provincianos, los de la misteriosa imaginación, que seguían creyendo en los espantos y las malas horas. Era tímido y descarnado, pero sabía vengarse de la soltura de sus compañeros con la ironía de sus versos. Y más que amigo de juegos y confidencias, fue mi compañero de infortunio: casi todas

las tardes nos dejaban castigados, y como penitencia nos ponían a escribir versos y cuentos. Años después supe que el padre Zaldívar y el padre Posada creían que teníamos aptitudes para esos oficios, y buscaban la manera de estimularlas. Si aún viven tan pacientes educadores, gozarán como Roberto Meisel y yo, del placer de saber que el pupilo de Aracataca sea hoy el más famoso novelista del mundo.

La enseñanza en el San José era eminentemente literaria. El padre Núñez, un indio boyacense que llegaba al salón impoluto y perfumado, se paseaba con soltura por el camino de la metáfora. Oír su clase era asistir a un recital en manos de un maestro que sabía transmitir el mensaje de la belleza que habita en la palabra escrita. Rafael Marriaga, que enseñaba la historia; Héctor Rojas Herazo, el dibujo; Enrique Bernier, la geografía; Pedro U. Socarrás, las matemáticas, etc., eran también, en el fondo, literatos que respondían así a ese ambiente propicio. De esa formación intelectual son frutos el escritor García Márquez, el periodista Juan B. Fernández Renowitzky, el jurista Jorge Dangond, el médico José Benavides, el financiero Alvaro Jaramillo, el compositor Mario Gareña, el político Juan B. Arteta, el poeta en receso Luis Eduardo Consuegra, el arquitecto Cristian Ujueta, y tantos otros que han sobresalido en sus profesiones. Y aunque Gabriel García Márquez estuvo poco tiempo en

el San José, sus inquietudes literarias expuestas en las clases y registradas en la revista "Juventud" dejaron la huella y el testimonio que alimenta la dulce nostalgia por ese ayer en que tuvimos la feliz oportunidad de compartir, en el esplendor de la infancia, alegrías, travesuras y sueños.

El Teatro Municipal

Mi historia del Teatro Municipal, que acaba de inaugurarse, está exclusivamente asociada al doctor Rafael Juliao. Desde niño comencé a saber de sus sueños. Eran los años de la década del cuarenta, cuando él prestaba sus servicios de médico en el Colegio San José, de la calle de Las Flores. Para entonces la llamada Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo, y todo el mundo pensaba en soldados. Hasta se encontraban simpatizantes de la organización militar. Uno de esos era un curita, llegado de Europa, que hacía de Prefecto de Disciplina, bautizado por sus discípulos con el mote de Pecho de Piedra, por su andar de tipo marcial, más cercano a un campamento de infantería nazi que a un claustro de la Compañía de Jesús.

Al pintoresco curita se le dio por convertir el Colegio en un cuartel. Con una vara de mando nos puyaba las costillas cuando no alineábamos bien, y hasta contrató los servi-

cios de sargentos, con fusiles, espadas y cornetas, para ensayar maniobras. Fue entonces cuando decidí sacarle provecho a mi hernia inguinal derecha. Sin embargo, Pecho de Piedra obligaba a los incapacitados a visitar semanalmente al médico en busca del permiso. Esto me permitía todos los lunes subir al segundo piso, donde estaba el despacho del doctor Juliao. La mayor parte de los clientes del médico eran los niños y jóvenes que participaban en lo que podría llamarse las actividades intelectuales: teatro, coros, bibliotecas, etc. Yo intervenía en los actos de las sesiones solemnes de fin de año, siempre con papeles cortos, por mi mala memoria. Y más que mi propia actuación me gustaba escuchar al doctor Juliao, cuando dejaba a un lado su fonendoscopio, y comenzaba a hablarnos de la necesidad de construir en Barranquilla un teatro, exclusivo para presentaciones vivas, que superara las deficiencias del Apolo, albergue de las inquietudes del Profesor Biava, las hermanas Altamar y Amira de la Rosa.

Unos años después, ya en la pubertad, seguía visitando al doctor Juliao en su consultorio de la calle Bolívar con 20 de julio. Y, más que todo, lo hacía para poder ver a Beitina, su bella enfermera, con quien mantenía una especie de amor platónico. Y allí seguía el médico con su cantaleta sobre el bendito teatro. La verdad es que mientras él me hablaba con entusiasmo y brillo en los ojos de

sus proyectos, yo miraba a Beitina. Pero tanto le había escuchado el tema, que no me era difícil escribir los reportajes para mi periódico "Tribuna Estudiantil".

Desde entonces para mí, pensar en teatro era recordar la obsesión del doctor Juliao. Sus amigos, como Ezequiel Rosado —patriarca inolvidable— y Néstor Carlos Consegua, solicitaban apoyo para su compañero de civismo. Y en todas partes, en la calle, en las reuniones privadas y públicas, estaba el doctor Juliao divulgando sus esperanzas. Nadie puede decir ahora que no lo escuchó, porque su voz llegó a todos los rincones de nuestra ciudad. Había veces que los contertulios de la "Peña Alicia", teníamos que esperar turno, porque doña Alicia Rosales, contagiada también con el entusiasmo del doctor Juliao, le cedía los espacios de varias semanas. Y yo, sin poderlo evitar, en mis viajes al exterior, cuando asistía a representaciones teatrales en México, Buenos Aires, Madrid, Moscú o Leningrado, dedicaba buena parte del tiempo en inspeccionar los interiores, para imaginar cómo sería el teatro del doctor Juliao. Y debo confesar ahora, que si hice el esfuerzo de disfrazarme con smoking la noche del 25 de junio, fue más que todo para buscar la manera de abrazar a un hombre tenaz que por fin pudo saborear el fruto de su empeño ejemplar.

Mi admirado amigo, el doctor Rafael Juliao,

como él mismo lo ha declarado, puede retirarse tranquilo a recordar sus esfuerzos, porque ya le dejó esa gran obra a su ciudad.

Abejas, mar y silencio

Las abejas siempre gozaron de mi simpatía. No solo en los poemas he leído desde niño las hermosas descripciones de su labo-ri-osi-dad, sino en la literatura de la ciencia social. Economistas, sociólogos y políticos han gustado de encontrar en la organiza-ción de la colmena ejemplos dignos de imi-tar por el hombre. Hasta el propio Keynes, en medio de la aridez y la abstracción de sus hipótesis, encuentra un lugar, en el capítulo 23 de su Teoría General, para incluir el texto completo de la fábula de las Abejas.

Pero yo sólo conocía la especie silvestre de las abejas, esas que en mi pueblo llaman canatos. Cuando niño era un empedernido buscador de canatos. Para encontrarlos, tenía una vista prodigiosa: con la mirada extendida en las ramas del bosque, buscaba en el aire al insecto o escuchaba su susurro, para seguir su vuelo hasta los huecos de los árboles. A veces los descubría en las flores, y allí esperaba paciente su retorno a la colo-

nia. Los canatos son mansos, hasta incapaces de defenderse. Por eso los campesinos suelen mantenerlos en sus ranchos en calabazos especiales que se abren para extraer la miel, en los días de Semana Santa.

En estos días los albañiles que reparan mi casa, se han quejado de los peligros de belicosas abejas que han hecho su panal en el techo. A mi escritorio también llegaron y me han dejado sus aguijones. Yo no entiendo esa actitud, y mando a llamar a mi buen amigo y apicultor, profesor Víctor Vacca.

El doctor Vacca llega con escafandra e insecticida, e inicia una verdadera batalla. Las abejas se defienden heroicamente y atacan a todo ser viviente. Dos perritos y unas gallinas mueren, y mi amigo y yo tenemos que buscar refugio apresurado. Desde la ventana nos divertimos viendo correr a los trabajadores y vecinos por los montes de los lados. Pero después, me hundo en arrepentimiento y nostalgia. Aquella guerra repele con el azul y la quietud del mar que tengo enfrente. Y poco a poco me vuelvo solidario con esos soldados suicidas que defienden su morada. El doctor Vacca me explica que las abejas gustan del silencio, y por eso su conducta. El ruido del martillo, y hasta el teclar en mi máquina, las asusta y exaspera. Y a lo mejor nos consideran intrusos, perturbadores de su refugio.

Yo pienso entonces en el valor de la soledad, en el significado del retiro, en el goce



del mutismo. Se me viene a la memoria las gestas heroicas de los pueblos que han dado sus vidas en defensa de sus territorios, y me pongo sentimental. Entonces le digo a mi amigo: ¿No sería posible buscar una tregua e intentar conseguir que me dejen teclear mi máquina y les prometo no fumigarlas más? El doctor Vacca recuerda que un común amigo, el profesor Lucho Bula, dice que habla con ellas en su finca. Y sale a buscarlo, para que les trasmita mi mensaje mientras yo espero intranquilo, pero más consciente del significado del silencio y de la paz.